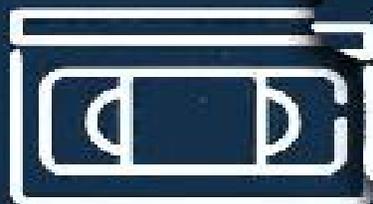


EDUARDO BLÁZQUEZ

EL
CEREBRO
DE
CAÍN

(MEMORIAM Vol. I)



filantna

EL CEREBRO DE CAÍN

© Eduardo Blázquez 2018

Edición: Filantria (www.filantria.com)

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar al autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multa, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujesen, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio sin la preceptiva autorización del autor.

PRÓLOGO

He tenido la suerte de conocer los trabajos literarios de Eduardo desde que eran prácticamente borradores. En todos ellos me he sentado junto a él, y mi socia en la editorial, para darles forma y pulirlos, además de tener el privilegio de diseñar los envoltorios en los que el lector acabará viéndolos y disfrutándolos. Y ha sido siempre una palabra la que se me ha repetido en la cabeza: «pasión».

Antes de sentarme a escribir estas líneas he acudido a la página web de la RAE para ver —según ellos— el significado exacto de dicha palabra. Nueve son las acepciones que he encontrado, pero hasta en tres de ellas he reconocido lo que mi mente quería decirme sobre el escritor extremeño: «Acción de padecer», «Inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona» y «Apetito de algo o afición vehemente a ello». El resto de las definiciones tienen más que ver con Jesucristo y con la pasividad, pero las otras tres —las que les acabo de enumerar un poco más arriba— describen casi a la perfección a Eduardo y su manera de escribir. Padece con cada palabra que escribe, levantándose a las cuatro de la mañana, cuando casi toda la ciudad está en silencio —pese a ser Madrid la ciudad en la que suele escribir—, con un apetito vehemente por llegar hasta la siguiente línea, buscando insaciable la información que necesita para el siguiente párrafo, rodeándose de todo tipo de personas con el conocimiento que él no posee, de las que aprender cada detalle para terminar la siguiente página, llenando cada capítulo de pequeños homenajes a casi todos sus conocidos. Cada frase es un trozo de su vida, cada renglón una caricia a sus seres queridos y cada trama un inquietante viaje por los vericuetos de la mente humana.

En *La imagen deformada* nos presentó, desde un sitio distinto a lo hasta entonces visto, una lacra social que nos azota cada día: la violencia machista. Lo consigue sin caer en el amarillismo que tanto mueve hoy en día a gran parte de la sociedad, visitando los puntos de vista de todas y cada una de las partes, los errores y los aciertos del sistema legal actual en ese campo. En definitiva, una obra muy necesaria para entender un poco más lo que están padeciendo muchas mujeres y, también, muchos hombres.

Ahora, con *El cerebro de Caín*, nos lleva a visitar otra losa que arrastramos hace muchos años, y que con el tiempo ha llegado a destrozar la vida de personas desde muy pequeños: el acoso escolar o *bullying*.

En este libro que tiene usted en sus manos, envuelto en una trama de novela negra que le mantendrá con los ojos abiertos y pegados a cada letra, podrá seguir a Eliseo Camacho mientras investiga la misteriosa aparición de los cadáveres de unos jóvenes, que a simple vista no tienen ninguna relación entre ellos, a la vez que acompañamos a Isabel Saiz en su búsqueda por entender los motivos que llevaron a su mejor amiga de la infancia a quitarse la vida. Una trama que nos hace viajar por más de cuarenta años de historia para que nosotros, al igual que Isabel Saiz, podamos *empezar a querer entender* los motivos que llevan a algunas personas a actuar de la manera en que lo hacen, en lugar de caer en la ceguera y la comodidad de quedarnos en el «es que hay gente mala» que muchas veces alivia conciencias en lugar de mejorarnos.

Siempre me gustó entender los «por qué» de las acciones de la gente, más aun cuando dichas acciones dañan en exceso a alguien. Eduardo, desde la serenidad de su forma de ser, nos ha querido acompañar de la mano a discernir algunos de esos «por qué», consiguiendo —no se si de

forma consciente o no— que, al menos en mi caso, comprenda un poco mejor al ser humano, que no es poca cosa.

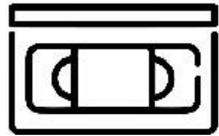
Tal vez mi mirada es un poco más profunda y rebuscada de lo normal, pero si bien es cierto que el abajo firmante tiene una mente que busca motivos y significados hasta debajo de las piedras, la trama que están a punto de disfrutar está más trabajada de lo que se suele encontrar en muchas ocasiones, y llena de la tensión necesaria para que aquel que se adentre en ella no sepa o no quiera salirse. Deseando saber, de una vez por todas, cómo, quién y, sobre todo, por qué.

Pónganse cómodos. Coloquen sus asientos en la posición que más les guste. Abróchense el cinturón de seguridad. Pueden fumar si lo desean. ¿Están preparados para el viaje? Pasen a la siguiente página. Despegamos. Están ustedes a punto de averiguar qué se oculta en *El cerebro de Caín*.

*Gonzalo Jerez «El Selenita»
Barrio de Santa Marta (Huelva)
Octubre de 2018*

A mi hermano, Eliseo Camacho Alcázar, la persona detrás del personaje. Cualquier palabra que escribiese a partir de aquí no estaría a la altura para describir lo mucho que te quiero.

EL
CEREBRO
DE
CAÍN
(MEMORIAM Vol. I)



«Tu cerebro puede seguir aprendiendo y cambiando todos los días de tu vida. Eso se conoce como neuroplasticidad, y la buena noticia es que es el único órgano del cuerpo que no se gasta con el uso».

Estanislao Bachrach.

*Madrid.
Marzo de 1990.*

Marta no era la más lista de la clase. Tampoco la más gorda o la más delgada. El único pecado que cometió fue ser mi amiga y deduje que se cebaron con quien no se defendía para vengarse de mí. Así de sencillo, así de cruel. Por eso, cuando fui a buscarla aquella mañana del jueves 1 de marzo y vi una ambulancia y varios coches de policía en la calle, supe que no había aguantado más el acoso que estaba sufriendo en el instituto. Una chica de dieciséis años nunca debió pensar que el mundo se había acabado para ella.

Quise ir al tanatorio a pesar de la oposición de mis padres y, después de horas de un llanto incontrolado, terminaron cediendo. Quería verla por última vez. Otros amigos, protegidos en exceso por su familia, como mucho se quedaron en la puerta alegando que alguien tan joven no debía tener tan pronto la imagen de un cadáver en su memoria. Yo conseguí acercarme al cristal, tras el que un ataúd marrón claro acogía su cuerpo.

Por mucho que aquella gente mayor quisiera aliviar la pena insoportable de sus padres, no parecía dormida. Tampoco aquel rostro hinchado y maquillado se parecía en nada al que conocí cuando tenía vida. Supuse que atiborrarse de pastillas y beberse una botella entera de JB para quitarse de en medio, provocaba que aquella fuese la última imagen que la gente se llevaría de ella.

Apoyé las dos manos en el cristal. Retuve su rostro en mi mente y, más que a aquel cuerpo inerte que difícilmente iba a escucharme, me dije a mí misma en voz alta:

—Marta, prometo dedicar mi vida a entender qué es lo que ha llevado a mi mejor amiga a decidir que no vale la pena seguir en este mundo.

Debí decirlo demasiado alto, porque la sala nueve del tanatorio de la M-30 quedó en silencio. La madre de Marta vino hacia mí. Me abrazó quizás excesivamente fuerte, como si ese abrazo que me daba se lo quisiera dar a su hija. Secó sus lágrimas y me dijo:

—¿Harías eso por Marta?

—¿Por Marta? —le pregunté—. No, Virtudes. Por ella ya no podemos hacer nada, pero sí por los que nos quedamos aquí.

En medio de aquel corro que la gente había formado en torno a Virtudes y a mí, volvió a abrazarme, me dio un beso y me dijo:

—¡Hazlo, Isa! ¡Hazlo!

Al día siguiente, viernes, la enterraron en el cementerio de la Almudena. Otro berrinche logró que mis padres me llevaran a aquella tétrica *ciudad* dentro de Madrid. Recuerdo que, en esa mi primera visita, me pareció enorme, y tararé mentalmente aquella canción de Mecano para paliar la impresión.

*«Y los muertos aquí lo pasamos muy bien,
entre flores de colores».*

Después comprobé que José María Cano se equivocaba porque era viernes; dudaba de que ninguno de los que moraban allí tuviese otro plan que el descanso eterno, y nadie se había vestido y salido de la tumba para dar una vuelta.

Era lo que tenía la muerte. Después no había nada. Aunque te aburrieses.

El lunes siguiente fui al instituto a regañadientes. A mi madre le costó un mundo no solo despertarme, sino arrancar de mis manos el edredón que yo sujetaba tapando mi cabeza. Finalmente, tras dejarme cinco minutos más, aparecí por la cocina. El Cola Cao estaba helado como mi espíritu, y es que sabía que nada más llegar al instituto todo el mundo se acercaría a preguntarme o a consolarme. Ser la mejor amiga de alguien es algo así como la representante oficiosa de la familia cuando esta no está presente, y yo no tenía el ánimo ni las ganas de responder a nada.

Juan estaba con los de siempre y donde siempre antes de entrar al instituto. Se apoyaba en la valla junto a la entrada y Felipe, Nacho y Kike le hacían corro, pero procurando que todas pudiésemos contemplarle y él darse un baño de vanidad. Era el más guapo del colegio, de eso no había duda, pero lo que tenía de belleza lo tenía a partes iguales de presunción y a mí esa mezcla nunca terminó de gustarme.

Al verme apartó de malas maneras a Kike y, aunque este seguramente le doblaba en peso, casi le hace caer de bruces en el suelo. Me cortó el paso.

—Hola, Gafas. Oye, siento lo de Marta. No pensé que alguien que lloraba tanto tuviese narices para hacer lo que hizo —me dijo con un gesto serio, claramente forzado.

—¿Sentir? Quizás tus amigos y tú deberíais hacer examen de conciencia.

—¡Venga, Gafas, no me jodas! No irás a decirme que la excusa que buscó para atiborrarse de pastillas fue que a veces le gastábamos alguna broma, ¿verdad?

—Cuando después de una broma alguien llora, deja de ser una broma. Creo que la acosabais porque un día tuvo la valentía de recordarte lo que ya te dejé claro cuando ibas diciendo que yo besaría por donde pisases: que jamás saldría contigo.

—¿Que no, Gafas? Antes de que acabemos el instituto nos pasaremos de la mano por la calle.

—No me llamo «Gafas», Juan. Me llamo Isabel Sáiz de Lerma, y te prometo que jamás en la vida saldré con alguien como tú. Desgraciadamente, Marta ya no está aquí. No puedo imaginar el infierno por el que ha tenido que pasar, pero aquí estoy. Conmigo no podréis.

—Pues que sepas, Isabel Sáiz de Lerma, que yo no me rindo tan pronto.

—Y tú que yo no te responderé con lágrimas.

*UCM, Campus de Somosaguas.
28 de junio de 1997*

Número uno de mi promoción. En ese momento me pareció fácil, pero desde que le hice aquella promesa a Marta hasta aquel día, pasé siete años de encierro tratando de ser la mejor. Sobre ella trató mi discurso de fin de carrera. Se lo debía. Mis compañeros de la Facultad de Psicología me felicitaron por crear ese personaje ficticio sobre el que giraba el discurso. No

quise sacarles de su error. Al fin y al cabo, ella pasó de ser real a convertirse en mito para mí desde el instante en que supe que no compartiríamos más confidencias de adolescentes.

Me hubiese gustado que estuviese presente en el salón de actos y dedicarle el discurso a otra persona inventada; hacerme una foto junto a Marta con la orla y cumplir la promesa que nos hicimos cuando éramos pequeñas de recibir juntas el año 2000: recorrer la Gran Vía mirando hacia arriba para ver los coches volando por el cielo de Madrid. Pero faltaban tres años, ella ya no estaba y quedaba lejos que los coches volaran. Su futuro y el que pensamos quedaron en simples sueños.

Virtudes y Carlos estuvieron allí, sentados en la primera fila junto a mis padres. Desde que perdieron a su única hija traté de ir a verles al menos una vez a la semana, y de alguna manera me convertí en sustituta de la que perdieron, llenando un poco el vacío que dejó. No se cansaban de repetirme que, de no haberme tenido a su lado, probablemente se habrían separado ya, hastiados de pasarse los primeros meses de ausencia culpándose el uno al otro de aquella drástica decisión de Marta.

—Mira, Carlos. Ya tenemos toda una licenciada en Psicología en la familia —le dijo Virtudes a su marido secándose las lágrimas.

—Gracias por venir, Virtudes. Me ha hecho mucha ilusión que me acompañéis en un día tan especial.

—¿Cómo íbamos a perdernos esto? Es tu gran día y eres como una hija para nosotros.

Carlos no levantaba cabeza desde que enterró a su hija. Seguía esa mirada perdida habitando en sus ojos y una eterna lágrima siempre a punto de rodarle por las mejillas. Prolongué adrede el abrazo, quizás tanto como el que le di a mi padre. Siempre lo hacía porque sentía que era el más vulnerable de los dos. Apenas hablaba. Quizás guardaba las palabras como si esperase que un día cualquiera sonase el timbre de casa y apareciese Marta detrás de la puerta. Me dolía comprobar que no había cerrado las heridas, y temía que simplemente estuviese de paso por la vida, sin otro asunto que dejarse llevar hasta que esta acabase.

—¿Ni una sonrisa para mí? —le reclamé a Carlos.

—Perdona, Isa. Recordaba cuando las dos terminasteis la EGB y os hice aquella foto con el bonete de cartón. Esa que aún está en el centro de la mesa del salón. Queríais ser maestras como la señorita Silvia, la profesora de BUP que tanto os quería. Era buena, tanto que creo que los alumnos hacían con ella lo que querían. Alguien debería cambiar las cosas. En mis tiempos el maestro era *Dios*.

—Quizás es que, desde hace algunos años, los padres mandan a los hijos al colegio a educarse en lugar de a adquirir conocimientos, y la educación hay que forjarla en casa. A Silvia le llegaban alumnos asilvestrados, sin demasiado respeto por lo que significaba un maestro. Una no puede arreglar el mundo sola, pero el curso próximo haré el postgrado en Psicopedagogía porque quiero trabajar en institutos de enseñanza para ver qué pasa por la cabeza de los jóvenes. Con que consiga ayudar a uno solo me daré por satisfecha.

—Me hubiese gustado tenerla aquí —dijo Carlos bajando la cabeza—. Quizás habría estudiado lo mismo que tú y estaríamos celebrando dos graduaciones. Sigo sin entender por qué lo hizo.

—Yo tampoco, Carlos. Cuando nos dejó intenté demostrar que en el instituto algunos la acosaban y le hacían la vida imposible. Nadie me hizo caso. El director reunió en su despacho a unos cuantos apenas cinco minutos. Después empezaron a comportarse como angelitos. Déjalo estar ya. Mira hacia adelante. Ya no podemos hacer nada.

—No puedo ni pasar por la puerta del instituto. Nadie de allí supo o quiso explicarme nada. La policía se limitó a confirmarnos que se tomó aquellas cajas de paracetamol y la botella de *whisky* que le provocaron un fallo hepático agudo, según concluyó la autopsia. Ahí acabaron las explicaciones y las investigaciones: suicidio. Quizás con el tiempo no duela tanto la herida. Hoy no puedo todavía.

Hasta que se jubilaron y cerraron, Carlos pasó media vida abajo, en el almacén de su tienda de zapatos en el barrio, colocando y descolocando cajas del Doctor Cutillas. Tengo una mezcla de tristeza y añoranza cuando paso delante y veo el cierre echado. Aún tengo clavado en la memoria aquel olor a calzado nuevo. Cuando éramos pequeñas jugábamos en el sótano de la tienda. Carlos y Virtudes subían y bajaban con montones de cajas de zapatos como si de equilibristas se tratase. Las sonrisas o alguna reprimenda que nos dedicaban al vernos mostraban que tenernos allí les hacía sentirse seguros. Pero la burbuja no era indestructible. Marta la reventó desde dentro.

Parque de Aluche, (Madrid).

6 de Octubre de 2017.

9:00 a.m.

—¿No te has jubilado todavía, Camacho? —le dijo el forense al inspector.

Eliseo Camacho fue uno de los que se incorporó al GRUME cuando se instauró en Madrid en 1987. Quince años después le destinaron a Homicidios, por lo que ya llevaba más de treinta años de servicio.

—En diciembre cumplo cincuenta y seis años y pasaré a segunda actividad el año que viene. Os dejaré las calles para vosotros.

—Si no te tumba antes la úlcera.

—Tú sí que irritas mi úlcera, Riquelme. ¿Qué tenemos aquí?

—Te presento a Borja Cércoba —dijo Riquelme levantando hacia un lado la manta térmica que cubría el cuerpo—. Diecisiete años cortados de raíz por el «señor Smirnoff».

—¿Vodka? Coma etílico, supongo.

—Vodka, pero, aquí viene la novedad, había otra botella sin etiqueta al lado con restos de un líquido verde. Se las han llevado los de la Científica. No lo creerás Camacho, era el «Hada verde».

—¿Absenta? Pero, ¿de dónde coño sacan los jóvenes estas mierdas?

—Lo ignoro, aunque lo más probable es que sea por internet. Desde hace tiempo es la nueva religión, el confidente secreto. El padre al que preguntar las cosas que no preguntas a tu padre de sangre. El amigo al que crees más que a tus propios amigos. Hablando de amigos, quizás deberías preguntárselo a los cinco chavales de ese banco. Parece ser que estuvieron con él.

Camacho les miró de reojo y después giró la cabeza de nuevo hacia el cadáver.

El chico parecía dormido. La mano derecha se descolgaba de su cuerpo y acariciaba el suelo. La izquierda descansaba sobre su vientre con los dedos ligeramente contraídos por el espasmo cadavérico. Entre ellos parecía quedar el hueco redondo del cuello de una botella. La lividez era manifiesta. Vestía pantalón vaquero de pitillo, unas deportivas Nike y una sudadera negra con restos de vómito en el pecho y una leyenda en el centro:

«WHAT YOUR MOUTH SAYS YOUR TEETH WILL PAY».

—«Lo que tu boca diga lo pagarán tus dientes» —tradujo murmurando aquella frase—. ¡Cuánta violencia! ¿Quién dio el aviso, Riquelme?

—Parece ser que sus amigos le han visto en el banco al volver a casa. Pensarían que estaba dormido y habrán intentado despertarle. Al ver que no respondía han llamado a emergencias. Los del SAMUR no han hecho otra cosa que certificar que estaba muerto.

—¿Sabes la hora aproximada de la muerte?

—El *rigor mortis* está en fase de instauración. A falta de más pruebas que lo confirmen en el depósito, y por lo que han podido sacarle a alguno de esos chicos, parece que debe llevar de

cuatro a siete horas muerto.

El banco donde yacía el cadáver del muchacho aparecía cubierto en su mayor parte de polvos negros. En el suelo se apreciaban los restos de algunos moldes de huellas de pisadas que habían extraído los agentes de la Científica.

—Odio los jueves, Riquelme. ¿Cómo le llaman los jóvenes ahora?

—*Juernes*.

—Sí, *juernes*. En nuestros tiempos descontrolábamos a veces, pero esto ya es demasiado. Cada vez más jóvenes, cada vez más mierda, cada vez más muerte.

Entre los inevitables curiosos más allá de la cinta que había puesto la policía a una distancia prudencial del banco, tres chicos y dos chicas estaban custodiados por un agente, apoyados en el respaldo de otro banco del Parque Aluche. En su día se llamó Parque Arias Navarro, pero cuando murió Franco tiraron a patadas el mármol con la inscripción en la que se le dedicaba aquella franja de ocio en ese barrio obrero al Carnicerito de Málaga. Camacho se dirigió hacia el banco.

—A ver, vosotros. ¿Sois amigos del tal Borja?

—Conocidos —respondió el que parecía llevar la voz cantante.

—Vaya, ya no hay amigos. Habéis estado hoy con él, ¿verdad? Pues ya me estáis contando minuto a minuto qué habéis hecho.

—Es uno más del parque, agente. Aquí venimos muchos. Le conocemos de verle por aquí.

—Y habéis avisado al 112 porque sois almas caritativas, y esa chica llora por la alergia, ¿no es cierto? Dejad de contarme milongas. Quiero vuestros DNI y vuestros móviles encima de ese banco inmediatamente, y como vea una dirección a menos de cien metros de la de Borja, una foto en el teléfono o un chat de WhatsApp con el chico, emplumo al mentiroso.

La chica que parecía más afectada dio un paso al frente.

—Yo salía con él —le dijo a Camacho—, pero le juro que se marchó porque se encontraba mal sobre las cuatro de la madrugada y supuse que iba para casa.

—¡Ah, el amor, Ricardo! Vemos que nuestro novio se marcha bastante perjudicado y le dejamos solo para que le puedan pasar estas cosas. ¿De dónde sacáis la absentá?

—¿Absentá? —contestó la chica con cara de incredulidad—. ¿Qué es la absentá?

—La otra bebida que llevaba, además del vodka.

—Conmigo solo ha bebido vodka con naranja, agente. No tengo ni idea de dónde ha sacado eso. Le juro que cuando se marchó no llevaba ninguna botella.

—A ver. Me cuentan que os juntáis a destrozarnos el hígado en la zona de Los Yébenes con Sepúlveda. Borja está aquí, en esta zona de la calle Tembleque. Para llegar a este banco ha pasado por el desvío más lógico a su casa en la calle Illescas, a medio camino. Estaba borracho, dando tumbos, ha pasado de ir a casa y ha tanteado el barrio para seguir bebiendo. ¿Me estás diciendo que en poco menos de trescientos metros ha conseguido una botella de vodka y, sobre todo, al menos otra más de absentá? ¿A las cuatro de la mañana?

—Le digo que cuando se marchó a esa hora no llevaba ninguna bebida. Dónde consiguió eso que me dice es algo de lo que no tengo la menor idea.

—Está bien, por ahora. Quiero que le deis vuestros datos a este agente. No hemos terminado esta conversación. Y haced el favor de dejar esa mierda. Os va a destrozarnos. Lo sé de buena tinta.

La puerta del Anatómico Forense era un hervidero de gente joven llorando y abrazándose. Mientras, algunos periodistas gore hurgaban en la vida íntima de Borja, adjuntando una retahíla de supuestas sustancias que el chico podía haber tomado para acabar allí. Los comentarios de corrillo de aquellos jóvenes hacían más grande la bola de nieve. Realmente solo había trascendido que el muchacho estaba de botellón. Camino a casa debió sentirse mal, se tumbó en un banco y se quedó tieso. Pero un coma etílico era poca sangre para un directo en *Prime Time*.

Juan encontró a Nacho sentado en las escaleras que daban acceso a la morgue. Agarraba su cabeza con las manos incapaz de asumir que ya no llevaría más a su hijo a los partidos del Atleti, su Atleti.

—Joder, Nacho. Lo siento mucho, tío —le dijo mientras le abrazaba—. No les entiendo. Les damos todo, les consentimos todo, y no se les ocurre otra diversión que pasar las horas muertas bebiendo en los parques.

—Gracias por venir, Juan. No pensé que Borja bebiese tanto. Sí, alguna vez que he entrado por la mañana para ver si ya había llegado he olido algo de alcohol, ya sabes. A ver qué dice la autopsia. Quizás esta vez se pasó de la raya.

—Vaya racha llevas. Primero Cecilia y luego Borja. Joder, qué mierda de vida esta.

—En realidad, Cecilia no estuvo sana en su vida. ¿Recuerdas en el colegio? Faltaba cada dos por tres porque estaba enferma, pero me volvía loco. Solo estuvimos casados diez años, pero si quitamos los últimos tres en los que se consumió poco a poco, fueron los más felices de mi vida.

—¿Y no has intentado buscar a alguien en este tiempo? Joder, Nacho, te quedaste solo con un niño de nueve años. Los hombres no nos valemos solos. Mírame a mí. No sé cómo te has podido apañar.

—Dirás que ya estoy con mis asuntos de fantasmas, pero siempre sentí que Cecilia seguía conmigo, como si me fuese diciendo qué hacer en cada momento, y estos siete años sin ella no me sentí solo. Pero de esto no me ha avisado. ¿No será el karma por lo de Marta?

—¿Marta? ¿Qué Marta?... Joder, Nacho, esa Marta. ¿No me irás a decir que alguien que murió hace veintisiete años tiene algo que ver en todo esto?

—No. Mira, solo digo que quizás esté pagando errores del pasado. Realmente se la puteó bastante.

—No me jodas, Nacho. Ya estás otra vez con tus manías parapsicológicas. Sé que este no es un buen momento y esto ha sido una tremenda tragedia, pero no te sugestionas. ¿Crees que yo no pienso también en ella? Probablemente cada día desde que ocurrió todo, pero trato de seguir con mi vida. Ya hablamos en su momento cuando pasó aquello. Hicimos un pacto después de que nos llamase el director a su despacho. Nada de hablar ya del tema. Borja se excedió bebiendo y ya está. Los jóvenes de ahora no tienen límites. Por cierto, ¿sabes algo de los chicos?

—Nada desde que se casó Felipe en el 99. Ha sido la última vez que hemos estado juntos los cuatro. Después, nada. Felipe se marchó de Madrid por trabajo, como sabes. De Kike no sé nada. He buscado hasta en Facebook y Twitter por si tenía algún perfil, pero no sé si está vivo o muerto, que sería lo más normal. Recuerda su estado en la boda. Menudo numerito. En fin; a no ser que contacte él con nosotros, lo tenemos difícil.

De repente, un hombre de mediana edad se acercó donde ambos amigos conversaban y, mostrándole su documentación, les interrumpió.

—¿Es usted Ignacio Cércoba, el padre de Borja? —preguntó—. Soy Eliseo Camacho, de Homicidios.

—¿Homicidios? —se sorprendió Nacho.

—Sí, pero por ahora solo son conjeturas —trató de tranquilizarle Camacho—. Entienda que, al aparecer cualquier cadáver en las mismas circunstancias que las de Borja, se requieran de nuestros servicios. ¿Podemos hablar a solas un momento?

—Sí, claro —respondió levantándose de la escalera. Se apartaron de Juan.

—¿Un familiar? —preguntó Eliseo a Nacho dirigiendo un gesto de su cabeza hacia el lado donde estaba su amigo.

—¿Juan? No —dudó—, no. Juan es un amigo del barrio desde la infancia.

—¡Ah! Entiendo —dijo Camacho cuando se hubieron apartado a una distancia suficiente para hablar discretamente—. Verá. Los resultados de la autopsia definitivos los sabremos en unas horas, pero todo hace indicar que el fallecimiento se debió a la ingesta de una mezcla de vodka con naranja y absenta, esta última en cantidades importantes.

—¿Absenta? —le preguntó sorprendido Nacho.

—Absenta. ¿Usted ha visto a su hijo trajinar con sustancias que le eran extrañas en la cocina? ¿Le ha visto salir con alguna botella con un líquido verde en su interior?

—Ni verde, ni blanco, ni amarillo. De mi casa nunca le vi salir con otra cosa que no fuese algún refresco o agua, lo normal. Seguro que alguien le dio esa mierda. ¿Eso es legal? Me refiero a que si está permitida su venta en España.

—No, no la compró. Todo hace indicar que es de fabricación casera, de ahí mi pregunta. Si la hubiese comprado sería más fácil seguirle la pista a la botella por la etiqueta, la marca y la serie de fabricación pero, como le he dicho, alguien la hizo artesanalmente. El problema está en que, si no se elabora correctamente, en altas dosis puede provocar la muerte.

—Si le soy sincero, he de decirle que no le veo... —Nacho agachó la cabeza—, veía demasiado. No me acostumbro a hablar de él en pasado. Trabajo hasta tarde. Cuando llegaba a casa apenas estábamos juntos un par de horas, y los fines de semana solo cuando jugaba el Atleti en el Calderón. Le preguntaré a Altagracia. Es la empleada de hogar que lleva en casa desde que falleció mi esposa.

—También le haré algunas preguntas a ella una vez que pase todo esto. Puro formalismo. Entienda que esa sustancia, si se confirma que estaba en su organismo es, cuanto menos, poco habitual. De nuevo, reciba mis condolencias. Estaremos en contacto.

—Gracias, inspector.

Juan miraba inquieto hacia donde Nacho y Camacho hablaban. En cuanto su amigo llegó a su lado, le inquirió:

—¿Qué quería ese inspector? ¿Han descubierto algo nuevo? ¿No fue por un coma etílico? ¡Joder, Nacho, dime algo! —le dijo sujetándole un brazo.

A Nacho le cambió el gesto y, apartando la mano que le apretaba, se dirigió a él en tono nada amistoso:

—¿Por qué estás tan nervioso? Tranquilízate, joder. Me haces daño, ¿sabes?

—Era tu chico. Eres mi mejor amigo. ¿Cómo coño quieres que esté?

—No me ha dicho que no fuese un coma etílico —contestó retomando un tono más calmado—, solo que encontraron a su lado una botella con restos de absenta. Si se confirma que

estuvo bebiendo esa mierda y que fue la causa de su muerte, quieren saber dónde la consiguió.

—¿Absenta? Me dejas más tranquilo. ¡Joder, lo siento! Me refiero a que ya es una desgracia que haya muerto por una borrachera, pero si encima le hubiesen matado, yo...

—¿Matarle? ¿De una borrachera? —le interrumpió Nacho—. El último responsable soy yo. Me refugié en mi trabajo después de que nos dejara Cecilia. No sabía nada de su vida. ¿Sabes que tenía novia? Lo único que sé es que he perdido a las dos personas más importantes de mi vida. Los fantasmas del pasado, Juan, aunque tú no creas en esas cosas. Ahí tienes tu venganza, Marta.

*IES Esperanza Cuadra (Madrid).
Octubre de 2017.*

Un instituto privado no era mi primera opción, pero el Estado seguía sin convocar oposiciones para la Enseñanza Pública y al menos de algo me sirvió ser número uno de mi promoción. En cuanto acabé el postgrado en Psicopedagogía y el CAP decidí echar algunas solicitudes y mi teléfono no dejó de sonar.

El Esperanza Cuadra me pareció el mejor instituto de los que se interesaron por mí y, tras advertirles de mi deseo de seguir opositando, firmé mi primer contrato para el curso escolar 2002/2003. Solo el cariño que empecé a coger a aquel lugar hizo que siguiese renovando mi contrato año tras año hasta que cinco después acepté un contrato fijo. Estaba en mi querido barrio de Aluche, donde me había criado. En la calle Escalona, cerca de mi casa y de mi gente.

El curso 2017/2018 empezó como cualquier otro. En mi despacho, sobre la mesa aún descansaba la carpeta con los informes del año escolar anterior. Fue un curso tranquilo, sin demasiados incidentes. Escuchaba a los adolescentes con sus pequeñas tribulaciones, más como amiga que como psicóloga tratando algún trauma. Expedientes de alumnos llamando más la atención de lo normal, y Santiago, el director del instituto, me los enviaba para comprobar que solo eran eso: trastadas.

Lo primero que supe de Héctor López es que apenas había estado tres cursos seguidos en el mismo colegio. Los destinos de su padre por su trabajo les habían tenido de ciudad en ciudad, de país en país, hasta que habían recalado definitivamente en Madrid. Al lado de la carpeta con los informes pasados había otra con su nombre en la solapa y un Post-it de Santiago: «Alumno nuevo. Échale un vistazo, Isabel. Gracias».

Abrí la carpeta. Aquel chico había nacido en Madrid y había pasado por Valencia, París, de nuevo Valencia, y en 2016 había vuelto a Madrid. Pensé que sería un chico abierto, cosmopolita, moderno y bien educado, pero necesité poco tiempo para darme cuenta de que no era como pensaba.

Aunque siempre solía llamar a mi despacho a cada alumno nuevo en los inicios del curso, al verle el primer día tuve un presentimiento y decidí observarle un tiempo. No iba con nadie, apenas contestaba con monosílabos cortantes si algún chico le preguntaba y siempre estaba solo en el patio durante el recreo. Pese a ser de una familia con recursos, su aspecto era más el de un *homeless* que el de un chico como los de su edad. Finalmente decidí enfrentarme a aquella primera entrevista con él.

Cuando entró en mi despacho le señalé una de las dos sillas enfrente de mí, pero permaneció en pie, firme y sin apenas hacer un gesto.

—Buenos días, Héctor. Me llamo Isabel. Soy la orientadora del instituto —me presenté.

El chico no dijo nada.

—¿Qué tal tus primeros días en el Esperanza? —le pregunté tratando de romper el hielo —. Supongo que aún es todo nuevo para ti.

Héctor continuó en silencio.

—Verás, Héctor. Parte de mi trabajo es comprobar que los que venís nuevos os vais integrando en el centro, que os relacionáis normalmente unos con otros. Desde que empezó el curso no te he visto con nadie.

—¿Hacer amigos es una asignatura más del curso? —me respondió por primera vez dejándome descolocada.

—No —repliqué—, pero yo creo que el ser humano es un animal sociable y tiende a agruparse. No parece que ese sea tu caso.

—¿Y quién te ha dicho que el ser humano es un ser sociable? Es la gran mentira. ¿Has subido a un autobús semivacío?

—Claro que he subido a un autobús semivacío, Héctor —le contesté.

—Pues supongo que después de validar tu billete, has mirado a un lado y a otro del autobús, y allí donde hay dos asientos vacíos te sientas. Nunca en un sitio que no contenga el otro par vacío. No te sientas junto a alguien, le das educadamente los buenos días y le sueltas: «Hola, me llamo Isabel. ¿Qué tal estás?».

—Pero... —traté de replicarle. No me dejó.

—Es más. Sigue tu trayecto en el autobús. La gente va subiendo y cada uno buscará un asiento con el par libre. Cuando el autobús se va llenando observas a los nuevos viajeros que van subiendo. Estos, al ver que no quedan ya parejas de asientos libres, tuercen el gesto contrariados y van a sentarse junto a aquel viajero que menos repulsión le causa. Y eso si no deciden que ninguno es digno de su compañía y permanecen de pie, aunque aún les quede un largo trayecto. ¿Es sociable el ser humano?

—Vaya. Has debido hacer un curso de Sociología. Verás. Los sociólogos dicen que el ser humano se fija en los defectos de los demás. Retazos que conservamos del hombre primitivo. Si tienes una herida, un grano, una cicatriz, o alguna tara de nacimiento o por accidente, la persona que esté frente a ti se fijará en primer lugar en la zona donde tienes el defecto. Al comprobarlo, instintivamente, el sujeto que te contempla te descarta para su grupo porque considera que ese defecto te invalida para la lucha por la supervivencia. A pesar de que tu economía familiar permite procurarte otro atuendo, ¿por qué vistes de manera tan distinta al resto de los jóvenes de ahora?

—¿Es otra asignatura del curso vestirse como el resto? —me contestó casi desafiante.

—No. Simplemente trato de entenderte, Héctor. Trato de entender por qué en estos tiempos donde la amistad y la complicidad con los amigos es casi más sagrada que la relación con los padres, una persona como tú, apuesto, con mundo recorrido, sin duda inteligente y con posibilidades económicas viene así vestido a un instituto donde sabe que lo primero que harán al conocerle es mirarle de arriba abajo para ver si es válido para la manada.

—¿Mis padres? Mira, mi padre solo ha tenido un dios: su trabajo. Mi hermana y yo somos daños colaterales de su relación con mi madre. Mi madre solo tiene un objetivo: el último modelo de Carolina Herrera. Y la manada puede estar plácidamente en la sabana y tú perfectamente integrado en ella. En un momento dos se apartan un instante, esos dos con los que más compartías juegos y caza. Un depredador acecha. Cuando les considera vulnerables se lanza sobre ellos, en un momento les devora y dispersa a la manada.

—¿Lo dices porque, por el trabajo de tu padre, has cambiado mucho de *sabana*?

—Lo digo porque, literalmente, un depredador devoró a dos de mis amigos... y se disolvió la manada.

Ciudad Universitaria, (Madrid).

23 de diciembre de 2016.

22:30 p.m.

Camacho odiaba aquellas fiestas. El día antes de Nochebuena solía recibir la llamada de su madre desde hacía ya muchos años. Sabía la respuesta que su hijo iba a darle, pero no perdía la esperanza de que alguna vez cenase con ella en Nochebuena. Él siempre tenía una buena excusa; la excusa de siempre.

—¿Cómo estás, madre?

—Sola, hijo. Tampoco este año, ¿verdad?

—Sabes que no soy de estas fiestas. Voy cada vez que puedo a verte y...

—Cada vez menos, Eliseo —le cortó Carmen.

—Yo no celebro el nacimiento de alguien que no creo que naciese nunca —trató de excusarse—. Cualquier fin de semana es bueno para pasarlo juntos. Además, sabes que en estas fechas los jóvenes se desmadran y desgraciadamente tengo más trabajo.

—Y tú eres el único allí, ¿verdad? Lo digo porque son más de las diez de la noche y estoy escuchando de fondo la emisora de la policía. Seguro que estás en el coche, cerca de algún sitio donde se ponen a beber, como si fueses la única persona en el mundo capaz de protegerles. Tendrías que ser como aquellos santos de la Iglesia que hacían el milagro de estar en muchos sitios a la vez, porque si no poco puedes hacer en un solo sitio.

En efecto. Eliseo estaba aparcado con su coche cerca de Ciudad Universitaria, a unos metros de una de aquellas concentraciones de jóvenes para beber. Pero aquel día de diciembre era especial porque se reunían para celebrar la Navidad. Había más personas y, en consecuencia, más posibilidad de problemas.

—No empieces, madre. ¿Qué quieres que le haga?

—Que olvides lo de Ricardo de una vez. No hay nada nuevo, ni lo habrá. Le perdimos, pero no te das cuenta de que ese día no perdí un hijo. Perdí dos.

—Yo sigo aquí, madre —le dijo Eliseo sin disimular cierto enfado—. Sé que voy poco por Herrera, pero mi trabajo es así, y adoro mi trabajo. No puedes crucificarme por eso.

—No, hijo. El día que pasó lo de tu hermano dejaste de ser el Eliseo que yo adoraba para convertirte en este desconocido para mí —replicó Carmen con tristeza.

—¿Qué iba a hacerle, madre? Crecí de repente. En apenas unas horas comprendí que el mundo no era ese lugar idílico y sin problemas que pensaba, o que las personas eran buenas por naturaleza. En quien menos esperabas podías encontrar el rostro del Demonio.

—Yo no cambié, Eliseo —replicó ella—. Lloré mi desgracia hasta que se me secaron los ojos y al final miré hacia adelante. Perdí un hijo, sí, y el dolor es insoportable, pero de alguna manera también te perdí a ti. Dejé de llorar a Ricardo y llevo desde entonces llorándote a ti.

—Pues no llores por mí. Busca, como hice yo, la manera de enjugar tus lágrimas. Dices que no paro en el trabajo y tienes razón. Esta es la manera que encontré para aliviar yo las mías.

—¿Y qué has conseguido con ello? Ser policía a tiempo completo y nada más. Ni recuerdo el nombre de la última novia que trajiste a casa. El apellido Camacho morirá contigo, y

bien sabe Dios que he hecho lo imposible por que eso no ocurriese. Yo también encontré el rostro del Demonio en quien menos esperaba, pero, después del daño, le di la espalda y seguí a lo mío para mantener unida a mi familia. A la vista está que he fracasado.

Eliseo odiaba aquello. Odiaba que su madre hablase del pasado. Cuando empezaban los reproches de siempre apartaba un poco el teléfono de su oreja, como si al hacerlo pusiera distancia, no solo con la voz de su madre sino con los propios recuerdos. Deseaba, entonces, que ella terminase enfadada como casi siempre y colgase el teléfono. O que algo externo provocase que tuviera que dejar atropelladamente la conversación. En la oscuridad del coche, la luz en el teléfono del trabajo fue su tabla de salvación. En la pantalla aparecía un nombre, Nicolás Romero, y debajo el número de la Central.

—Madre, tengo que colgar. Me llama el comisario. Mañana te llamaré para desearte buena noche. Un beso. —Y cortó aliviado las frases de Carmen.

—Al menos ten cuidado ahí fuera —fue lo único que le pudo decir antes de que su hijo colgase.

Eliseo tocó el icono verde del teléfono de la Unidad.

—Dime, Romero —e inmediatamente le vino a la mente aquella cara con barba blanca bien cuidada, cejas negras y cabeza rapada al cero.

—¿Estás en casa, Camacho? Joder, no sé ni para qué pregunto. A ver. ¿Recuerdas el incendio de hace unas horas en el cantón de los jardineros del Ayuntamiento en Moratalaz?

—Sí. He oído que fue accidental. Parece ser que en una de las estancias había combustible y aceites que utilizan los jardineros para su maquinaria. ¿No?

—Fue accidental. Han esperado un tiempo para desescombrar porque también había algunos productos químicos, insecticidas y herbicidas propios de los trabajos de jardinería, ya sabes. Cuando estaban seguros de que no había problemas en el aire han despejado todo lo que han podido.

—¿Y...? —preguntó Camacho, sabiendo que le iban a confirmar algo que ya barruntaba. Si no, ¿qué sentido tendría aquella llamada de Romero?

—Que los bomberos han hallado dos cuerpos calcinados.

—¿Currantes rezagados? —le preguntó con cierta desgana Eliseo.

—No. Cuando hablé con Ignacio, el ingeniero de zona de los jardineros, y después con el encargado del cantón, Vallejo, me confirmaron que todos los trabajadores estaban fuera. Parece ser que el convenio les permite salir hoy dos horas antes para que coman juntos por estas fechas y a las doce de la mañana no había ya nadie. —El comisario quedó unos segundos en silencio y después continuó—. He pedido a Vallejo el teléfono de todos los que trabajan allí. Pocos, porque con eso de los recortes en el Ayuntamiento apenas quedan cinco o seis. Además, los de la Científica nos han dicho que, a primera vista, o bien eran enjutos o jóvenes. Yo personalmente he telefoneado a cada trabajador. Roldán vive en una urbanización a las afueras de Madrid. Ha estado allí desde que salió del trabajo. Otro, Rollón, aprovecha cada fin de semana para marchar a su parcela en Ávila. Allí sigue. Y los dos cuya morfología podía coincidir con los cuerpos hallados también están vivitos y coleando: uno se apellida Vega y el otro, Guagalango, de origen ecuatoriano. Yo mismo he hablado con ellos.

—¿Estaba forzada la puerta de entrada? —preguntó Camacho.

—No. Sería por la prisa o por un despiste, pero cerraron la puerta y dejaron las llaves en la cerradura. Vamos, solo faltaba un cartel que pusiera: «Entren y cojan lo que quieran». Pregunté al ingeniero de zona y al encargado del cantón si había mucha maquinaria de valor allí por si esa

había sido la causa del incendio, algo a propósito para tapar las huellas, y me comentaron que se llevan todo lo importante a la nave central para evitar robos. Como entenderás, en ese momento, apenas controlado el incendio, no se sabía lo que los bomberos iban a encontrarse allí.

—¿Me hago cargo del caso, jefe? —le preguntó el inspector, casi por respetar la jerarquía. Intuía que ese era el motivo de la llamada del comisario Romero. Sabía que, de no haberle adjudicado el caso, él mismo habría ido a meter sus narices, como siempre que se tratase de posibles jóvenes.

—¿Tengo otra opción, Camacho? —le replicó el comisario—. Si se lo doy a otro equipo vas a husmear igualmente y a cabrear a media brigada. Vete a casa porque ya veo que estás en una de tus rondas fuera de horario. Duerme unas horas y mañana te pasas a hablar con los de la Científica, a ver si se ha salvado algo que sirva para identificar los cuerpos, o indicios de intencionalidad. Del tema forense se encarga el equipo de Riquelme. Entérate de si hay algo a tener en cuenta en la autopsia. Pasa también por Moratalaz, echas un vistazo *in situ* y me cuentas. ¿De acuerdo? Nada de declaraciones a la prensa que, seguramente, ya estarán husmeando por allí. Y no des un paso más hasta que me informes y decida si finalmente se lo encargo al «Llanero solitario» o a un equipo en toda regla. Insisto, vete a casa.

Camacho apoyó la espalda en el respaldo del asiento y dejó el teléfono en el del copiloto, quizás aliviado porque aquel nuevo caso era la excusa idónea para no ir al pueblo al día siguiente, y el entretenimiento perfecto para no pasar la odiosa Navidad quejándose de aquella úlcera fabricada con alcohol.

Con inusitada facilidad aparcó en la puerta de su casa en el distrito de Retiro. Camacho salió del coche y estiró las piernas, entumecidas después de más de tres horas de una de aquellas vigiliadas voluntarias.

—Me estoy haciendo viejo, Ricardo —murmuró mientras trataba de quitar aquel hormigueo cada vez más habitual. Cada vez más prolongado.

Llevaba ya un par de años en los que, a pesar de vivir en el primero, tomaba el ascensor. Sabía que algo no iba bien en esa maquinaria suya, pero no tenía tiempo para doctores, ni del cuerpo, ni del alma. Tampoco demasiada fe en ellos. Quizás guardaba en su subconsciente las inyecciones que Manolo, el practicante de su pueblo, le ponía para bajar cualquier pico de fiebre que tuviese, fuese lo que fuese aquello que la provocaba. Recordaba salir corriendo de la cama cuando le escuchaba saludar afablemente, aunque siempre a voces, al entrar en las casas. De nada le valía. Después de unas carreras incontroladas por el pasillo, por el patio, por el huerto y un llanto que terminaba por dejarle agotado, aquel practicante, que a Eliseo le parecía un gigante, siempre le alcanzaba.

Después trataba de serenarle acariciando su cabeza. Sacaba una piruleta diminuta de su bolsillo con la que trataba de paliar el dolor que sabía que iba a sentir y, finalmente, resignado a que de nada le valdrían ya las protestas, iba sumiso hacia su habitación. El dolor que sentía cuando se clavaba la aguja en su trasero hacía que aún recordase hasta el olor de cuando las hervían antes del arponazo. El miedo que sentía al ver a Manolo aparecer por su casa desaparecía cada vez que le veía en cualquier otra ocasión por el pueblo. Siempre se acercaba a saludar a aquel hombre campechano, que nunca contó a ninguno de los chavales del pueblo que Eliseo lloraba cada vez que le veía entrar en su casa. La dignidad lo primero.

Entró en casa y solo el olor a cerrado le recordó que llevaba más de treinta horas sin

aparecer por allí. A pesar del frío de la calle abrió las ventanas de cada estancia para que se fuese aquel olor mientras tomaba una ducha.

Con las manos apoyadas en los azulejos dejó que el agua caliente y a buena presión golpease su espalda. Sin moverse, sin pensar apenas en nada que no fuese el placer de sentir aquel chorro generoso.

—En qué hora se me ocurriría la idea de quitar la bañera, Ricardo —murmuró.

Al instante recordó por qué había hecho obra en el baño y quitó aquella bañera enorme. Pero esa noche se habría pasado horas sumergido en ella, como hacía antes. Con una botella en la repisa a la que daba generosos tragos mientras consumía un cigarro tras otro. Hasta que uno de aquellos médicos odiosos le dijo que debía dejar de hacer lo uno y lo otro. O al menos moderarlo.

Finalmente le hizo caso aproximadamente un año antes, después de aquel día en que trató de detener a un descerebrado. En la emisora habían dado su descripción. El tipo, un mico de no más de dieciocho o diecinueve años, había entrado en la cafetería de un Hogar del Pensionista. Había pedido a un camarero un cuchillo, supuestamente para abrir pan y hacerse un bocadillo en el parque que rodeaba el edificio. Un anciano que le conocía le había preguntado que dónde iba con aquel cuchillo

—Voy a matar al primero que vea nada más salir de aquí —le dijo el chico mientras el anciano le reía la gracia.

Dicho y hecho. Una mujer se dirigía hacia allí y tuvo la mala suerte de toparse con él y ser la primera persona que vio el chico. Sin mediar palabra se acercó a ella, y a una velocidad endiablada le propinó más de quince puñaladas en el vientre, soltó el cuchillo y echó a correr. Cuando Camacho le localizó, atravesó el coche en medio de la calle. Le dio el alto, el muchacho aceleró para tratar de despistarle y Camacho echó a correr detrás. Después de más de quince minutos —siempre a bastante distancia del fugado—, sintió aquel ahogo y aquella presión en el pecho y se paró. El mazazo a su honor llegó cuando Gallardo, que pesaba treinta kilos más que él, le sobrepasó y detuvo al fugado sin apenas esfuerzo.

Al reunirse con Gallardo —el cual ya tenía al chico en el suelo, con las manos esposadas a la espalda—, y ver su media sonrisa, supo que aquella costumbre de pasar horas en la bañera había llegado a su fin.

Alzó sin miramientos al muchacho, a pesar de las protestas de su compañero.

—¿A ti qué coño te pasa? ¿Te has vuelto loco? —le preguntó al chico que, extrañamente, le observaba incrédulo, como si no entendiese por qué le habían detenido—. ¿Qué te ha hecho esa pobre mujer?

—Nada —le contestó fríamente—. Es solo un juego. Un movimiento más: pedir cuchillo, matar, correr. En cuanto salga en las noticias seré *Top One* en el juego más puntero de la Red.

Hacer la obra en el baño, quitar la bañera y aquella repisa donde descansaban más botellas que en el mueblebar y un cenicero atestado siempre de colillas, fue mejor solución que Alcohólicos Anónimos. Solo bebía en la bañera. Sin ella no habría alcohol, y hasta la fecha había cumplido con su propia terapia.

El agua empezaba a hacerle daño en la espalda. Palpó hasta encontrar el grifo y cerró. Se puso una toalla en la cintura y salió del baño. El salón parecía el de un enfermo de síndrome de Diógenes, pero en lugar de estar atestado de objetos sin sentido, Camacho acumulaba carpetas, recortes de prensa, fotografías de informes forenses... montones y montones apilados aquí y allá

atados con cuerda de pita.

—Vamos a tener que poner un poco de orden aquí, Ricardo.

Tres de las paredes estaban vacías. La cuarta tenía una plancha de metacrilato que ocupaba casi toda la pared. Estaba llena de papeles, planos de calles, fotografías o anotaciones con rotulador rojo. La miró con desgana hasta reparar en la esquina superior derecha. Se acercó a aquella foto en blanco y negro. Dos niños aparecían subidos en un poni de feria con sombreros de *cowboy*. El mayor sonreía. Camacho le acarició el rostro con los dedos.

—Te echo de menos, Ricardo —susurró.

Después agachó la cabeza, cerró el puño y golpeó el metacrilato hasta que sus nudillos bañados en sangre dejaron una mancha igual que otras muchas que decoraban algunos sitios de la superficie.

Domicilio de Eliseo Camacho, (Madrid).

24 de diciembre de 2016.

3:00 a.m.

Apenas pegó ojo en toda la noche. Cuando se tumbó en la cama boca abajo, sin arropar y con la misma toalla con la que había salido de la ducha, se quedó dormido al instante. Antes de la primera hora ya había tenido una de aquellas pesadillas recurrentes y, bañado en ese sudor de siempre, con los temblores acostumbrados y jadeando, se despertó. La colcha tenía manchones de sangre por las heridas en los nudillos. Sangre como aquella que corría en sus sueños, como si de un río se tratase. Enojado, quitó la colcha de un tirón violento y la lanzó al suelo. Bebió agua y volvió a la cama a intentar dormirse. Ya no lo consiguió.

A las seis de la mañana tomaba café en una de las cafeterías de la estación de Atocha junto al bosque tropical. Incluso allí, en ese microclima artificial, sentía el frío calando sus huesos. Se abrochó aquel tres cuartos verde, lo único que conservaba de su padre y que cuidaba con mimo. Pensaba que el día que se estropease y tuviera que deshacerse de él, también se difuminarían de su memoria las pocas imágenes que recordaba de su padre. A veces acariciaba el parche de la Dirección General de Montes, como tantas otras veces siendo pequeño, cuando su padre le cogía en brazos al volver del trabajo en los montes. Esos que, igual que le daban la vida, fueron testigos del accidente que se la quitó. Apuró el café, pagó la cuenta y se marchó.

Era temprano para ir a hablar con los investigadores del Cuerpo de Bomberos. Cogió el coche —aparcado en la cabecera de la parada de taxis de la estación con el rotativo azul encendido— y enfiló Reina Cristina rumbo a Moratalaz.

Aparcó antes de las cintas que habían puesto para delimitar el sitio donde se ubicaba el cantón de los jardineros, anexo a la pared de aquel colegio de «niños bien». Los ladrillos mostraban los estragos del incendio.

Aquel cantón era una caseta de techo abuhardillado, sencilla, de ladrillo visto repintado intentando imitar el color natural del ladrillo rojo. Lo comprobó al ver los jirones de pintura que, por efecto del calor, aparecían desprendidos de la fachada. Pensó que los pintores no habían dado con el matiz idóneo.

La mayor parte de la superficie de la fachada estaba ennegrecida por el humo. Solo una franja irregular a la altura del suelo y aquellas partes que mostraban la pintura desprendida habían escapado de las llamas. La puerta, igualmente ennegrecida, dejaba ver en la parte inferior el color

azul oscuro con el que estaba pintada.

Bordeó la caseta. Por fuera no parecía demasiado grande y pensó en por qué aquellos dos no habían podido salir. Comprobó que en un lateral había dos ventanas. Se acercó a una de ellas. Eran de metal, igualmente pintadas del mismo color azul de las puertas. Tenían numerosas filas de hendiduras rectas de las que se practican en ese tipo de ventanas y que sirven de ventilación. Se apreciaba por las manchas el escape que habían tenido tanto el humo como el fuego unas horas antes. Trató de abrirlas con los guantes de látex que se había puesto en el coche. Ninguna cedió.

Sacó su linterna e iluminó una ventana. Al momento reparó en que estaban soldadas, aparentemente con ese material de soldadura en frío, por lo que difícilmente nadie podría haber escapado por allí. Anotó en su libreta. Sería una buena pregunta para el encargado del cantón. Si aquello no lo habían soldado los operarios del Ayuntamiento, alguien quería que los que estaban dentro no saliesen vivos de allí. Si lo habían soldado los operarios, habría que felicitar a la «mente pensante» que tuvo la brillante idea de que, en caso de incendio, nadie tuviese esa vía de escape.

En el lateral opuesto había otra de aquellas ventanas de metal con hendiduras, pero estaba abierta. El suelo estaba lleno de cristales tiznados por el humo. Dirigió la linterna al interior del cantón.

Aquella estancia estaba llena de herramientas propias de la jardinería: azadas, palas, jardineras, cepillos, escobas o rastrillos que habían perdido, en parte o totalmente, los astiles de madera, producto del fuego. Estaban ennegrecidas y esparcidas por el suelo. En lo que parecía que había sido antes del incendio un estante rudimentario de madera, se amontonaban rollos de manguera de riego deshechas. Junto a la ventana, derretidos en el suelo, se apreciaba lo que era claramente el fondo de algunas garrafas que, sin duda, habrían contenido el combustible que, probablemente, si no había sido la causa del incendio, desde luego lo habría alimentado.

Cerca de la pared estaban los restos de uno de esos compresores con un depósito y una manguera que se utilizan para fumigar o esparcir herbicidas. La bombona estaba prácticamente consumida y el chasis retorcido. Sí, le preguntaría a Riquelme si había síntomas de intoxicación por productos químicos en aquellos cuerpos. Con suerte, las llamas les habían alcanzado ya fallecidos.

Iluminó el borde de la cancela de hierro de la ventana. Allí estaban los pegotes de soldadura igual que en las ventanas del lado opuesto, pero parecía que alguien la hubiese manipulado. Buena pregunta para el perito de los bomberos. Si ellos no las habían forzado para atacar desde allí el incendio y se confirmaba que la «mente pensante» también había sido responsable de que se soldaran, probablemente alguien las abrió a propósito para provocar el incendio. Demasiadas preguntas. Necesitaba otro café antes de ir en busca de las respuestas.

Cerca de la Comisaría de la calle de la Tacona había uno de los bares donde los policías solían desayunar. Entró. Tenía su complicación si ibas entre las nueve y las diez de la mañana porque solía estar abarrotado de agentes de la UIP, aquellos policías altos, fornidos y jóvenes que ocupaban casi en su totalidad la barra, dejándole con su metro y setenta y dos centímetros con problemas para pedir un simple café. La camarera, que trataba a todos con familiaridad como si conociese a cada uno de ellos, reparó en él.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —le dijo elevando el tono de voz para que le escuchase.

—Sí, digamos que sí —le contestó Camacho sin querer desvelarle su empleo como

inspector. Tampoco quiso confesar que conocía aquel bar, ya que llevaba años sin ir allí. Demasiados sol y sombra en el pasado. Sentía un poco de rubor absurdo al reconocer que era «perro viejo», más por viejo que por perro.

—¡A ver, señores, despejen un poco la barra que me tapan a los clientes de la segunda fila!

Al instante, los agentes de la UIP quedaron en silencio y, como si de un *ballet* se tratase, se movieron la mitad a un lado y la mitad al otro de la barra, dejando un amplio espacio en el centro. Giraron la cabeza y repararon en Camacho. Uno de los más jóvenes le cedió el paso con la mano.

—Pase, abuelo —le dijo con cierta sorna.

Automáticamente, uno de los veteranos le hizo un gesto para que callase.

—Joder, Damián, cómo se nota que eres un puto novato. ¿No sabes quién es? ¡Coño, que es Camacho! ¿No has oído hablar de Camacho? ¿No estuviste en clase en la Academia de Ávila los días que dieron el tramo de estudio sobre menores? Le ponen como ejemplo en ejercicios de investigación.

—¿Ca...Ca... Camacho? —tartamudeó Damián, entre asustado y sorprendido—. Disculpe. ¿Quién iba a saber que usted...?

—Déjalo —contestó Camacho—, a estas alturas ya estoy acostumbrado a que me llamen viejo.

La camarera salió al quite del muchacho.

—¿Camacho? ¿El famoso Camacho de los primeros del GRUME? Es un honor tenerte aquí. Me llamo Helen, deja que te dé la mano. Pensé que eras una leyenda urbana y, fíjate, aquí tengo la confirmación de que no.

A Eliseo no le sorprendió que aquella camarera supiese quién era regentando un bar donde acudían tantos policías. Muchos hablaban de él. Los de la *vieja escuela* sabían de su celo en el trabajo y le respetaban. Más o menos. Los más jóvenes se mofaban a veces de él y alguno ponía en duda sus métodos, por obsoletos, o sus formas, en ocasiones expeditivas. Le jodía aquello, pero nunca hacía mención ni de halagos ni de críticas. Aun así, siempre pensó que si llevaba tantos años en el cuerpo era porque el término medio en el que se encontraba no le causaba demasiados problemas, ni a los jefes ni a los compañeros, y lo dejaba estar.

Pidió un café con leche hirviendo y se retiró a una de las mesas. Los de la UIP permanecían en silencio y la mayoría le miraba sin disimularlo. Pensó en ese equilibrio. Desde el principio empezó a despuntar entre sus compañeros. Esto le había servido para mantener a raya a unos y otros, y seguir con su manera de entender las cosas. Hasta ese momento le había ido más o menos bien. La prueba estaba en el silencio que había provocado su nombre entre aquellos policías. En dos años se librarían de él. No le preocupaba pasar a segunda actividad. Le preocupaba que nadie parecía que fuese a utilizar unos métodos que hasta ahora le habían funcionado, y pensaba frecuentemente en qué manos quedarían los casos que afectasen a jóvenes cuando le dieran una mesa llena de carpetas y dejase las calles.

—¡Cuánto depredador hay ahí fuera, Ricardo! —murmuró—. Como todos sean como «Don Fornido», al que le preocupa más llevar impoluto el uniforme y tocar las cachas de la pistola, los chavales lo tendrán complicado.

Terminó su café y se acercó a la barra. Metió las manos en los bolsillos buscando dinero para pagarlo. Helen le cortó la intención.

—Ni se te ocurra, Camacho. Aquí se respeta a las leyendas. Estás invitado. Y no tardes

en volver a vernos. Que pases una Feliz Navidad.

—Gracias, ¿Helen? Sí. Gracias, Helen. Volveremos por aquí. ¡Ah! Y que pases tú también una buena noche.

Cuando salía por la puerta, Helen le gritó:

—¡Camacho, espera!

Él se volvió. La camarera llevaba en la mano una botella de vino.

—Toma, un detalle de la casa. ¿Ves la barra abarrotada? Pues todos estos vienen hoy en tromba porque se llevan el «detalle de la casa».

—Mejor no, Helen. Te lo agradezco, pero ya estoy viejo para eso —y dirigiéndose a Damián, dijo—. ¿Verdad, Rambo? Que tengáis buen servicio.

Y salió del bar sonriendo camino de su cita con el investigador de los bomberos.

—No hay mucho más que investigar, inspector —le explicaba el perito del Cuerpo de Bomberos a Camacho—. Pegaron un compresor de fumigación cerca de una pared. Allí hay un enchufe con claros signos de haber sufrido un corto por sobrecarga en la red. Es posible que, para mantener el vestuario caliente en invierno, tengan constantemente los dos radiadores encendidos, de ahí la probable sobrecarga. De los cuatro niveles de confianza yo le doy la calificación de «CONCLUYENTE». Los de la Científica, con alguna que otra reticencia como siempre, son de la misma opinión. Instalación obsoleta, más corto, más combustible cerca: incendio seguro. Que esos chavales estuviesen dentro es una desgraciada suma de casualidades.

—¿Chavales? —interrumpió Camacho—. Joder, ya sabéis vosotros más que yo.

—¿No ha hablado con los de la Científica? —preguntó el investigador de incendios—. Entre los restos, debajo de una de las taquillas metálicas para la ropa de los trabajadores, hallamos una mochila parcialmente quemada. Se la entregamos a los vuestros y, aunque no estaba bien del todo, dentro había un DNI con datos suficientes para identificar a uno de los cuerpos, un chaval de no más allá de dieciséis o diecisiete años.

—¿Su nombre? —le preguntó Camacho.

—Ya se lo confirmarán los suyos cuando estén seguros al cien por cien. Lo que sí le puedo decir es que el otro cuerpo calzaba deportivas con un poco de cuña, por lo que todo hace indicar que se trata de una mujer joven o enjuta. Al estar los dos cuerpos juntos se entiende que eran novios o algo así, que tuvieron la mala idea de aprovechar el olvido de las llaves en la cerradura y se metieron allí para tener intimidad.

—¿Algo que identificase el otro cuerpo? —insistió Eliseo.

—Nada en el caso de la supuesta mujer. O no llevaba nada o, simplemente, se calcinó en el incendio.

—Una última pregunta —le requirió Camacho—. ¿Por dónde atacaron el fuego para extinguirlo?

—La ventana más cercana a las bombonas de combustible saltó por los aires con la explosión —le contestó—. Una vez controlado ese lado, el resto fue más sencillo.

—¿No se manipuló la soldadura de la cancela de hierro de la ventana? —le volvió a preguntar Camacho.

—No hizo falta. Cuando llegó la dotación, la ventana ya estaba abierta. Era previsible la explosión con tanto combustible ahí dentro. Lo que espero es que esos chicos estuviesen ya muertos por los gases de los insecticidas y herbicidas. El hecho de que les encontrásemos juntos

hace indicar que sí, que algo les impidió huir, y lo más factible es que la secuencia fuese: corto en el enchufe e, inicialmente, un pequeño incendio en el carburador y el depósito de gasolina del compresor de fumigación. Este primer conato empieza a deshacer el depósito que contiene los productos químicos y libera gases que hacen que los chicos pierdan el conocimiento. El fuego sigue su curso y, al llegar a los bidones de combustible, explotan. El techo es más bien bajo, abuhardillado, la deflagración extiende el fuego al vestuario y se desata el infierno final. A falta de nuevas pruebas contundentes que desmonten esta versión, y si los del Anatómico Forense no dicen algo distinto, esto va a ser lo que ponga en el atestado y lo que pase a los peritos del seguro de la empresa subrogada del Ayuntamiento.

—¿Seguro que no hubo manipulación de la soldadura de la cancela? —volvió a insistir Camacho, a quien las explicaciones del perito le parecieron razonables, pero no terminaba de verlo claro—. Esta mañana estuve por allí y la soldadura parecía manipulada.

—Verá, Camacho —le respondió el perito sin disimular cierto enfado—, al producirse una deflagración así los gases escapan por el lugar que menos oposición encuentran, y una soldadura en frío es poca oposición para una explosión de esas características, aunque los materiales actuales sean cada vez más sólidos. Definitivamente se abrió así, no le dé más vueltas.

—Si piensa que dejó las cosas con algo rondando mi cabeza es que no me conoce —le replicó el inspector—. Le aconsejaría que esperase unos días antes de presentar ese informe.

—Los policías buscan delitos, los de los seguros, fraudes —dijo con tristeza aquel hombre de pelo canoso—. No subestime mi trabajo. Yo investigo las causas de un incendio y, aunque ni unos ni otros nos tengan en consideración, nuestros métodos son tan científicos como los suyos.

—Pues yo me pierdo, tanto con sus tecnicismos como con los de la Científica, y mi instinto es el que encuentra el camino. Que tenga buen día —replicó Eliseo mientras salía por la puerta del despacho del perito.

Una vez fuera buscó en el móvil de la Unidad el teléfono de los de la Científica. Marcó.

—Buenos días, soy Camacho. ¿Quién lleva lo del incendio de Moratalaz?

—Chema Iglesias —le contestaron al otro lado de la línea.

—Ponme con él, es urgente —inquirió nervioso.

Esos eran los momentos en los que un cigarro le devolvía la calma que necesitaba. Los momentos siguientes a los que barruntaba algo. A falta de cigarro metía la mano en el bolsillo y removía monedas y llaves para mantenerla entretenida, pero tardaba en entretener la mente y dejar de pensar en su Philip Morris.

—Dime, Camacho —le requirieron desde el teléfono.

—Buenos días, Iglesias. Oye, vengo de hablar con el perito de los bomberos de lo del incendio de Moratalaz. Me ha dicho que ya tenéis un nombre.

—Dos, Camacho. Nos falta confirmarlo con Riquelme y sus chicos, pero los cuerpos pertenecen a una tal Desirée Ndivo, de dieciséis años y origen guineano, que vivía en Arroyo Fontarrón, y su supuesto novio, un chico de diecisiete que se llamaba Rodrigo Vívar García, que tenía su casa en la calle Marroquina. Esta identidad, en principio, está confirmada por su DNI. Estaba dañado por el fuego, pero quedaron intactos algunos datos y hemos dado rápidamente con su nombre. Su madre comentó que no sabía nada de él desde el día veintidós y ha identificado la mochila del chico en el Anatómico. Puede que te preocupe el estado de los cuerpos, pero no creo que tengamos problemas en regenerar las huellas dactilares y obtener un lofograma natural para practicar una necrorreseña de las mismas. Ya sabes cómo va esto, Camacho. Se van a realizar

todas las pruebas necesarias hasta que tengamos la certeza de que son esos chicos.

—Más tecnicismos... ¿Vivar has dicho? —preguntó Camacho.

—Rodrigo Vivar —respondió con seguridad Iglesias.

—Vivar... Vivar... Vivar —repetía una y otra vez Eliseo—. ¿De qué coño me suena ese apellido? ¿Seguro que ese es el apellido del chico?

—Joder, Camacho, estás como ido. Ya te he dicho que lo ha confirmado la madre. Además, ella misma nos ha facilitado la dirección de la chica. Dos de mis hombres van hacia allá para confrontarlo con los familiares. Constatar que, efectivamente, no está allí, y pedirles que pasen por el Anatómico para una identificación de los objetos que están en mejor estado. Pásate por aquí y... ¿Camacho? ¿Camacho?

Eliseo Camacho había cortado la comunicación y había cogido su coche, un Kia Clarús granate que le compró a un amigo en problemas. Con el rotativo azul encendido y la alarma acústica puesta, se dirigía a una velocidad imprudente hacia su casa. Aparcó en el vado del garaje aledaño a su portal, dejando encendido el dispositivo luminoso para que nadie se atreviese a tocar aquel vehículo, y subió las escaleras a la carrera. Abrió la puerta y, sin cerrarla siquiera, se dirigió al salón lleno de carpetas amontonadas.

—1989, 1990 del GRUME —mascullaba paseando inquieto por el salón rebuscando entre algunas de aquellas carpetas—. 89, 90. ¡Joder! ¡En el 90, seguro! Aquella chica...

Se dirigió directamente a un pequeño montón de carpetas. Encima de ellas, en un folio que amarilleaba por el paso del tiempo, estaba escrita con rotulador rojo la frase: «¡¡VIVAR, CABRONAZO!!». Apartó la hoja y deshizo la lazada a la cuerda de pita que las mantenía unidas. En el centro apareció un nombre, «Marta Díaz», y una fecha, «1 de marzo de 1990». La abrió.

Desde mi despacho se divisaba perfectamente todo el patio del instituto. Algunas gamberradas en cursos anteriores, deteriorando los equipamientos deportivos, habían llevado a la dirección del colegio a vallar esa zona para que solo se tuviese acceso durante las clases de educación física, por lo que todos los estudiantes estaban concentrados en aquella despejada superficie rectangular.

Recordé mis años de instituto, cuando cambiaban los envejecidos equipamientos y recibíamos los nuevos como si de regalos de Navidad se tratase. No era lo habitual. Los colegios e institutos tenían presupuestos mínimos y las novedades no eran muy frecuentes, por lo que éramos conscientes de que había que cuidarlos o tardarían años en renovarlos. Los profesores estaban pendientes de todo y no dudaban en imponer su autoridad si veían cualquier acto de vandalismo.

Sentí cierta pena por la situación actual de los maestros. En un punto entre los primeros pasos de la Democracia en España y la actualidad, se había perdido la distancia lógica entre el profesor y el alumno. Se había pasado del «usted» a un tuteo, haciendo que se extralimitaran en el uso de la confianza que les ofrecía el maestro.

A más de uno recibí en mi despacho, más como pacientes que como compañeros, a descargarse de los problemas que generaban algunos chicos y, lo que era peor, padres culpándoles de la nula evolución de sus hijos, las notas, o por el castigo leve del viernes por una trastada de alguno de ellos. En cierto modo entendí que no dijese nada si les veían colgarse de las porterías o quemar las redes con un mechero. Quizás el alumno al que recriminasen su actitud fuese el hijo de un donante importante del colegio y podría acarrearle consecuencias al propio maestro.

Con las cosas del patio durante los descansos ocurría lo mismo. Hacía tiempo que dejaron de intervenir en los asuntos de los alumnos y, salvo infracción clara y grave, apenas se hacían eco de las quejas que alguno le plantease. Simplemente lo dejaban estar. Quizás era esa circunstancia la que levantaba un muro imposible de saltar para aquellos que sufrían en el instituto algo más serio que una broma de otro alumno.

Héctor seguía sin relacionarse prácticamente con nadie. Salía al patio y se sentaba en la escalera, en la puerta del edificio donde estaba su aula. Hasta ese día, aparte de esa voluntaria soledad, nada externo a él me preocupaba en exceso. Tenía pendiente una conversación con sus padres para conocer más aquel episodio que me comentó sobre dos amigos y que, sin duda, le había traumatizado. Quizás entonces encontraría una manera con la que tratar de integrarle con el resto de alumnos.

Sonó el timbre que marcaba el inicio del descanso y, como hacía desde que conocí al chico, me asomé a la ventana de mi despacho. No tardé mucho en verle salir y sentarse donde siempre. Tenía un libro en las manos. Lo abrió y comenzó a leer. Un instante después se acercaron dos chicos y dos chicas a él. Ni siquiera levantó la vista. Se apreciaba que, en diferentes

momentos, cada uno de los cuatro le decía cosas, pero Héctor seguía con los ojos fijos en aquel libro. Nada me alarmó, hasta que vi claramente cómo uno de los chicos empezó a darle patadas en los pies. Eran pequeños pero insistentes toques para llamar su atención. Inmediatamente levantó la vista y miró al que le había pegado. Siguió sin abrir los labios, le miró con cierta tristeza y volvió a fijar su mirada en el libro.

Los dos chicos se volvieron riendo. Una de las chicas se agachó hacia él y con un movimiento rápido le quitó el libro. Dieron media vuelta y se apartaron de Héctor. El muchacho quedó con las manos en la misma postura que las tenía, mirándoles cómo se marchaban entre risas. Salí inmediatamente de mi despacho. Aquellos cuatro tendrían una charla conmigo.

Cuando llegué al patio y me acerqué a ellos, aún reían haciendo comentarios sobre el «bicho raro».

—¿Me devolvéis el libro? —les dije nada más llegar a su lado.

—Es mío, tía —me contestó Rebeca desafiante—. ¿Por qué debería dártelo?

—No soy tu tía, Rebeca. Os he observado desde la ventana. Se lo habéis quitado a Héctor. Además, dudo que tengáis otra pasión lectora que no sean los mensajes de los amigos por WhatsApp. ¿Esa es la bienvenida que dais a los chicos nuevos en el instituto?

—Es un friki, Isabel ¿No ves las pintas que lleva? Además, no habla con nadie. Lo intentamos cuando vino a clase por primera vez y fue un grosero con nosotros —contestó la chica excusándose.

—Y lo diferente os incomoda, ¿verdad? Y como no es como vosotros, en lugar de dejarle en paz con la soledad que él ha elegido, vais como lobos a cazar al pobre cordero. Con esa actitud difícilmente alguien se va a abrir a vosotros, ni Héctor ni nadie.

—¿Incomodarnos? Tú eres un poco como nosotros, Isabel —porfió la chica.

—¿Yo? —le pregunté verdaderamente ofendida—. ¿Qué tengo que ver yo con vuestra manera de actuar?

—Que también te incomoda ser distinta.

—¿Distinta? ¿En qué soy distinta, si se puede saber?

—Recuerdo cuando te conocí. Si no me falla la memoria, tenías gafas. Los chicos te pusieron un apodo: «la topillo». En menos de dos años te operaste y aquí estás, sin gafas. Bienvenida al «club de los perfectos» —me contestó Rebeca con gesto de satisfacción creyendo haber ganado la batalla.

—Me operé porque estaba cansada de romper gafas —le repliqué con cierto desdén—. De joven también alguien tenía un apodo para mí: «Gafas». Era el más guapo del instituto, el más popular y, sin embargo, estaba por mí. Ni me quité las gafas entonces, ni salí con él por ser el más guapo o popular, porque ya tenía personalidad suficiente como para admirar otros valores en la gente. De todas formas, no sé por qué te doy explicaciones, Rebeca.

»Creéis que el mundo en que vivís vosotros es el perfecto, como aquel chico en los 90 también lo pensaba. Supongo que no lo habréis leído, pero H.G.Wells escribió un libro, *La Máquina del Tiempo*. En él habla de un científico que viaja al futuro, concretamente al año 802.701. Vais camino de convertirlos en los *Eloi* que viven en la superficie, bellos por fuera, pero carentes de inteligencia, sin fuerza alguna y sin otro quehacer que sestear en praderas hermosas.

—Pues si ese es nuestro futuro, ¡me apunto, tía! —contestó entre risas Rebeca, mientras los otros tres chicos aplaudían la ocurrencia.

—No he terminado —repliqué—. Al anochecer tienen que esconderse porque la raza que odian, los distintos, los monstruosos, los *Morlocks* que viven en el subsuelo, salen a capturar a los

Eloi porque se alimentan de ellos. Si ese es el futuro que queréis unos y otros, el de dos degeneraciones de la raza humana enfrentadas entre sí, vais camino de ello.

Le quité a Rebeca suavemente el libro de las manos.

—*La Primera Vez que Maté*, Gonzalo Jerez —susurré leyendo el título y el nombre del autor de aquel libro—. ¡Cuánta violencia!

Me di la vuelta borrándoles aquella sonrisa de los labios y dejándoles en un incómodo silencio.

Entré en el pabellón y vi que Héctor se dirigía a los aseos. Apreté el paso, pero cuando llegué a la puerta ya estaba dentro. Esperé trasteando con el libro en mis manos. La portada, con fondo naranja, era un ojo ensartado en un bolígrafo Bic de los de toda la vida. Recordé mis años de instituto y tres bolígrafos como aquel, de distintos colores, al lado del cuaderno en mi mesa del aula. Empecé mentalmente aquella frase de que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero la descarté enseguida porque también, en el pasado, hubo bolígrafos ensartados en los ojos. Distintos métodos ahora, quizás más sofisticados, pero el trasfondo era el mismo. Y las consecuencias. Jóvenes que en soledad sufrían la puesta en escena de la supuesta superioridad de otros compañeros. El acoso al distinto que, al acabar en carcajada, pretendían disfrazar de broma. Pero solo una parte acababa riendo.

Héctor se sorprendió al verme en la puerta de los aseos cuando salió. Miró mis manos y vio el libro.

—Ya lo he leído tres veces. No me importa que me lo hayan quitado.

—No es el objeto, Héctor, es el acto —le repliqué—. ¿Has tenido algún incidente más con esos chicos?

—No soy ningún chivato, Isabel.

—Estás afirmándolo veladamente, y si piensas que no delatar comportamientos como el que acabo de presenciar hará que te miren con mejores ojos, estás equivocando el camino —le dije tratando de hacerle reflexionar—. La manera en la que les mirabas cuando Rebeca te quitó el libro denotaba tristeza. Mucha gracia no te hizo, y con tu silencio en poco puedo ayudarte, ni siquiera cuando soy testigo de algo que te ha incomodado. Sé que no vas a confiar a la primera en mí, ni en nadie, pero sí soy alguien con quien puedes hablar y que puede cambiar algo las cosas.

—¿Cambiar? —me preguntó incrédulo—. Me conformo con que no empeoren. Déjalo estar.

—Pero no estás solo aquí. Me refiero a que, de igual forma que tienen esos comportamientos contigo, también a otros les pueden hacer cosas similares. Estos temas hay que cortarlos de raíz, y alguien ha de dar el primer paso para que no ocurran estas cosas en el instituto.

—¿Por qué habría de importarme lo que les pase a los demás si también conmigo miran hacia otro lado? Además, ¿acaso piensas que esto se limita al instituto? ¿Hace cuánto que no me ves con un móvil en las manos? —me respondió fijando la mirada en el suelo.

—¿Por qué? ¿Te lo quitaron igual que te han quitado el libro? Eso es un robo. Es un delito y hay que denunciarlo —le dije alarmada.

—No, no me robaron el teléfono. Mira, déjalo ya, por favor, no quiero más problemas. He de entrar en clase, es la hora —me dijo mientras se daba la vuelta y subía el primer peldaño de las escaleras que daban acceso a las aulas.

—¡Héctor, espera! —le grité mientras subía ya rápidamente—. Olvidas el libro.

—Quédatelo, te lo regalo. Léelo. Quizás entiendas por qué a veces algunas personas hacen lo que hacen, aunque sean las cosas más viles.

Allí quedé al pie de la escalera, con la mano extendida sosteniendo aquel libro y con una tremenda sensación de impotencia. Pensé en Marta, en la promesa que le hice en el tanatorio de la M-30. Pensé en lo difícil que era derribar la muralla que levantaban aquellos que sufrían los mismos problemas que supuse que ella tenía semanas antes de acabar con su vida. Por cada ladrillo que yo quitaba, Héctor ponía dos, y así era imposible ayudarlo. Lo tuve claro. Era urgente una conversación con sus padres. Quizás en esa entrevista encontrase alguna pista de lo que le estaba pasando.

6

*Domicilio de Eliseo Camacho (Madrid).
24 de diciembre de 2016.*

La carpeta con el expediente del suicidio de Marta Díaz estaba en el rincón donde apilaba aquellos casos que, o bien nunca dio por cerrados, o le habían causado especial interés por las circunstancias en las que se habían desarrollado los acontecimientos, por asuntos novedosos nunca antes tratados por él o, simplemente, porque le aportaban datos para investigaciones futuras. Cuando sucedió lo de aquella chica, solo hacía tres años que salió de la Academia de Policía y ese fue el primer caso especialmente grave que le habían asignado.

Al quitar el folio con aquella frase «¡¡VIVAR; CABRONAZO!!», sintió que, más que con ira contra Vivar, estaba escrito con impotencia. Lo recordaba perfectamente, y esa era su sensación cuando le puso la cuerda de pita en contra de su voluntad: impotencia y frustración.

El primero de aquellos folios llenos de notas estaba encabezado por una fecha. Camacho lo cogió y, a medida que leía las primeras líneas, su memoria dio un salto en el tiempo. Las imágenes comenzaron a aparecer nítidas en su mente, como en una película. Las conversaciones empezaron a resonar en sus oídos. Apoyó la espalda en el sofá y se dejó llevar por los recuerdos.

*Oficinas del GRUME (Madrid).
5 de marzo de 1990*

En la entrevista que mantuvo con los padres de aquella chica no consiguió sacar nada claro de las razones por las que había decidido quitarse de en medio. Paracetamol y JB. ¿Qué joven de dieciséis años cree que algo que sirve para aliviar un catarro te puede matar? Eliseo Camacho pensaba que tal vez Marta tan solo pretendía llamar la atención y habría cogido un par de cajas de pastillas cualquiera, de las que normalmente se tienen en el cajón de las medicinas. Lo que probablemente aquella chica ignoraba era que algo tan aparentemente inocuo como el paracetamol podía resultar más mortal que otras medicinas con más leyenda negra, como la benzodiacepina. El paracetamol en grandes dosis provocaba un fallo hepático agudo, y aquella chica se acostó y ya no se despertó.

La Policía Científica y los chicos del Anatómico Forense habían confirmado las causas de la muerte. Consciente o no de los graves daños que provocaba aquella sustancia en su organismo, la chica lo había hecho voluntariamente, de eso no le cabía ninguna duda a Camacho. La encontraron en la cama, con un *walkman* —con las pilas gastadas después de haber estado

encendido toda la noche—, y con los auriculares puestos. Dos cajas de paracetamol encima de la mesilla y una botella de *whisky* tirada en el suelo junto a la cama. En su organismo se encontraban, entre otras normales, aquellas sustancias.

Pero el trabajo de Eliseo no era ese. Su labor consistía en indagar si solo se trataba de la profunda depresión de una adolescente, y si el entorno había provocado que cayese en aquella depresión.

Cada vez era más común que el GRUME investigase casos en los que algunos adolescentes eran sometidos a presiones de su grupo de amigos, acosos en las aulas, exigencias o malos tratos en el entorno familiar, y no todos los chicos tenían la suficiente fortaleza mental para soportarlo. El desenlace solía ser casi siempre el mismo en los últimos años y aquello empezó a preocupar en las altas esferas.

En su entrevista con los padres de Marta le parecieron personas normales, quizás con el defecto —o la virtud— de que al ser hija única la tuviesen un poco más protegida, pero nada que indicase que aquella sobreprotección causara mayor trastorno. Además, la chica tenía una amiga desde la infancia y pasaban juntas —tanto en la casa como en el negocio familiar— gran parte de su tiempo libre, por lo que, en cierto modo, se podía considerar que más que aquella única hija tenían dos. Sabía que hasta el día en que la encontraron muerta en la cama, su amiga había estado enferma cinco o seis días, pero ya se había recuperado. Era imprescindible hablar con esa amiga. Mientras, el instituto donde Marta cursaba sus estudios era un buen punto para el inicio de sus investigaciones. Se dirigió hacia allí.

Eliseo esperó en la puerta del despacho del director a que terminase una reunión que tenía con el profesorado. Había pedido a la secretaria un listado de la clase donde estaba Marta para hablar con cada uno de los chicos. La funcionaria se excusó diciendo que esa información solo se la podría facilitar el propio director y, contrariado, aguardó a que este le diese los datos. Sí, los chicos eran menores, pero él era policía del GRUME y había una investigación en curso. Le fastidió pensar que podían negarle aquellos datos si no acudía con una orden judicial. Esperó.

Casi una hora después un hombre se acercó a la puerta donde Camacho esperaba.

—¿Es usted el señor Camacho, del GRUME? —le preguntó al llegar a la altura del inspector y le tendió la mano para saludarle—. Soy Ricardo Parrón, director del instituto.

Eliseo correspondió al saludo.

—El mismo —le contestó Eliseo mientras le mostraba su placa policial—. Vengo a hacerle unas preguntas sobre Marta Díaz. Supongo que ya tiene noticias de su desgraciado fallecimiento.

—Una terrible desgracia, sí. Pero pase, hablemos dentro.

A Camacho le pareció demasiado joven para el cargo. Cuando este le franqueó la entrada al despacho, en el cristal de la puerta se reflejó su propia imagen. Al verse igualmente joven le fastidió haberle prejuzgado. De igual forma que él se consideraba preparado para desempeñar su trabajo en la Unidad, el joven director estaría capacitado para la suya.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó Ricardo Parrón, después de sentarse tras la mesa e indicar con la mano a Camacho que tomara asiento.

—Aunque todo hace indicar que la muerte de Marta es claramente un suicidio, mi labor es investigar la causa que provocó que tomase esa decisión. Me sería de gran ayuda hablar con algunos de sus compañeros de clase por si hubiesen notado algo extraño en ella en los días o semanas previas a su muerte. Indagar en las causas nos ayuda a prevenir futuras desgracias como esta.

—¿Es consciente de que son menores? ¿No sería adecuado que estuviesen presentes los tutores de los chicos? —le preguntó el director, claramente a la defensiva.

—No les voy a someter a un interrogatorio como tal. Solo quiero hacerles unas cuantas preguntas, por si alguno sabe algo del mal momento por el que, sin duda, estaba pasando Marta. No investigo a nadie en concreto, busco respuestas por si las hubiese. Le prometo que no hablaré con cada uno más allá de cinco o diez minutos —le respondió Camacho con tono conciliador y tratando de quitarle dramatismo.

El director se mantuvo en silencio durante unos instantes, probablemente sopesando las palabras que Camacho acababa de decir. Finalmente habló.

—Está bien. En una hora es el recreo. La clase en la que estaba Marta está en el pabellón 1, segunda planta, aula 10. Subiré y les diré a los chicos que aguarden allí hasta que usted hable con ellos. La secretaria le facilitará un listado con los nombres de esa clase. Le pido tacto, diplomacia y discreción. Entienda que lo de Marta les tendrá traumatizados y tienen una edad, digamos, delicada. Confío en su profesionalidad. Le pediría también que me mantuviese informado. Si algo raro pasa en mis aulas, me gustaría saberlo.

—No se preocupe —le dijo Eliseo—. Lo que pueda contarle, que no afecte a mi investigación, estaré encantado de comunicárselo.

Con el listado en la mano, Camacho salió de la dirección del instituto con intención de aprovechar esa hora para desayunar en algún bar cercano. Le había caído bien aquel joven director. Creía en su celo por saber los problemas del lugar que dirigía y, de nuevo, se sonrojó por haberle juzgado sin conocerle.

Se le hizo larga la hora que tuvo que esperar, tanto que había tenido que comprar otro Philip Morris en un estanco cercano después de agotar casi por completo el que había sacado entero de casa. Pensó que debía reducir su consumo y, de paso, el de café.

Unos minutos antes de las once estaba en la puerta del aula 10. Le sobresaltó el timbre que indicaba el inicio del descanso, y apenas un minuto después salió una apuesta profesora del aula.

—Buenos días. Es usted el policía del GRUME, ¿verdad? —le preguntó a Camacho con un claro acento andaluz—. Soy Silvia, profesora de Literatura y tutora de la clase. Ya me ha dicho Ricardo que quiere hablar con los chicos. No estoy muy convencida de lo que pretende. Ahora mismo son adolescentes traumatizados por lo que le acaba de pasar a su compañera. El hecho de que les interroge un policía le dará un plus de gravedad y, en cierto modo, hará que se sientan, si no culpables, investigados.

—Me llamo Eliseo Camacho, Silvia. Encantado. Verá, no va a ser un interrogatorio al uso, como le he explicado al director. Serán tres o cuatro preguntas por si alguno tenía conocimiento de cualquier preocupación o problema grave que Marta pudiese tener. En el GRUME estamos alarmados por el aumento en los últimos años de chicos acosados en las aulas, en la calle, incluso en sus casas. Ya sabe que a estas edades los chicos hablan más con los amigos o compañeros que con los padres, y puede que obtenga algún dato de por lo que pudo estar pasando. Está en el ánimo del Grupo de Menores tratar de conocer las causas de estos incidentes para ayudar a prevenirlos. Créame que será algo discreto y, desde luego, no obligaré a hablar a nadie que no quiera hacerlo.

—Le entiendo, pero entiéndame usted a mí —le respondió Silvia—. Tenía que haberles visto durante la clase, absolutamente desolados. Les pregunté si querían hablar sobre lo que le ocurrió a Marta, por si les servía de desahogo, y ninguno tuvo valor de decir nada. En cuanto vea

sus caras comprobará el trauma que les ha causado. Confío en que se haga cargo a la hora de hacer su trabajo y así facilite el mío cuando usted se marche.

—Me hago cargo, Silvia —dijo Eliseo tratando de tranquilizar a la tutora—. Haremos lo siguiente. Entraré en el aula y echaré un vistazo. Espero que mi intuición me guíe y solo elegiré a cinco o seis chicos. Les dejaremos salir al patio y allí intentaré hablar con ellos discretamente. Le prometo que ninguna de mis preguntas les incomodará. Si no encuentro ninguna pista sobre lo que pudo llevar a Marta a quitarse la vida, en cuanto termine el descanso me marcharé y no volveré a molestarles.

Eliseo notó que la frase que hacía mención al suicidio de Marta Díaz hizo cambiar de inmediato el gesto de la profesora. Notó que reflexionaba. Quizás pensó que, como Marta también fue su alumna, aunque ya no estuviera viva, también a ella le debía protección. El celo en su trabajo probablemente le instaría a conocer también el por qué de una decisión que ella no pudo ni intuir.

La chica llevaba muchos años en ese centro y ella le tenía un especial cariño. Por lo que habló con sus padres, Marta y su inseparable Isabel eran su debilidad desde que eran muy pequeñas. Incluso cuando ni siquiera les daba clases. Finalmente, Silvia dijo a Camacho:

—Está bien. Entre, mire lo que crea necesario y les mandaré al patio. Después del descanso, si no consigue información sobre lo que pudo hacer que Marta tomase esa decisión, les dejará en paz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sentenció Camacho—. Confíe en mí.

Eliseo abrió la puerta del aula y se puso delante de la pizarra escrutando a los alumnos. Como había comentado la tutora, muchos de aquellos chicos estaban compungidos. La mayoría de las chicas tenía signos de haber llorado. Alguna seguía haciéndolo mientras otras se afanaban en tratar de consolar a las más afectadas.

Al fondo, entre las últimas seis sillas, observó un grupo de chicos que le llamó la atención. Sus gestos, su manera de sentarse y su actitud no eran la de compañeros especialmente afectados ante un drama como el que se estaba viviendo en el aula. Eliseo memorizó las caras de algunos de ellos y salió.

Silvia aguardaba en la puerta.

—Ya está. Le prometo que después del recreo me marcharé y no les molestaré más —dijo Camacho.

—Eso espero —le dijo Silvia mientras abría la puerta y entraba de nuevo en el aula.

Eliseo esperó a que saliesen del pabellón. De aquellos seis chicos y chicas de la última fila del aula, tres muchachos salieron juntos y se dirigieron a las canchas de baloncesto. Esperó. Un par de minutos después salieron dos chicas de aquella fila y, poco después, el chico que faltaba. Se dirigió hacia él.

—Hola. ¿Tienes un momento? —le preguntó el inspector ante la sorpresa del muchacho—. Soy Eliseo Camacho, policía del GRUME. ¿Sabes qué es el GRUME?

—¡Claro! —contestó el chaval convencido—. Es el Grupo de Menores.

A Eliseo le sorprendió que conociese su Unidad y le dejó descolocado en un primer momento. Se rehizo.

—Conocías a Marta, supongo. Ya sabes lo que ha ocurrido, ¿verdad? Por cierto, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—No se lo he dicho. Me llamo Felipe Vivar. Y sí. Sí conocía a Marta. Era de la clase, pero no me relacionaba con ella —le contestó el chico con evasivas, mientras miraba inquieto

hacia las canchas de baloncesto.

—Felipe, por favor, mírame a mí —le dijo Camacho, que había notado ese detalle—. Te prometo que nadie sabrá nada de lo que me digas. Solo quiero entender por qué hizo Marta lo que hizo, y si has visto u oído algo que no sea normal deberías decírmelo. Créeme que si alguien le hizo algo a esa chica, no es digno de que nadie sea su amigo, y mucho menos que alguien le proteja.

El joven miraba alternativamente a Eliseo y a los tres chicos sentados en la escalera de detrás de la canasta. Finalmente bajó la cabeza.

—Dime al menos los nombres de esos tres a los que miras tanto.

—Juan, Nacho y Kike, pero no han hecho nada —dijo el muchacho excusándose.

Eliseo adquirió un gesto serio y, con estudiada teatralidad, cambió el tono de voz por uno mucho más grave.

—Verás, sé lo que pasó con Marta y quiénes son los culpables de ello. Soy policía y hago mis deberes —le mintió.

Felipe levantó la cabeza como si fuese accionada por un resorte y después miró a los tres chicos.

—Mira, nadie merece el fin que ha tenido Marta y menos a su edad. Alguien ha sido el responsable directo de lo que le ha ocurrido, y si no lo paramos y le ponemos remedio, le puede pasar a alguien más —le dijo Camacho esta vez con tono conciliador.

—¡Le digo que yo no tuve nada que ver con aquella cinta de vídeo! —gritó Felipe nerviosamente—. ¡Yo solo estaba en clase cuando la pusieron y...!

—¿Vídeo? ¿Qué vídeo? ¿De qué me estás hablando, Felipe? —interrumpió Camacho sorprendido por la revelación del muchacho.

—¡El...el vídeo! ¿No se refería usted al vídeo? Usted ha dicho que sabía que... —El chico pensó unos segundos e inmediatamente se dio la vuelta—. Me tengo que marchar, no puedo decirle nada más. Por favor, deje que me vaya.

—Felipe, espera —le paró Camacho agarrándole por el brazo—. Solo dime un nombre y te dejaré ir. Prometo que nadie sabrá que tú lo has dicho.

El chico le miró asustado. Sentía la mano de aquel policía reteniendo con fuerza su brazo. Agachó la cabeza y le dijo susurrando:

—Kike. —Se zafó suavemente del policía, se dio la vuelta y se marchó rápidamente en dirección a la puerta del pabellón.

Eliseo tuvo claro que en aquel grupo estaba el origen de los problemas de Marta. Debía encontrar el vídeo, o al menos sacar a aquellos chicos que demonios había grabado en él. Miró la lista para saber los nombres de los muchachos.

—Juan José López, Ignacio Cércoba, Enrique Blázquez —leyó a media voz—. En breve tendremos una conversación con ustedes, pero esta vez será con una orden del juez de menores en la mano.

Sonó el estridente timbre que indicaba el fin del descanso. Los chicos fueron desapareciendo por las puertas de los cuatro pabellones, y no más de tres o cuatro minutos después se encontró solo en medio del patio. Alzó la mirada hacia uno de los edificios de tres plantas. En uno de los ventanales, Ricardo Parrón le observaba tras el cristal. Eliseo le saludó con la mano y, después de recibir la contestación del joven director, se dirigió a la puerta y salió del instituto.

Al día siguiente, en su mesa de la Unidad, Eliseo rellenaba el estadillo oficial con el informe de todo lo que había sacado en conclusión después de su visita al instituto. Quería acabarlo cuanto antes, entregárselo a su jefe y solicitar la orden al juez para hablar con aquellos cuatro chicos. Había caso. Algo había provocado que aquella chica tomase la decisión de suicidarse. Se sentía útil por primera vez. La sensación de que su trabajo por fin daría sus frutos hizo que la euforia comenzase a aflorar.

Estaba a punto de poner su firma en el informe cuando se abrió la puerta del despacho de su jefe.

—¡Camacho! —le gritó con seriedad el comisario—. ¡A mi despacho! ¡Ya!

—Un segundo, jefe. Dos líneas más y una firma y...

—¡Camacho! ¡Ya es ya! —le instó su jefe, cada vez más serio.

Contrariado, dejó el informe encima de la mesa y se dirigió al despacho. El comisario entró después de él y cerró la puerta. En una de las dos sillas enfrente de la del jefe adivinó la silueta de un hombre de unos sesenta años. Eliseo se inquietó.

—Camacho —dijo su jefe con ceremoniosa seriedad—, este es mi amigo, Comisario Jefe de la comisaría de Los Yébenes. Te voy a dejar solo con él, y espero que cuando salga por esa puerta me diga que has tomado la decisión correcta, porque solo hay una decisión correcta, ¿sabes? Eres joven, pero lo entenderás. Todo tuyo, Felipe.

El jefe de Eliseo salió del despacho y se quedaron solos los dos. Camacho le tendió la mano a aquel hombre para saludarle, pero este le ignoró.

—Me llamo Felipe Vivar. ¿Te suena mi nombre, chaval? —le dijo secamente.

A Camacho le empezaron a temblar las piernas.

—Sí... sí —le respondió con un hilo de voz.

—Pues el chico con el que hablaste ayer sin permiso de su tutor, mi hijo, es mi nieto Felipe. Solo te voy a decir una cosa, chaval, y espero no tener que volver a verte para nada más que tenga que ver con todo esto. La chica se suicidó, ¿no? Los de la «bata blanca» y los de la *morgue* han dicho que nadie le ha metido las pastillas en la boca en contra de su voluntad, ¿verdad? Pues caso cerrado, chaval. Si tienes la ocurrencia de seguir con este tema, entregas ese informe, pides esa orden judicial y vuelven a molestar a mi nieto, se acaba tu carrera en esta Unidad. Te reclamo para Los Yébenes y te pasas hasta que me jubile en la puerta de la comisaría viendo entrar gente a hacerse el DNI o el pasaporte de siete de la mañana a tres de la tarde. No es una amenaza, es una realidad. No tienes base para acusar a nadie de un suicidio probado y aquí se acaba el tema.

—Pe... pero su nieto me dijo que había un vídeo... —trató de replicar Camacho. Vivar le interrumpió.

—Ni vídeos, ni mierdas. ¡Joder! ¿No me has entendido que ya se ha acabado el caso «Marta Díaz»? ¡Se suicidó, hostias! Eso es lo que va a llegar escrito en el informe que acabe en esta mesa. ¡Y punto! Ya he acabado contigo. Puedes marcharte, chaval.

—Pero... —trató de replicar una vez más el joven policía. El comisario no le dejó.

—¡Ni un «pero» más! He dicho que puedes marcharte, novato.

Eliseo salió con gesto de ira y sensación de impotencia. Lo tenía claro. En cuanto se marchase aquel intransigente, hablaría con su jefe. Él acabaría entendiéndole. Al fin y al cabo, su Unidad estaba allí para eso, para evitar o perseguir los delitos relacionados con los menores y protegerlos.

Media hora después del desagradable encuentro con Vivar, este salió del despacho de su jefe. Miró a Eliseo seriamente y agitó el dedo índice de un modo que le pareció claramente una amenaza. Después le dio un abrazo a su amigo y se marchó. Camacho no esperó ni a que terminase de cerrarse la puerta y se levantó. Cuando ya estaba cerca de su jefe, este le paró con un gesto de la mano.

—No sé qué información tienes o dejas de tener, Camacho. Pero lo que seguro no tienes es ni la menor idea del jardín en el que te metes como le toques las pelotas a Vivar. Solo te digo que estuvo a un centímetro de ocupar el despacho del Director General de la Policía, con eso te lo digo todo. Aquello que ibas a decirme lo olvidas, y me presentas un informe oficial con tu firma en el que ponga «SUICIDIO VOLUNTARIO». Lo han ratificado los de la Científica y los del Anatómico. El caso Marta Díaz está cerrado.

*Domicilio de Eliseo Camacho, (Madrid).
24 de diciembre de 2016.*

Camacho cogió el teléfono de la unidad y marcó el número de Riquelme.

—Buenos días. ¿Habéis confirmado ya las identidades de los cuerpos del incendio de Moratalaz?

—Confirmados, Camacho. Los cuerpos estaban irreconocibles, ya sabes, pero entre la documentación casi calcinada, el resto de pruebas de la Científica y nuestra excelente dibujante forense, les hemos puesto cara y nombre.

—¿Ha intervenido la dibujante? —preguntó Camacho .

—Sí —le contestó Riquelme.

No había manera de identificar los cuerpos con el ADN y se decantaron por utilizar la Reconstrucción Facial en Dos Dimensiones. También existe un *software* para elaborar ese tipo de retratos, pero Vanesa, una reputada especialista gallega, era de las mejores en esta disciplina. Además, por la crisis se habían reducido considerablemente los presupuestos y confiaban en sus manos mágicas y en su criterio excelente a la hora de desarrollar su trabajo.

Eliseo pensó en lo mucho que habían avanzado las técnicas de investigación policial. En esa técnica en concreto, y una vez analizadas concienzudamente las partes blandas del cadáver, se retiran con instrumental y el resto se hierva hasta que quedan únicamente los huesos. Se fotografía el cráneo a tamaño real y el dibujante, en base a las cavidades del propio cráneo hace un dibujo bastante aproximado de lo que pudo ser aquel rostro. Este boceto es el que se coteja con las fotografías que se tengan de la supuesta víctima o lo que se enseña a los familiares para su identificación definitiva.

Riquelme hizo una pausa esperando una nueva pregunta de Eliseo. Al no haberla, continuó:

—Las uniones craneales nos han dado la edad aproximada de las víctimas. El dibujo de ambos y las partes legibles de aquel DNI han servido para identificar al chico, Rodrigo Vivar, y después a la chica, Desirée Ndivo. Al menos no murieron calcinados. En sus pulmones no había ni un cuatro por ciento de monóxido de carbono. Los gases de los insecticidas y herbicidas les han matado antes. Los familiares no tienen ninguna duda de su identidad, desgraciadamente, y nosotros

tampoco.

—¿Me permites una pregunta, Riquelme? ¿Siempre hablas igual? —ironizó Camacho—. Me refiero a que, desde que te conozco, apenas he escuchado salir de tu boca otra frase que no tuviese que ver con los muertos. Tiene que ser muy divertida una velada contigo.

—Yo... yo —dudó el forense—. Pues, aunque no lo creas, hay personas a las que les encanta escuchar cosas sobre mi trabajo, Camacho. Por cierto, el chico fallecido era biznieto de...

—Sí, Riquelme —le interrumpió Eliseo—, sé perfectamente quién era su bisabuelo. Y no te tomes a mal mi comentario. Gracias por los datos. Ya tengo por dónde empezar. Te debo un café.

—¿Uno? —preguntó Riquelme con sorna—. Algún día tendrás que gastar entera la mísera nómina que nos paga el Estado en lo que me debes en cafés.

Eliseo colgó y leyó la copia del informe oficial que le entregó a su jefe aquel día de 1990 y, por un instante, volvió aquella sensación de impotencia y frustración a su espíritu. El único consuelo fue pensar que aquel Comisario Jefe de la comisaría de Los Yébenes ya no estaría en este mundo. En el peor de los casos, sería un viejo decrépito que iba a enterrar a su biznieto cuando los del Anatómico entregasen el cuerpo a la familia. Se sonrojó al sentir cierta satisfacción. Inmediatamente cerró la carpeta, limpió con una bayeta el polvo acumulado por el paso de los años y la colocó en una de aquellas mesas de despacho de Ikea que, a diferencia del resto del salón, estaba perfectamente ordenada.

Se acercó a la plancha de metacrilato y comenzó a despegar cada nota, plano o fotografía y lo metió todo en una carpeta. Miró la foto en blanco y negro de la esquina y la acarició. Cortó cuatro trozos de cinta adhesiva y pegó en la otra esquina el folio donde escribió su grito de rabia aquel día de 1990. Se dirigió de nuevo a la foto y susurró:

—Ya tenemos faena nueva, Ricardo.

*Domicilio de José Luís y Mila, (Madrid).
29 de diciembre de 2016.*

Camacho llevaba muchos años dedicando un día al mes a sus amigos José Luís y Mila. Su amigo era catedrático de Paleontología de la UCM y, aunque al inspector los huesos que le interesaban eran los que afectaban a sus casos, pasar el día con ellos era su remanso de paz. Bromeaba diciendo que era su terapia para los tímpanos porque ambos hablaban en voz baja. Nunca conoció pareja igual. José Luís decía siempre que no se necesitaba alzar la voz para esgrimir un argumento. Quien estuviese interesado en lo que hablaba prestaría atención a lo que dijese, sin necesidad de elevar el tono. Ni siquiera alzó la voz el día en que encontró las huellas fosilizadas de un dinosaurio desconocido para la Ciencia en unas excavaciones en la provincia de Teruel en los 80. Simplemente tocó el hombro de su mecenas, le susurró: «Creo que tenemos algo grande aquí» y siguió trabajando unos metros más allá rodeado de becarios que, en silencio absoluto, seguían las explicaciones de su querido profesor por no perderse ni una sola de las palabras que dijese. Lo mismo ocurría cuando daba sus clases en la universidad. Él era así.

Mila también susurraba. La dulzura de su tono de voz solo la eclipsaba el cariño con el que trataba a su chico, como a ella le gustaba llamarle. Se complementaban el uno al otro: partícula indivisible. Un pacto de amor de los que se sellan con solo una mirada.

—¿En qué andas metido esta vez, Eli? —preguntó José Luís mientras trajinaba con la olla de lentejas en la cocina—. ¿Más jóvenes?

—Me buscan para estos casos —le respondió el inspector tratando de justificarse—. Será por mis años en el GRUME. Además, ¿sabes cuántos menores han muerto violentamente desde 2010 hasta hoy?

—No, pero ya sé que me lo vas a decir —le contestó José Luís.

—Más de cien chavales —sentenció Camacho con un deje de tristeza en su tono—. Víctimas colaterales de maridos descerebrados después de asesinar a sus parejas, madres con depresiones que se marchan de este mundo y se llevan a los suyos por delante, chavales acosados en las clases que deciden terminar drásticamente con su sufrimiento, depredadores sexuales que tapan con la muerte sus aberraciones, drogas adulteradas por la usura de los camellos... ¿Y no es violencia vender alcohol a menores con el organismo sin formar y que mueren en cualquier parque víctimas de un coma etílico? Navajazos en reyertas de bandas de chicos que no levantan un palmo del suelo, y un largo etcétera.

José Luís escuchaba la relación que hacía su amigo. Tenía razón. En los últimos años todo se estaba descontrolando. Él mismo había ayudado a Eliseo en numerosas ocasiones con algunos de esos casos, pero sabía que para Camacho no eran esas las verdaderas razones para su obsesión con la violencia contra los menores.

—Mira, Eli, nos conocemos desde hace catorce años. En todo este tiempo no ha habido ni un solo caso en el que trabajaras en el que no estuviesen involucrados chicos como los que dices, incluso desde que dejaste el GRUME. ¿Todavía tienes la esperanza de cerrar lo de Ricardo?

—Me hice policía por él, José Luís.

—Ya. Y por eso tienes a todos los Grupos de Homicidios avisándote cada vez que aparecen huesos por ahí. Recuerda todos los casos en los que has trabajado sin que te los asignaran, como los restos calcinados sobre los que me has consultado a pesar de que el caso ya está cerrado.

—Para mí no está cerrado, José Luís. Yo sigo pensando que aquello fue provocado, a pesar de los informes de los peritos de bomberos y del seguro. Por eso pedí el caso antes de que decidieran darle carpetazo.

—Independientemente de tu labor, excelente por otra parte, resolver esos casos es el alivio de la pena de no resolver lo de tu hermano, y te entiendo. Pero somatizas todo y te quemas por dentro. Lo que es bueno para tu Unidad, por tu escrupuloso trabajo, termina matándote cuando lo resuelves. Cerrar un caso para ti es abrir de nuevo el que tienes pendiente desde que pasó aquello.

Camacho se quedó en silencio, hipnotizado, mirando la cuchara de palo girando en el guiso de lentejas de su querido José Luís. Las palabras a media voz de su amigo parecían sumirle en un dulce sueño. Se le entrecerraban los ojos. De repente los abrió. Le pareció escuchar perfectamente los gritos de su madre desde la cocina. Esos gritos con los que siempre acababan las conversaciones que ella tenía con su hermano, y que no eran otra cosa que un toma y daca para ver quién encrespaba más al otro.

*Herrera del Duque, (Badajoz).
Julio de 1972.*

—¡Ricardoo!

—No chilles, madre, que estoy detrás de ti.

—¿Has dado de comer a las gallinas?

—«¿Has dado de comer a las gallinas?» «¿Has dado de comer a los guarros?» «¿Has limpiado el corral?» Has, has, has... Yo siempre, madre. Y mientras el empollón, de marqués.

—Haber seguido en la escuela, Ricardo. Él tiene su trabajo y tú el tuyo.

—Lo que tiene es comida la sesera con tanto libro. Es julio y ahí anda en su cuarto leyendo. Ni en vacaciones los deja un momento. Yo creo que es esa la excusa que se busca para no atender nada de la casa.

—¿Y por eso le vaciaste anteayer en la cabeza la vasija con los orines de los guarros?

—¿Eso te dijo ese chivato? ¡Joder, madre! Le crees todo lo que te cuenta.

—Esa boca, Ricardo. Y a tu hermano me le dejas en paz de una vez con tus bromas pesadas. Si padre siguiese en este mundo no habría consentido que dejases la escuela y, desde luego, estaría orgulloso de tu hermano. No sé qué te quedaste de padre. Estudiaba y ayudaba en el campo a tu abuelo. Guardaba cada perra gorda que conseguía para irse a Sevilla a la universidad a estudiar para Ingeniero de Montes y se partió la espalda hasta que consiguió el dinero para lograrlo. Los guarros, las gallinas, las tierras que trabajas, la buena casa en la que vagueas, todo es por el esfuerzo de tu padre y su buen sueldo de la Dirección General de Montes.

—Ya lo sé, madre. Yo soy la vergüenza de la casa. A lo mejor un día me largo de aquí y dejo de avergonzarte.

—¿Y de qué va a vivir un mico de quince años? ¿Del aire?

—Cuando no esté, eso no ha de importarte ya. Me valgo solo.

—¿Solo? ¿Tú? A la cena estarías en la puerta de la casa muerto de hambre y de miedo. Todavía tienes pesadillas con el Lute, y eso que se escapó hace ya dos años y dudo que ande por las sierras de aquí. Sin embargo, bien te cuidas de volver acompañado a casa en cuanto anochece.

—¿Miedo dices? Cualquiera día te llevas una sorpresa. Me voy a la calle, madre.

—¿Dónde vas con este calor?

—A cualquier sitio mejor que aquí ahora mismo.

—Ya sabes. A la hora de la cena. Muerto de hambre y acompañado te espero —sentenció Carmen entre risas.

Pero pasó la cena. La oscuridad reinaba en el cielo hacía horas y ni rastro de Ricardo. Solo entonces su madre pensó que aquello no era uno de sus enfados. Eliseo había preguntado durante la cena si había noticias de su hermano.

—Otro cabreo de Ricardo. Ya no sé qué voy a hacer con este chico.

—Ya vendrá, madre. No te preocupes. —Y siguió comiendo sus sopas de ajo.

Casi a las doce de la noche su madre entendió que aquello no era una trastada de su hijo. Salió de casa y tocó en la puerta de Marina, una pariente cuyo hijo era compañero de aventuras de Ricardo. Pero el muchacho no dio razón de él.

Carmen entró desencajada mientras Eli veía el final del *1, 2, 3, responde otra vez* en la televisión. Kiko Ledgard ofrecía cincuenta mil pesetas a los concursantes a cambio de la última tarjeta.

—No está, Eliseo. José Pedro no sabe nada de él. No le ha visto en todo el día. Se ha marchado —dijo mientras empezaban a correr por sus mejillas algunas lágrimas.

—Te está echando un pulso, madre. Volverá —trató de tranquilizarle Eliseo.

Pero acabó el *1, 2, 3*. También aquel espacio religioso con el que acababan las emisiones en TVE. Sonó el Himno Nacional en la tele y, cuando apareció en pantalla la Carta de Ajuste y Carmen había recorrido inquieta cada rincón de la casa, entró en la habitación de Eliseo, que devoraba una novela ilustrada.

—Vístete, nos vamos al cuartelillo a denunciar la desaparición de tu hermano.

—Vamos, madre, ¡no exageres!

—Te digo yo que esto ya no es normal. Discutimos, nos llevamos como el perro y el gato y tu hermano es de armas tomar, pero sé que me quiere. También sé que esas bromas que te hace a veces son porque se siente frustrado por no haber salido estudioso como tú. Si no, ¿a santo de qué iba a haberte roto la semana pasada ese libro que tanto te gustaba? Pero a ti también te quiere y no se marcharía por mucho que lo hubiese dicho esta mañana.

En el cuartel de la Guardia Civil, José —el brigada que comandaba el puesto— trató de tranquilizar a Carmen.

—Son chiquilladas, mujer. Este está durmiendo en cualquier cobertizo y mañana aparecerá cuando le apriete el hambre. Es todo un hombrecillo ya. Es espabilado, sabe apañárselas solo. Ya verás como aparece. Es una rabieta. Dale unas horas para que reflexione, y si no vuelves aquí para que empecemos a buscarle.

Quizás pensando en la mejor de las posibilidades, la de la rabieta, Carmen y Eliseo volvieron a casa. Ella no pegó ojo en toda la noche. Permaneció sentada en el sillón de orejas que tanto le gustaba a su marido. Si se le cerraban los ojos vencida por el cansancio, los abría con el mínimo ruido que se escuchase en la casa. Entonces se levantaba, iba a la habitación de Ricardo y,

cuando comprobaba que la cama estaba vacía y sin deshacer, recorría la casa entera hasta comprobar que no estaba. Volvían las lágrimas a sus ojos y ella al sofá.

Pensó en el Lute. ¿Y si de verdad estaba escondido en aquella sierra? Ya había matado a una niña. ¿Por qué no iba a hacerlo con su Ricardo de haberle encontrado por allí? Al rato trataba de quitarse la idea de la cabeza y volvía a la opinión de José. Una trastada. A la mañana siguiente, con el hambre, aparecería por la puerta.

Con los primeros rayos de sol, Carmen entró en la habitación de Eliseo.

—Levántate. Tómate el café con pan, que vamos a recorrer el pueblo a ver si damos con tu hermano.

—¿No ha vuelto aún? —preguntó Eliseo entre bostezos.

—No, y ahora sí que estoy asustada. Mira que si el Lute se le ha encontrado en la sierra y le ha hecho lo que a aquella pobre chica en el atraco a la joyería.

—¿No digas tonterías, madre! A saber dónde anda ese. Con lo grande que es España y va a venir a esconderse aquí, a una pequeña sierra de Extremadura dejada de la mano de Dios. A lo mejor no está ni en el país. No te sugestionos.

—No me sugestiono, pero hay quien dice que le ha visto precisamente ahí.

—Ahí y en cada centímetro de tierra del país. La gente quiere protagonismo y no hace nada más que soltar trolas de que le han visto, cuando en realidad dudo de que nadie que diga que le ha visto haya dicho la verdad. Y no creo que eso ayude a la Policía o a la Guardia Civil a dar con él. Como tengan que acudir a cada sitio donde dicen que le vieron...

—Yo no digo nada, pero ayer robaron el caballo de tío Francisco, Caín, ese que tanto quería y del que tanto presumía, montándole soberbio por las calles de Herrera, y solo dos días después de que dijeran que habían visto al Lute por la sierra. Mucha casualidad.

Recorrieron cada calle, calleja, corral y cobertizo del pueblo. Fueron a las eras, a los huertos y a la umbría. Preguntaron en la iglesia por si el Padre Calzada le había visto por allí, pero parecía que a Ricardo se le hubiera tragado la tierra.

Cuando el cansancio y la desesperación reinaban en el cuerpo y el espíritu, acudieron de nuevo al cuartel.

—No ha aparecido, José. Se lo pido por lo más sagrado, haga algo porque esto ya no es normal. A mi Ricardo le ha pasado algo.

—Está bien, Carmen. Voy a llamar a la Comandancia a comunicar el hecho y nos ponemos en marcha. Aun así, te lo vuelvo a repetir. No te preocupes, mujer. Es una cabezonería del muchacho. Aparecerá.

Al día siguiente antes del alba, a requerimiento de Fernando Martín, el alcalde, y supervisado por el brigada de la Guardia Civil, se montaron batidas con la mayoría de los hombres del pueblo. Las mujeres mayores se quedaron preparando algo de comida que llevarles mientras buscaban. Las más jóvenes recorrieron cada palmo del pueblo y los alrededores.

Se hicieron cuatro grupos con los hombres. Uno recorrió la carretera en dirección a Castilblanco, perpendicularmente a ambos lados. Otro, igualmente, en la carretera en dirección a Fuenlabrada. Poco después de mediodía un grupo ya había peinado la subida a la Sierra Chamorro, separados cinco metros unos de otros. Con varas de caña, cayados de pastor o cualquier objeto que les sirviera, iban tanteando el terreno dando pasos cortos. Sorteaban olivos alfombrados con aquella tierra atestada de guijarros, que se clavaban a veces en las suelas de las

alpargatas. Al pie del castillo-fortaleza y amparados por la sombra que sus muros ofrecían, almorzaron.

El último grupo, con el que habían salido Eliseo y el brigada, empezó la batida en el Pilarito de Consolación, y no harían el alto para el almuerzo hasta llegar al puerto, con la incomparable vista de Los Valles. El avance era lento por lo abrupto del terreno, por las innumerables cercas de piedra que separaban los olivares y las huertas o por el esmero en el registro. Se entraba en los chozos de paja o en las casetas de barro cocido de las huertas. Se penetraba con teas en pequeñas cuevas de las cimas donde el único movimiento era el de algunos murciélagos en fuga.

Sin saber cómo ni cuándo, Eliseo se había ido separando del grupo. En lugar de permanecer pegado al hombre de su izquierda, se iba escorando hacia la derecha, hasta que el terreno dejó de ser empinado y estar decorado por olivos y alcornoques para llanear donde reinaban las encinas. Nadie reparó en él. Todos y cada uno de los hombres estaban centrados en el tramo de suelo que estaba mirando. Al darse cuenta de que no tenía a nadie al lado volvió la cabeza hacia la sierra. A lo lejos se adivinaban las siluetas de los hombres de la partida. En un primer momento sintió miedo de quedarse solo. Después, se encogió de hombros y continuó trasteando con su vara en dirección a la carretera de Pelоче.

Cuando el sol de Extremadura coronaba el cielo, el calor se le hizo insoportable. Tenía la boca pastosa por la sed y la cabeza le ardía como una fragua. Atrás quedaba el pilar donde las mujeres llenaban las garrafas y los cántaros si, por la escasez, cortaban el agua de las casas. Miró en dirección a la carretera, recordó la charca y aceleró el paso.

Veinte minutos después había cruzado la exigua carretera, a mucha distancia de los hombres. No llevaba ni cinco minutos en aquel lado cuando, al ir acercándose a la Charca de los Perros en tierras de tío Francisco, el aroma de las jaras que impregnaba la pernera de sus pantalones cambió violentamente, y un olor nauseabundo se coló por su nariz.

Aquel no era el olor característico que recordaba de cuando los muchachos iban allí a bañarse. Le vino una arcada. Miró hacia la sierra para comprobar dónde estaban los hombres. No les veía. Quiso correr hacia allí presa de un miedo inquietante e hizo amago de volver con ellos pero, finalmente, le pudo la curiosidad y se quedó quieto. Volvió a girar la cabeza lentamente hacia la charca. Sacó el pañuelo que su madre metía en el bolsillo trasero del pantalón cada vez que preparaba su ropa. Se tapó la boca y la nariz con él y se dirigió hacia el lugar de donde provenía aquel olor.

Cerca de la masa de agua estancada, donde desaparecían las jaras y se imponían las altas cañas que la cercaban, el olor se hizo insoportable. Con la mano que le quedaba libre fue abriéndose paso entre ellas. Algunas le golpeaban la espalda al volver a su verticalidad y giraba la cabeza como si no fuesen los altos y duros tallos, sino una mano que llamara su atención. Cerró los ojos y siguió hacia adelante, arrastrando un pie tras otro tanteando un suelo que no veía.

Cuando sus manos dejaron de encontrar aquellos obstáculos vegetales delante de él, se paró en seco. El pañuelo apenas paliaba el hedor.

—A la de tres —dijo en voz baja—. Una...—comenzó a temblar descontroladamente—. Dos... —apretó más fuertemente sus ojos cerrados—. Y tres... —abrió los ojos.

La escena parecía sacada de la peor de sus pesadillas. Estaba cosido a puñaladas, hinchado por el calor y con partes de la piel hecha jirones. Chorros de sangre reseca salían de los tajos. La mitad del cuerpo estaba metido en el agua. La otra mitad en tierra, aplastando un buen puñado de cañas quebradas. No quiso ver más. Dio media vuelta y echó a correr en dirección a

los hombres mientras vomitaba lo poco que su estómago había recibido aquella mañana.

*Domicilio de Carlos y Virtudes (Madrid).
9 de diciembre de 2017.*

Había sido el cumpleaños de Carlos el jueves de esa semana. Cuando llamé para felicitarle le prometí que el sábado siguiente iría a comer con ellos. Aparqué mi Citroën C3 azul eléctrico en la puerta de su casa, en la calle Tembleque. Era inevitable que cada vez que iba acercándome a su portal buscando un aparcamiento libre, los recuerdos me llevaran a aquel día en que las sirenas en la puerta de su casa no presagiaran nada bueno.

Realmente, Marta nunca me dijo nada concreto. Ninguna pista de lo que le estaba pasando en el instituto. Pequeños comentarios como si fuesen puñetazos encima de la mesa. Frases veladas que pensé que eran más descargas de adrenalina de una adolescente que palabras que barruntasen lo que finalmente llevó a cabo. Pequeñas depresiones de chicas de nuestra edad que siempre acababan con aquello de que, de no cambiar las cosas, o se atiboraban de pastillas o se marchaban de casa. ¿Qué adolescente de nuestra época no dijo alguna vez esas frases ante un desengaño o una bronca con los padres? Y yo, al menos, no conocí a ninguna que aguantase más de un día fuera de casa.

Yo le preguntaba, pero siempre terminaba por serenarse de inmediato y volvía esa alegría suya ironizando con mi segundo apellido. Aquel «de Lerma» que alguna tarde de aburrimiento, cuando rondábamos los diez años, le dio por buscar en un atlas de los de entonces. En el almacén de la tienda de zapatos, un día me preguntó:

—Lerma, pueblo de la provincia ¿de...?

—Badajoz —le contesté, como si supiese con seguridad en qué provincia estaba el pueblo.

—Burgos, burra. Burgos —me dijo riendo—. Cuando seamos mayores vamos a ir a ese pueblo. Seguro que te reciben como a una estrella de la música por llevar su nombre. ¡Mira, así te llamaré a partir de ahora!

Y así me llamó desde entonces: Lerma. Recuerdo que las primeras semanas después de su muerte no me quitaba de la cabeza el dichoso nombre del pueblo. Era como si al recordarlo refrescase en mi memoria la voz de Marta. Solo ella me llamaba así, como si fuese su secreto y el mío, únicamente. Como si esa manera de llamarme hiciera que fuese única para mí, que lo era, y yo para ella. Nuestra clave secreta. El caso es que, aunque prometí ir a conocer aquel pueblo de la provincia de Burgos, habían pasado veintisiete años desde la muerte de Marta y aún no había ido. «Este año sin falta», me dije cada año desde que alcancé la mayoría de edad, pero nunca saqué las fuerzas suficientes para hacerlo. No sin ella.

Pulsé el botón del telefonillo y abrieron la puerta sin preguntar siquiera. Pensé en que solemos funcionar por automatismos grabados en el subconsciente, que identificamos a las personas conocidas por diferentes estímulos. Por el olor que desprenden si se acercan, por ejemplo, igual que yo tenía metido en la memoria el olor del calzado nuevo, irremediamente eternizado en mi cabeza después de tantas horas de juegos en el almacén de la zapatería de los padres de Marta. O por la manera de tocar el timbre del portal de casa. Caí en la cuenta de que,

ciertamente, siempre llamaba igual cuando iba a visitar a Virtudes y a Carlos, del mismo modo que tenía un toque distinto si lo hacía en la puerta de la casa de mis padres y abrían también sin preguntar con la certeza de que era yo.

La puerta de la casa estaba abierta. Entré y en el recibidor reinaba la foto enorme de Marta de medio cuerpo, ligeramente de costado y con aquel vestido blanco de tela adornado con labores de ganchillo. Estaba preciosa. En una repisa de mármol, justo debajo, un jarrón con seis rosas y una vela votiva encendida como eterna plegaria por ella. Cosas de aquella superstición de la educación católica de que los suicidas penaban en el purgatorio hasta que se redimían y alcanzaban la Gloria.

En el perchero aún estaba colgada su cazadora vaquera con un parche de tela colorida de Alaska y Dinarama y una chapa de Sting, su amor platónico, esperando en vano su regreso. Hacía años ya que dejé de aconsejar a Carlos y Virtudes que la quitasen de allí para que no tuviesen que secarse las lágrimas cada vez que cogían sus propios abrigos al salir de casa, pero resulta difícil discutir sobre un futuro más alegre con personas congeladas en una fecha del pasado.

No podía juzgarles. Si mi dolor por la pérdida de Marta fue terrible, no quiero ni pensar en el que siente alguien a quien arrancan de cuajo un trozo de su propio corazón.

Carlos estaba sentado en su sillón de orejas, tapizado con esa tela de cuadros igual que las faldas escocesas. Alzó la vista y sentí que se le iluminó la cara al verme. Se levantó de inmediato y me abrazó con ternura. Siempre le fue fiel a la colonia Brummel, igual que mi padre. Por eso, cada vez que tenía cerca a Carlos, si cerraba los ojos era como si le tuviera cerca a él y provocaba, en cierto modo, que no le echase tanto de menos.

—¡Ya estás aquí! —me dijo mientras me abrazaba—. Mi niña.

—Vamos, Carlos, que solo hace dos semanas que no vengo y tres días desde que os hice la última llamada —le reproché sonriendo, tratando de aliviar un poco la soledad que dejaban entrever sus palabras.

—¡Virtudes —gritó—, ha llegado la niña!

Ella salió de la cocina mientras se quitaba el delantal. Envejecía por horas. Ya no se teñía las sienes plateadas. Me sonrió mientras se secaba las manos y se le marcaron exageradamente las patas de gallo, pero, aun así, seguía adorando su sonrisa.

—¡Qué guapa estás, Isa! —me dijo después de darme dos sonoros besos—. Tú sí que mejoras con los años. Lo que no sé es cómo domas ese pelo tan rizado.

—Con muchos euros en acondicionador —le respondí entre risas.

—He cocinado pasta. Aquí solo la comemos cuando vienes tú. ¿Te quedarás un rato con nosotros después?

—Claro, Virtudes. Dormiré un poco de siesta, como siempre, y después damos un paseo por el barrio. Seguro que habéis salido poco desde que vine la última vez. He visto el cartel de «Se Vende» en la zapatería. ¿Muchas llamadas de gente interesada?

—Alguna hay, pero a Carlos le cuesta desprenderse de ella. ¿Puedes creer que en lugar de alabar las virtudes del local cuando van a verlo hace un repaso de pequeños fallos para disuadir a los posibles compradores? En el almacén aún quedan miles de euros en calzado. Estoy cansada de repetirle que ponga todo aquello en venta. Algunos pares están pasados de moda, qué duda cabe, pero quién sabe si en alguno de esos países pobres no miran esa circunstancia. Allí siguen. Este testarudo insiste en que quien compre el local, ha de comprarlo con todo dentro, y así es imposible, Isabel. Veremos qué decide el último que nos ha llamado.

Miré a Carlos y pensé en tratar de convencerle de que debía cerrar también aquella

página. Descongelar. Hacer de una vez su mundo líquido para que todo fluyese de nuevo. Era cierto que no necesitaban el dinero de la venta del local. Cuando estaba en plena actividad antes de la invasión descontrolada de los grandes centros comerciales, su zapatería era la de referencia en prácticamente todo el barrio de Aluche y, ahorrativo como pocos, habían conseguido jubilarse con un buen colchón económico. Mi querido Citroën C3 fue un regalo suyo el día que cumplí los cuarenta.

Comimos y noté una alegría inusual en ellos. Supuse que tenerme allí les daba un poco de vida. Les descongelaba unas horas. Como siempre, me criticaron por seguir soltera y se lamentaban de que morirían sin conocer un hijo mío. Carlos me recordaba que tenía un dinero apartado para pagar mi boda, y con mi promesa —la misma que hice tantas veces a mis padres—, de que me pondría a la tarea en breve, se daban más o menos por satisfechos.

Después de la comida, Virtudes me acompañó a la habitación de Marta. Abrió la puerta y ni siquiera el calor de la calefacción —que se mantenía al permanecer cerrada— evitaba que sintiese ese frío en el alma al verla igual que la última vez que estuve con Marta dentro de ella. Contenía el aliento un segundo antes y, finalmente, cruzaba la puerta convencida de que en ningún sitio dormía mejor que allí, rodeada de todo lo que me recordaba a mi mejor amiga.

Di un beso a Virtudes después de pedirle que me despertara a las seis y cerré la puerta. Me quedé de pie e hice un repaso visual de aquella estancia familiar. La estantería con sus libros y cuadernos del instituto perfectamente colocados. Las cintas de *cassette* originales de The Police, Nacha Pop o Alaska y Dinarama, entre otras muchas. O aquellas TDK de cromo de noventa minutos con misceláneas de canciones que grababa de la radio. También las que grabamos de nuestras conversaciones más absurdas entre risas o de nuestras canciones a capela desafinadas.

La policía se llevó de la cama las sábanas, la manta y la colcha el día que la encontraron allí. Virtudes colocó otra que a Marta le gustaba, pero que aún mantenía ese toque casi infantil que recordaba el punto entre la infancia y la adolescencia en el que tomó aquella decisión.

En la mesilla aún estaba su *walkman* que compró en nuestro viaje de fin de curso en Ceuta. Recordé cuando nos tumbábamos en la cama y compartíamos un auricular cada una escuchando música o nuestras grabaciones. Muchas veces nos quedábamos dormidas y nos despertaba el sonido gutural que salía del aparato cuando se estaba quedando sin pilas.

Dentro seguía la cinta que Marta escuchaba cuando murió. Era una que grabó con los grandes éxitos de Los Secretos, nuestra preferida. También yo encendía el *walkman* cada vez que dormía allí y siempre procuraba que tuviese pilas. Rebobinaba y escuchaba la canción que más nos gustaba a las dos y pensaba si era esa la última que había escuchado ella antes de cerrar los ojos para siempre. Era aquella versión de *Sobre un vidrio mojado* que el famoso grupo de la movida madrileña hizo del tema original de Kano y los Bulldogs de finales de los 60, pero no era capaz de escuchar más de uno o dos minutos de aquella canción. Automáticamente me invadían una tristeza y una soledad profundas que hacían que se me saltasen las lágrimas y pulsaba enseguida la tecla de *stop*.

En las paredes estaban sus pósteres de Sting y de Mel Gibson. Encima de la cómoda, una fotografía de Virtudes y Carlos de los 70 y aquella foto que nos hicieron en la cubierta del ferri que nos llevó a Ceuta. En una caja de cartón decorada con fotos de Nueva York estaban las gomas con telas de colores que usaba de coletero o de pulsera según le conviniese ese día, y que causaban furor entre las chicas por aquellos años.

Abrí su joyero e instintivamente me llevé la mano al cuello. Aún conservaba la cadena con el medio corazón y la leyenda «*Friends*» escrito en él. En la caja metálica, junto a numerosos

anillos, estaba la otra mitad del corazón con la leyenda «Best». «Best Friends». Aquella promesa de estar toda la vida juntas se había roto y una mitad de aquella joya había dejado de tener sentido. Congelada.

Sonreí al ver el bote de tópicos líquido y recordar la absurda moda de pintarnos las uñas con él. En la mesilla de la televisión, junto al vídeo VHS, la cinta de un concierto de la última gira de The Police en 1984. Aún tenía en el lomo la pegatina del videoclub Chaplin del barrio. Pensé en que, de seguir abierto, habría costado un dineral devolverla. Debajo de la mesilla de la televisión, sus zapatillas Converse negras. Ni siquiera las habían movido de allí desde que se las quitase la última vez. Congeladas.

Me descalcé sentada en el borde de la cama y me recosté de lado con las piernas recogidas sobre mi pecho. Miré el *walkman* y, aunque en un principio deseché la idea de llevarme un berrinche, finalmente me podía la nostalgia y lo cogí. Me puse los auriculares y pulsé el *play*:

*«...los cuadros no tienen colores,
las rosas no parecen flores,
no hay pájaros en la mañana;
nada es igual, nada es igual, nada es igual, nada.
Sobre un vidrio mojado escribí su nombre sin darme cuenta
y mis ojos quedaron igual que ese vidrio pensando en ella...».*

Lo apagué. Mis lágrimas mojaban la colcha mientras creía escuchar a Marta tararear con un hilo de vida aquella canción. Me incorporé y busqué en un cajón de la mesilla un pañuelo con el que secarme la cara. Congelada.

«Vamos, Isabel», me regañé a mí misma. «No puedes aconsejar a los demás que traten de pasar página y seguir tú sin pasarla del todo. Acaba la maldita canción y ya no vuelvas a coger nunca el dichoso aparato».

Traté de serenarme un poco sentada al borde de la cama. Esperé unos minutos. Finalmente eché la mano hacia atrás y cogí de nuevo el *walkman*. Me puse los auriculares y volví a tumbarme en la cama mirando al techo. Pulsé el *play*:

*«...Hoy cuando desperté buscaba
el sol que entraba en mi ventana,
tras una nube se ocultaba;
nada es igual, nada es igual, nada es igual, nada.*

*Los cuadros no tienen colores,
las rosas no parecen flores,
no hay pájaros en la mañana;
nada es igual, nada es igual, nada es igual, nada...».*

La grabación se paró en seco y un segundo después...

«En la tapa de un bloc escribí tu nombre para que leas...».

Di un respingo en la cama y me incorporé como empujada por un muelle. ¡Era Marta tarareando una frase con la misma melodía! Parecía que estaba bebida, pero era ella sin duda. Un segundo después volvió la canción:

«...mis ojos quedaron igual que ese vidrio, pensando en ella...».

Presa de un ataque de nervios pulsé *stop* y rebobiné un poco. Sonó la música y, a continuación, ese segundo de silencio. Después:

«En la tapa de un bloc escribí tu nombre para que leas...».

—No son imaginaciones mías. Es Marta —dije, y a continuación miré hacia la estantería donde mi amiga tenía en perfecto orden sus cuadernos.

Me levanté, y al llegar frente al estante de madera empecé a sacar uno por uno cada libro o cuaderno. Leía en voz baja los títulos de cada uno de ellos.

—Matemáticas. No. Física y Química. No. Filosofía. No. Literatura. No. Inglés. No. Vacaciones 1988. No. Vacaciones 1989. No. Fotos Sting. No. Lerma... ¡Lerma! ¡Sí!

Cogí el cuaderno de lomo sin anillas y tapas rojas que tenían escrito mi nombre en la esquina inferior izquierda. Volví a la cama y me senté en el borde. Comencé a leer.

12 de enero de 1990

Es duro volver a clase después de las vacaciones de Navidad, Lerma. Quizás solo me alegra ver a Kike. Creo que le gusto y, aunque no es como Sting, al menos no me trata como «Freddy Juanito Krueger». No logro entender por qué la tomó conmigo. Al fin y al cabo, fuiste tú la que le dio calabazas. Yo solo le dije que no iba a preparar una cita de todos para ir al cine. No soy tu ama, soy tu amiga, y no decido dónde quieres ir ni con quién. ¿Que por qué no hablo esto contigo? Porque, aunque yo le odie y tú me dijiste que era un creído y que pasabas de él, no sé si realmente te gusta, y no quiero que te sientas mal por lo que me hacen. Y porque quizás sea cuestión de días, semanas como mucho, que busque otro nombre que sumar a su lista y al final se olvide de ti y, de paso, también lo haga de mí. Mientras, seguiré aguantando sus desprecios y me consolaré con la manera con la que me mira Kike.

16 de enero de 1990

Juan es idiota, Lerma. No sé cómo nadie se ha dado cuenta, pero me ha dado una patada por detrás cuando corríamos en clase de Educación Física y por eso me he caído. No me duele ya la rodilla y me importa un pepino que se haya roto el chándal que me regalaron para Reyes. Me duele que todos se rieran y solo tú me dieras la mano para levantarme o te preocupases de si estaba bien. ¿Has soñado alguna vez que un grupo de gente te persigue con cuchillos y cuando te alcanzan hacen un corro y todos te apuñalan? Pues quizás es mejor eso porque mueres y no tienes que aguantar la humillación del momento ni ser el foco de las risas hasta que acaban las clases. Hasta se ha reído el profe. No me va correr, ya lo sabes, pero tampoco soy la más torpe. Ahora soy la «Reina de la burla».

Recordé inmediatamente aquel incidente. Juan corría junto a Marta, cinco o seis metros delante de mí. Mis piernas dejaron de responder y me paré en seco. Me agaché para recuperar el aliento y, segundos después, escuché aquellas risas. Levanté la cabeza y vi el corro de gente. Me acerqué, me abrí paso entre aquel bosque humano y allí estaba Marta, en el suelo, con la pernera derecha del chándal hecha jirones y un buen raspón que sangraba a lo largo de la pierna. Me agaché y revisé su herida mientras le preguntaba si estaba bien. Alcé la vista al escuchar que aquellos estúpidos seguían riendo.

Ciertamente hasta Blas, el profesor de Educación Física, estaba de pie junto a ella riendo sin decoro. Recuerdo haberme armado de valor y que, mientras le recriminaba no solo sus risas sino que no se hubiese preocupado de la pierna de Marta, mi amiga se levantó a duras penas, empujó a dos o tres de los chicos del corro, y salió renqueando y llorando camino del pabellón.

Ya no volví a verla hasta que empezó la siguiente clase por más que la busqué. Me extrañó que, después del incidente, solo se quejase de las molestias de la pierna, a pesar de que, hasta que terminó la jornada, «Juanito y los Trogloditas» seguían con sus mofas por la caída. Le pregunté a Marta si estaba bien. Recuerdo que me dijo que lo dejase estar y que pensé en lo fuerte que era aquella adolescente de dieciséis años recién cumplidos. Cómo iba a imaginar yo que...

Sonaron unos leves toquecitos en la puerta del cuarto de Marta.

—¡Niña, las seis! —me dijo Virtudes mientras abría la puerta—. ¿Estás bien, Isabel? Me pareció escucharte hablando.

—Sí, Virtudes, estoy bien. Simplemente no he podido dormir. A veces me cuesta, ya sabes. Se me pasa el tiempo entre los recuerdos que me traen todas estas cosas, sus cosas. Por cierto, ¿te importa que me lleve este cuaderno unos días? —le pregunté—. Son cosas que escribía sobre nosotras.

—Claro que no, Isa. Ahí sigue todo como ella lo dejó. No somos capaces de tocar nada, pero si te hace ilusión llévatelo el tiempo que quieras.

Pasamos la tarde paseando por el barrio. Incluso Carlos se llevó las llaves de la zapatería y estuvimos un buen rato en ella recordando anécdotas de cuando pasábamos las horas allí. A pesar de la nostalgia que siempre provocaban los recuerdos, aquella tarde fue sanadora para los tres y cerramos la puerta de la tienda con renovada alegría. Ellos por revivir por unas horas el espíritu de Marta, revoloteando eternamente en cada rincón, y yo por llevarme impregnado en la ropa el aroma del cuero del calzado, como tantas otras veces en mi niñez, aquella época en la que no pensaba en lo efímera que puede ser la existencia para algunas personas, ni en el infierno en el que otras la pueden convertir.

Desde la aparición del cuerpo de Borja en el parque de Aluche, Camacho llevaba elaborando un minucioso informe que entregar al comisario Romero. Los resultados de la autopsia dejaban claro que a aquel chico le habían obligado a tomar la absenta que estaba en su organismo. En la úvula, la lengua y en la amígdala palatina había lesiones compatibles con haber ejercido una fuerza anormal sobre ellas. Tres de sus dientes tenían también mellas recientes que indicaban que se habían roto debido a que un objeto duro había entrado violentamente en su boca. La lógica decía que la mezcla de vodka y absenta habría provocado que el muchacho se desplomase poco después de consumir aquella mezcla explosiva. Riquelme lo tenía claro, y su informe dejó patente que aquella fue una muerte violenta y no un coma etílico accidental.

Las pruebas que recogió el equipo de la Policía Científica no revelaban nada en particular. El sitio donde apareció Borja Cércoba era un lugar de paso y de concentración de mucha gente. Demasiadas huellas, demasiadas pisadas y ninguna que les llevase a alguien con antecedentes tan graves o a personas del entorno del chaval. Chema Iglesias era de la vieja escuela y siempre tenía aquella frase en la boca: «Cuando aparezca un cadáver, busca primero indicios criminales de un familiar o un conocido del fiambre».

—Nada reseñable, Camacho —le había comentado Iglesias días después de la muerte de Borja—. ¿Huellas? Todas y ninguna. Es un parque. Hemos revisado cada pisada, huella dactilar, fibra o cabello. ¡Nada! Solo un resultado y es el de un ratero yonqui de poca monta, y al chico no le faltaban ni los veinte euros que llevaba en la cartera, ni el móvil, ni un pequeño colgante de oro con el nombre de Cecilia. Creo que así se llamaba su madre. El ratero se sentaría por allí antes o después y ya está. Circunstancial. Poca chicha encontrar huellas de un *sirlero* en un banco de un parque del barrio donde vive. De los otros objetos no hay resultados positivos, ni muestras de referencia que comparar. Estamos a ciegas.

—Ya, pero Riquelme tiene claro que a ese chico le metieron el vodka, o la absenta, o ambas, a la fuerza. ¿Seguro que no hay nada a lo que agarrarnos?

—Nada, Camacho. El tipo que le hizo eso al chico ha sido cuidadoso y no ha dejado nada. Hemos analizado la absenta y las proporciones en su elaboración eran anómalas, de eso no cabe duda. Era una bomba alcohólica que haría que colapsara el hígado, pero no han dejado ni un rastro en la botella, solo huellas del chaval. Seguiremos con el caso por si hay un golpe de suerte.

—Gracias, Iglesias. A ver si paso a verte un día. Me encanta ver ese cuartucho vuestro pintado de gotelé —ironizó antes de colgar.

Con sus carpetas debajo del brazo, Eliseo se dirigió al despacho de Nicolás Romero.

—¿Tienes un momento, Romero? —preguntó Camacho, después de abrir la puerta del despacho del comisario.

—Pasa, Camacho. Espero que me des una alegría con lo del chico del parque —le contestó Romero.

—Ni mucho menos, jefe. Lo que te traigo es casi el convencimiento de que lo de ese chico no es sino una continuación. Esto no ha hecho más que empezar.

—Vaya, tenemos en la Unidad un nuevo Robert Ressler y su obsesión por los asesinos en serie y no me había enterado. ¡No me jodas, Camacho, no estoy para gilipolleces! —le dijo atusándose aquella barba canosa bien cuidada—. Bastante tenemos con ese programa de televisión de la mañana que nos está crujiendo. Hablan y hablan. Teorías, bulos. Vale, joder. Metí la pata en la rueda de prensa el día que le encontraron. El chico estaba de botellón. No me digas que tú mismo no pensaste que se puso hasta el culo de alcohol y absenta y se quedó frito. Eso les dije. Me equivoqué y punto. El Director General ya rectificó en su día y aun así no hay mañana que no aparezca mi nombre en el dichoso programa.

—Pues si estoy en lo cierto, lo que voy a contarte no te va a tranquilizar —terció Eliseo—. Esto no viene de ahora. Esto empezó el 1 de marzo de 1990.

—¿Pero qué coño me estás contando? ¿En 1990? —preguntó Romero incorporando su espalda del respaldo del sillón y acercando los brazos a la mesa.

—Te lo dije en 2016 cuando pasó lo del biznieta de Vivar en el incendio de Moratalaz, y no me hiciste caso. No sé qué clase de poder tenía el comisario aquel que os poníais firmes y se os nublaba la razón cada vez que escuchabais su nombre. ¡Me pararon una investigación en curso del GRUME! El nieto de Vivar y sus amigos provocaron de alguna forma el suicidio de una chica de dieciséis años en 1990 y alguien está haciendo que paguen por ello.

—¿Veintisiete años después? —preguntó Nicolás Romero sonriendo—. ¿No será que sigues resentido porque cerraron el caso? Ni siquiera tú negaste que el suicidio fue voluntario. Asegurar que alguien incitó a aquella chica a hacerlo era mucha tela, y menos sin pruebas y con Don Felipe Vivar en medio.

—Su propio nieto reconoció que alguien grabó un vídeo. Esa cinta fue una de las causas, si no la principal, por la que esa chica tomó aquella decisión. Si no, ¿a cuento de qué habría mencionado aquello ese chico? Pero nadie hace caso a un novato y el tiempo empieza a darme la razón.

—¿Qué tiene que ver lo de Marta Díaz con lo del chico del parque? Si puede saberse.

—Verás, Romero. Cuando pasó lo del incendio de Moratalaz y supe el apellido del chico, cogí copia de los informes de casos sin cerrar, como para mí era el caso de Marta Díaz. Me sonaba poderosamente el apellido Vivar. Leyendo mis notas encontré los datos que recabé en el instituto donde estudiaban los chicos que pensé que estaban, de una u otra forma, involucrados en el caso. ¿Sabes qué encontré? Mi lista con los nombres y apellidos de todos los que estaban en la clase de esa chica. ¿Y sabes qué otro apellido había? —preguntó Eliseo con un tono que denotaba cierto reproche.

—Tú dirás —le contestó su jefe que aún mantenía una actitud de cierto escepticismo y muestras de aburrimiento.

—En cuanto estuve en el parque de Aluche y me dijeron el nombre y el apellido del chaval, tuve un presentimiento y busqué en mi coche el listado que tengo en las manos. Aquí estaba el apellido. ¡Cércoba! —gritó poniendo con un golpe enérgico la carpeta encima de la mesa—. ¡Cér-co-ba! ¿Te suena, jefe?

—Joder, Camacho. Cércoba. Ese chico... —respondió Romero mientras se levantaba de la silla y cogía la carpeta. La miró con atención.

—Borja era hijo de Ignacio Cércoba, y si has leído el listado habrás visto que era uno de los que subrayé en rojo en 1990 cuando estuve indagando en el instituto en el que estudiaban. ¿Casualidad? No lo creo. Una chica se suicida empujada por un supuesto acoso. Cuatro chavales presuntamente involucrados y ahora dos de los hijos de aquellos cuatro muchachos, muertos en

extrañas circunstancias, con edades similares a la que tenía Marta Díaz cuando se suicidó, y, ¿me vas a decir que son casualidades? —preguntó indignado Eliseo—. Me importa un pepino qué puso el perito de los bomberos en el informe. Al biznieto de Vívar y a esa pobre chica les achicharraron vivos, de igual forma que a Borja Cércoba le destrozaron el hígado con vodka y absenta. Y lo que es peor, que creo que esto no ha hecho más que empezar. ¿Es ahora cuando me vais a dejar seguir trabajando sin tocarme las pelotas y os olvidáis de Felipe Vívar? ¡Ha muerto ya, joder! Como su biznieto.

A Nicolás Romero le sorprendió el tono encendido con el que Camacho había hecho las últimas afirmaciones. En otras circunstancias no habría tolerado que se dirigiese a él en ese tono pero, en cierto modo, entendió su enfado. Tenía una línea de trabajo con una historia más que plausible, y entre unos y otros no le habían hecho el menor caso.

—Está bien, Camacho —dijo Romero con cierto tono conciliador—, sigue por esa línea la investigación. Eso sí, tacto. Ciertamente, Felipe Vívar murió ya, pero entiende que era alguien considerado en el Cuerpo. Nada de afirmaciones que no estén probadas y ningún paso sin consultarme. Investiga a la familia de Marta Díaz, no sea que tengamos un padre justiciero, y a todos los chavales de la lista. Pero, insisto, ¡tac-to! Ni una palabra a la prensa, ni una filtración. Va a ser la primera vez que me alegre de que trabajes solo. Si averiguas algo nuevo me lo pasas solo a mí. ¿De acuerdo? Con datos contrastados informaremos al juez para que nos dé las autorizaciones necesarias y actuamos. Y, por favor, me informas a diario del caso.

—¿Sin injerencias de nadie? .

—Sin injerencias. ¡Ah! Una cosa más. Indaga lo de los muertos, sí, pero, si no estás equivocado, habrá que estar pendiente de los vivos, no sea que haya un nuevo nombre que tachar de tu lista. Si se confirman tus teorías, habrá que ponerle protección a la gente involucrada en lo del suicidio de esa chica.

—Eso haré, jefe. Me pongo con ello —comentó Eliseo con ánimos renovados ante la nueva actitud que había tomado el comisario con el caso—. En cuanto tenga confirmación de todo, te informo y protegemos a esa gente.

Salió del despacho de Romero y se dirigió a su mesa. Tenía claro que no iba a levantarse de ella hasta localizar a todas y cada una de las personas que hubiesen estado cerca de Marta Díaz en sus escasos dieciséis años de vida. Con sus carpetas abiertas encima de la mesa, encendió el ordenador. Esbozó una sonrisa y a media voz susurró:

—¡Que te follen, Vívar!

*IES Esperanza Cuadra, (Madrid).
22 de enero de 2018.*

El descubrimiento del diario de Marta me había tenido paralizada unos días. En contra de toda lógica, salvo las dos primeras notas escritas, no había vuelto a leer nada más, y descansaba junto a la novela que Héctor me había regalado en mi mesilla de noche. Tenía una mezcla de miedo y curiosidad cada vez que veía sus tapas rojas con mi apellido escrito, pero, hasta el momento, me podía el miedo a descubrir lo que iba a encontrarme y acababa los últimos momentos del día leyendo aquella novela de portada explícita y texto contundente.

Desgraciadamente ya no podía ayudar a mi amiga y la posibilidad de ayudar a Héctor podría servirme como redención, por eso decidí que bebería en pequeños tragos los sucesos del pasado y me centraría en el presente. Me preocupaba qué tenía Héctor en la cabeza, pero lo hacía aun más lo que supuestamente le estuviese ocurriendo en el Esperanza Cuadra. Al fin y al cabo, yo era la orientadora y debía descubrir si lo de aquel chico era un caso aislado o, por el contrario, comportamientos como ese se estaban extendiendo como una plaga de langostas arrasando las aulas.

La buena relación que tuve durante mis estudios universitarios con algunos de mis profesores y catedráticos hizo que siguiésemos manteniendo el contacto regularmente después de acabarlos. Incluso solicité asesoramiento de alguno de ellos en mis primeros años como profesional. Les conté mis sospechas sobre Héctor y les comenté la idea que había tenido de crear un cuestionario para la detección de factores de riesgo de acoso escolar en el instituto. Cuando supe que estarían encantados de echarle un vistazo, dediqué mis vacaciones de Navidad a su elaboración. Una vez satisfecha con el resultado del cuestionario, y después de tener en cuenta los comentarios de mis ex profesores, se lo envié a cada uno de los ocho expertos que me recomendaron para someterlo a su juicio y validación.

Aquello no era cuestión de días; requería un estudio serio para que los resultados finales del cuestionario fuesen razonablemente aceptables y aguardé pacientemente para solicitar a Santiago su aplicación en las aulas. No pretendía alarmar sin indicios claros al director del instituto. Había pensado en el test más como un ejercicio que como un control, como una entrevista privada a cada uno de los chicos en lugar de un interrogatorio, tratando de quitarle trascendencia. Tampoco tenía claro que fuese un mal endémico y, ¿para qué negarlo?, también a mí Héctor me parecía una persona, digamos, peculiar. Debía tener mucho tacto. No quería que la solución de un problema crease otros.

Acabaron las vacaciones de navidad y volvieron las clases. Hacía frío esa mañana. Era el primer día del invierno que habíamos amanecido bajo cero en Madrid y, aunque aquellas eran temperaturas más propias de la estación en la que estábamos, apenas tres días antes rozamos los dieciséis grados de máxima y el cuerpo no se acostumbraba al frío de ahora. Pensé que era de estúpidos negar la evidencia del calentamiento global con estos arcos de sierra en cualquier estación del año. Recordé mi infancia en la que te ponías el abrigo en noviembre y no lo soltabas casi hasta San Isidro. Me vino a la cabeza aquel dicho sobre Madrid: «Seis meses de invierno y

seis de infierno». Algún pecado estábamos cometiendo en la capital, porque cada vez eran más los meses en el *infierno*.

El incidente de aquellos alumnos con Héctor en el patio hizo que adquiriese la costumbre de estar más pendiente de él y, salvo que alguien requiriese mis servicios, trataba de estar presente en la zona de recreo en los descansos o al menos asomada discretamente en la ventana de mi despacho.

Un poco antes de las once bajé a tomar café a la cafetería del instituto. Quería hacerme la encontradiza con Héctor para ver si podíamos charlar otro rato y tratar no solo de saber más sobre él, sino sobre los supuestos problemas que tenía con otros alumnos. Aguardé unos minutos en la puerta de la cafetería pero no acudió, por lo que decidí salir al patio con mi vaso de café hirviendo.

Vi que Héctor estaba sentado en las escaleras de acceso a su pabellón, un sitio al que acudía cada descanso. De hecho, nunca iba a otro lugar. Me llamó la atención que, pese al intenso frío que hacía, el chico solo llevaba una fina sudadera. Se frotaba las manos tratando de que entraran en calor. Miré mis manos y los guantes de cuero negro que me regalaron en Navidad. Me acerqué a él.

—Toma mis guantes, Héctor —le dije cuando llegué junto a él.

—No necesito tus guantes —me respondió secamente.

—Cógelos y pónelos, al menos no tendrás que seguir frotándote las manos —insistí—. Ya me los devolverás después del recreo.

Héctor me miró y su rostro se volvió especialmente serio.

—Todos funcionáis igual —afirmó con un tono que denotaba tristeza—. Parecéis máquinas programadas para no desviaros ni un poco de vuestra línea de adulto. Creéis saberlo todo, que adivináis el dolor ajeno, lo interpretáis y le dais solución, pero la mayoría no veis más allá de vuestras narices. Te lo vuelvo a repetir, no quiero tus guantes.

—Pero estás temblando, Héctor. Pensé que...

—¡Exacto! —me interrumpió—. ¡Pensaste! ¡Tú! ¡Sola! Ni siquiera preguntaste por qué me frotaba las manos o si tenía frío. Me viste, diseccionaste mi cerebro y decidiste que tenía frío sin preguntarme. Pero se tiembla por frío, y por fiebre... y por miedo.

Me quedé de piedra con su respuesta, tanto que me costó rehacerme y me quedé pensativa mirándole cómo seguía frotándose las manos.

—Un día cuando era pequeño —continuó Héctor—, estábamos en un parque en París. Hacía muchísimo frío, como hoy. Todo estaba nevado. Mi padre no paraba de hablar con aquel teléfono Nokia, que era una prolongación de su mano y lo único importante de su vida, mientras yo jugaba con otro niño del parque a hacer bolas de nieve. Al cabo de un rato, mi nuevo amigo y yo nos miramos las manos congeladas. Creo recordar que sonreímos y fuimos a la vez corriendo hacia nuestros padres. «Tengo frío en las manos», le dije tiritando a mi padre. ¿Sabes cuál fue la solución que le dio a mi problema? ¡Sacar un billete de veinte euros y mandar a un niño de siete años a comprarse unos guantes! Tiré el billete al suelo y miré a mi padre con odio por primera vez en mi vida. No quería unos guantes, quería ser como mi amigo y tener un padre como el suyo, que alivió el problema físico y emocional de su hijo con un simple gesto: frotarle las manos con las suyas y echarle su aliento caliente. Quédate los guantes, Isabel, porque el frío de mis manos es el menor de mis problemas.

—Está bien, Héctor, discúlpame —le dije de manera conciliadora—. ¿Tienes frío? ¿Por qué no llevas más ropa de abrigo?

—Porque no me he ganado el derecho de llevarla —me contestó con infinita tristeza.

—Vale, Héctor. Has llamado mi atención. Hagamos un trato. Solo la verdad entre tú y yo. Nada de medias tintas ni medias verdades. Te prometo que no volveré a interpretar tus gestos si no dejas que tenga que adivinar tus emociones. No te voy a mentir. Por razones lógicas no estoy aquí para hacer amigos entre los alumnos, pero te aseguro que tendrás en mí a alguien que nunca te traicione. Lo que hablemos quedará entre tú y yo. Mi trabajo es buscar soluciones y trataré de encontrarlas de manera global para que no te señalen particularmente.

Héctor dejó de frotarse las manos, alzó la vista y me miró directamente a los ojos. Noté que su mirada se dulcificaba. Lo aproveché.

—¿Por qué dices que no mereces la ropa de abrigo? —le pregunté.

—Es lo que me han dicho en clase y no me han dejado sacar la cazadora. Nunca daré nombres, solo situaciones. Tendrás que ser tú quien quite las caretas para que aparezcan las caras.

—Supongo que los que te quitaron el libro tienen mucho que ver con todo esto —le dije convencida—. ¿Llevan mucho tiempo detrás de ti?

—No —me contestó—. Al llegar me hicieron creer que querían ser mis amigos. Intercambiamos números de teléfono y empezamos a seguirnos en las redes. Teníamos algunas conversaciones, compartíamos algunos ratos en el descanso.

—¿Y qué hizo que todo eso cambiase? —volví a preguntar.

—No estoy en sus cabezas, Isabel. Reconozco que no soy como ellos, que no hago las mismas cosas, que no me relaciono de igual manera. Te presentas y algunos piensan que les abres las puertas de tu vida y pueden entrar en ella y tomar lo que quieran. Soy reservado, para ser sincero. Me cuesta encariñarme de gente a la que, tal vez, en uno o dos años tenga que dejar de ver porque cambie de ciudad o de país. Es mi manera de ser, la armadura con la que sentirme seguro para que las despedidas no duelan. Pero ellos no debieron entenderlo así y empezaron los problemas.

—¿Cambias tanto de ciudad por los destinos de tu padre? —le pregunté intentando indagar un poco más en su familia.

—¿Por los destinos de mi padre? Mi padre decide sus destinos en el trabajo. Equivocas la pregunta —me dijo con tristeza—. Digamos que mi padre cambia de destino en función de lo que vea en mí o, mejor dicho, de lo que crea sobre mí. Piensa que cambiando de ciudad cambiará mi forma de ser y, al igual que tú con mis manos heladas, disecciona mi cerebro, interpreta mi vida y decide su verdad sin preguntarme.

—¿Y cuál es la verdad, Héctor? —pregunté.

—¿La verdad?

La tristeza de su rostro se acentuó e hizo una breve pausa, como si dudara en confiarme un secreto, un sentimiento. Finalmente comenzó a hablar.

—Hace cuatro años, cuando acababa de cumplir los trece, abrió una nueva sede de sus negocios en Valencia. En el colegio hice algunos amigos. Dos de ellos tenían ya los dieciséis y, aunque a mi padre en principio no le hacía mucha gracia que tuviese amigos mayores, finalmente lo dejó estar. Disfrutábamos del cine, de la playa de la Malvarrosa, de tardes en el parque, de quedadas en la casa de alguno de ellos hasta que llegaban las nueve de la noche y me acompañaban a casa. Me encantaba estar con personas con las que podía hablar de cualquier cosa y que no me dejaban de lado por ser tres años menor que ellas. Les llegué a coger un especial cariño.

Héctor hizo una pausa para calentarse las manos con su aliento, luego volvió a mirarme a

los ojos y continuó relatando sus recuerdos.

—Un par de años después, una tarde que mi padre no estaría en casa, le pedí permiso para que fuésemos a merendar allí y ver alguna película. Quería corresponder con mi hospitalidad a la que recibía de ellos. Con ciertas reticencias aceptó finalmente y fuimos a mi casa. Llevábamos un par de horas allí. Estábamos viendo *Los Juegos del Hambre*. Yo en un sofá y mis amigos en el otro. Sin que nos diésemos cuenta por el volumen de la televisión, mi padre entró en casa, llegó al salón, miró ambos sofás y se desató el infierno. Mis dos amigos, abrazados, se besaban y mi padre...

—¿Se besaban? —le interrumpí—. ¿Qué problema hay en que dos jóvenes se den un beso?

—¿Problema? Que ambos eran chicos y mi padre, lleno de ira, les agarró por el brazo y les sacó de malas maneras de la casa. Y lo que es peor, fue directamente a comisaría a denunciar a mis amigos, mayores de edad, por pervertir a un menor. Tuvieron verdaderos problemas hasta que convencieron a la policía de que era solo un acto de dos chicos que se querían. Que yo era un amigo más. Menor, sí, pero sin más relación que la de amistad.

»Mi padre ni siquiera me preguntó. Dedujo que yo también me sentía atraído por los chicos, cosa que no es cierta, y en menos de seis meses había encontrado un delegado para que llevase su negocio y había buscado nueva casa para venimos a Madrid, a su barrio de toda la vida, pensando que disolviendo la *manada* se pasaría mi supuesta atracción por los chicos. ¿Acaso no es un depredador el que, sin analizar las consecuencias, destroza la vida de otras personas? Desde ese día me cuesta hacer amigos a los que mi padre pueda hacer daño.

Héctor se quedó con la mirada perdida, y como si hubiese escarbado con los ojos en el barro de aquellos recuerdos, estos se defendieron de aquel lodo con una cortina húmeda a punto de desbordarse por el lagrimal. Se frotó con la manga de la fina sudadera, me miró y, casi como una súplica, me dijo:

—Él es una de las razones por las que nunca cuento las cosas que me pasan aquí porque, ¿sabes cuál iba a ser su respuesta?

—Dímelo tú —le respondí.

—Que deje de llorar como un marica y me defienda como un hombre .

Después se levantó y se perdió por la puerta del pabellón.

Sentí pena por aquel chico. En pocos años estaba descubriendo el lado más oscuro del ser humano y, en cierto modo, entendí que crease tantos mecanismos de defensa. Al igual que con Marta, el pasado de Héctor no lo podía cambiar, pero tomé la firme determinación de que iba a hacer todo lo posible por que su presente fuese un poco menos sombrío y que, de paso, empezase a ver su futuro con cierto optimismo. Pero el futuro, caprichoso, era algo que estaba por venir y complicado de adivinar.

Domicilio de Isabel Sáiz de Lerma, (Madrid).

22 de enero de 2018

22:30 p.m.

Después de cenar decidí retomar la lectura del diario de Marta para no pensar más en lo que le estaba ocurriendo a Héctor, ya que yo no solía encender la televisión. Por lo poco que había leído hasta ese momento, suponía que sus notas no iban a contener muchos relatos de sus horas felices, pero debía enfrentarme a la tarea de saber qué dejó escrito expresamente para mí. Me acomodé en el sofá y comencé a leer.

Madrid, 31 de enero de 1990

¡Qué largo se me ha hecho este mes, Lerma! Realmente, se me ha hecho largo cada día de los treinta y uno. Los he pasado restando y rogando que cada uno que pasase disminuyese el interés de Juan por mí y aumentase el de Kike.

Hoy lo he pasado fatal. Al subir al instituto me crucé con Juan. Subía sin su cohorte por la acera de enfrente. Yo caminaba más rápido que él y en breve me pondría a su altura. Al reconocerle, mi mente no le prestó más atención que la que le prestaba a los otros chicos que subían al instituto, pero según avanzaba, un miedo incontrolable se apoderó de mí. Aún no me había hecho nada a esas horas, ni siquiera creo que supiese que estaba caminando por la acera de enfrente. Según me acercaba le miré de reojo y aceleré el paso, confiando en que no repararía en mí. Al llegar a su altura miré hacia él al mismo tiempo que él miraba hacia mi acera y me vio. No soy capaz de describir su mirada de odio que, aunque apenas duraría décimas de segundo, a mí se me hizo eterna, como si la mirada y el gesto le transformasen, a cámara lenta, de joven despreocupado a demonio. Bajé inmediatamente la cabeza y me puse a temblar descontroladamente. Lo último que vi fue que sonreía. Una sonrisa de triunfo, como si ese diablo en el que se había transformado para mí le dotase del poder de sentir mis temblores, del poder de implantar en mi mente el terror que pretendía que sintiese.

Llegué al instituto y me fui directamente al baño. Aún temblaba y me eché a llorar. Me dolía la tripa como si me hubiesen clavado un cuchillo. Vomité. Me lavé un poco la cara, cogí mi carpeta y me marché a casa. Vi a lo lejos a mi padre salir del portal. Esperé para no cruzarme con él y tener que darle explicaciones. Subí a casa y mi madre me preguntó. Le dije que había vomitado y que no me encontraba bien. Insistió en que fuésemos al médico, pero le rogué que simplemente me dejase descansar.

Cuando estaba en la cama vino con una manzanilla a mi habitación. Quería desahogarme del incidente y se lo conté. ¿Sabes qué me dijo cuando le relaté el pánico que había sentido al cruzarme con Juan? Que lo que realmente me pasaba era que me gustaba ese chico. No le conté más. Los padres viven en una galaxia distinta a la nuestra, Lerma. Si quien adivina nada más mirarme a la cara que me ha venido el periodo no es capaz de adivinar el infierno por el que paso, aunque le dé alguna pista, mi sensación de soledad se multiplica por

infinito. De nada vale hablar con quien cambia el infierno que paso por un cielo que solo ella imagina.

Siento no haberme puesto al teléfono cuando has llamado. Siento haberme hecho la dormida cuando has venido a verme. No tenía más ganas de hablar, ni de derramar más lágrimas inútiles. Quizás, mañana jueves, las cosas vayan mejor.

5 de febrero de 1990

Ayer me besó, Lerma. Definitivamente, Kike me está enganchando. El sábado me vio saliendo del mercado y me dijo que si tomábamos algo el domingo por la tarde. No sé por qué, pero acepté a pesar de que la gente con la que anda es la que me amarga la vida. Perdona que no te dijese nada. Al fin y al cabo, tú habías quedado con tu familia y no nos íbamos a ver. Por otro lado, me da corte que sepas que me gusta. No sé, quizás sea porque pienses que no saldría con nadie que no estuviese tan bueno como Sting, pero nunca te he dicho que, a lo mejor, yo no me considero lo suficientemente guapa para que se fije en mí nadie como él.

No entiendo por qué Kike se junta con esos. Probablemente, el poder de atracción de Juan y sus otros dos «besaculos» le debe tener hipnotizado. Es guapo, pero quizás tener unos pocos kilos de más disfrace un poco la belleza que yo veo. El que estos le hayan aceptado en su círculo, seguramente hace que se sienta más integrado. Nunca he hablado con él acerca de por qué los otros me hacen las cosas que me hacen. Kike está con ellos y ha visto la mayoría de los desprecios o las putadas, aunque siempre se mantiene al margen. Supongo que el hecho de que en el instituto le vean con ellos le hace sentirse especial.

Soy muy ingenua, lo sé, pero confío en que llegue el día en que salga en mi defensa, dé un definitivo golpe encima de la mesa y todo esto acabe de una vez. Quizás a partir de ese día ya no tenga que mirar hacia todos los lados para adivinar de cuál de ellos me va a venir el siguiente palo.

No te preocupes. Aunque mi tema con Kike salga bien, serás mi hermana toda la vida y nunca te dejaré de lado. Recuerda la letra de la canción:

*«Sé que aunque me quieres
también quieres ser feliz,
y que a mi lado eso es difícil
porque yo soy así
y ahora ya no puedo ayudarte,
ni tú a mí.
No, no me imagino
cómo podré estar sin ti».*

JUNTAS, Lerma, siempre juntas. BEST FRIENDS.

14 de febrero de 1990

Llevaba muchos días sin asomarme a este bloc de mis desahogos, Lerma. ¡¡¡El tiempo me ha dado la razón!!! No solo han dejado de humillarme a diario, sino que, incluso, me hacen gestos de saludo cuando me cruzo con ellos. Quiero pensar que Kike ha terminado diciéndoles

algo sobre lo nuestro y han decidido dejarme en paz. Soy una mala amiga porque aún no te he contado nada, pero no quiero lanzar las campanas al vuelo antes de tener la certeza de que esto va en serio.

¡Me siento feliz! Me ha regalado una preciosa tarjeta de San Valentín, la primera que me regalan en mi vida. Sí, ya sé que hasta que cumplimos los catorce tú me regalabas una y yo a ti otra, pero entiende que esta es distinta porque es la primera que me regala un chico. Aun así, ya sabes que conservo todas las que me hiciste, como espero que conserves las que te hice yo.

Quizás la semana que viene hable finalmente contigo de todo esto. Eres mi mejor amiga, las cosas en el instituto van mejor y no creo que vuelva aquel infierno, así que seré feliz del todo compartiendo contigo esta nueva etapa, ahora que, definitivamente, sé que tampoco a ti te gustaba Juan y no te iba a perjudicar en nada.

El lunes 19 es el cumpleaños de Kike. Sus padres se marchan el fin de semana al chalet de Segovia y mi regalo de cumpleaños será pasar la tarde del sábado allí con él. Estoy decidida. Creo que será una bonita tarde. Ya te contaré.

¡Feliz San Valentín, Lerma!

Apoyé el diario de Marta sobre mi pecho. Las lágrimas no me dejaban leer de manera clara aquellas palabras escritas por mi amiga. Tenía una preciosa caligrafía. Recordé que aquel sábado me puse fatal. El viernes anterior me había pillado una tormenta tremenda y había llegado empapada y temblorosa a mi casa. El sábado vino el médico de urgencias y ya no salí de mi cama hasta el día en que ella murió. Maldije la hora en la que había cogido aquella neumonía que me había tenido alejada de mi amiga en sus peores horas.

Los últimos momentos juntas los pasamos jugando a los médicos como cuando éramos pequeñas, pero esta vez Marta ejercía de verdad. Subía a mi casa a traerme medicinas que curasen mis males del cuerpo, mientras sus males le envenenaban el alma. ¡Cómo podía saber yo...!

25 de febrero de 1990

Pues sí que estás jodida, ¿eh, Lerma? ¡Vaya humorcito el tuyo! Quería haberte contado mi tarde de ayer con Kike, pero no estabas para charlas. Al final fue una de cal y otra de arena. Merendamos en el Burger King y después subimos a su casa.

Me sirvió una Coca-cola y nos sentamos en el sofá. Se había pasado horas grabando en una cinta canciones lentas y la puso en el carísimo equipo de música de su padre en el salón. Me encantó escuchar que la primera que había grabado era Every Breath You Take. Sabe que Sting es mi amor platónico y creo que con ese gesto venía a decirle: «Sí, le gustas a Marta, pero no te tengo miedo».

Me dejé llevar. Me encantaban los besos de sus labios carnosos y envidié los tuyos, tan sugerentemente carnosos como los de él, para devolverle el placer que yo sentía. Sé que reniegas de ellos, Lerma, pero, ¿qué quieres que te diga? Últimamente las famosas y millonarias se gastan una pasta para ponerse unos labios que a ti te vinieron «de serie». Me da corte confesártelo, pero estaba tan excitadísima que cuando me pidió que me levantara y me quitase la ropa no lo dudé.

Sonó The Lady in Red. Le quité suavemente los brazos de mis hombros y le sonreí

pícaramente mientras me levantaba. Sé que le sorprendió. Antes de que acabase la canción estaba completamente desnuda delante de él, y excitada como no lo había estado en toda mi vida. Se quedó unos segundos eternos mirándome sin decir ni hacer nada y, cuando hizo el gesto para levantarse, supongo que para acabar lo que yo había empezado, sonó el telefonillo.

Eran Juan, Nacho y Felipe que venían a buscarle. Me puse de los nervios. Cogí mi ropa y salí corriendo por la casa buscando un sitio discreto en el que vestirme. Me sentía como una estúpida y notaba que mi cara se enrojecía por momentos. Finalmente, en el pasillo de acceso a las habitaciones, me puse de mala manera la ropa, me atusé un poco el pelo y me marché, mientras dejaba a Kike con la palabra en la boca tratando de justificarse, diciéndome que eran sus amigos y que me compensaría por aquello.

Me quedé en la escalera hasta que escuché a los chicos salir del ascensor, tocar el timbre y llamar «tortolito» a Kike antes de entrar en la casa. Bajé las escaleras a toda prisa y dejé aquel portal con la sensación de que había perdido la oportunidad de vivir la tarde más hermosa de mi vida.

No sé qué haré mañana con Kike. Supongo que me dará explicaciones. Creo que a ciertas edades los chicos tienen a sus amigos en lo más alto del escalafón de las prioridades. No sé si querré seguir siendo el segundo plato de nadie.

El domingo 25 de febrero fue el último día que vi a mi amiga con vida. Había ido a mi casa a llevarme una caja de paracetamol. Apenas dejé que entrase en mi cuarto. Incluso le pedí que se marchase porque, fruto de la fiebre, solo me apetecía estar tapada hasta la cabeza con la manta. Le dije que me dejasen sola con mi fiebre y mi tiritona. Recuerdo que dejó la caja de pastillas en mi mesilla de noche y un vaso de leche caliente con miel que me había preparado mi madre. Antes de marcharse me destapó la cabeza y apoyó el borde de la manta en mi cuello. La miré un instante y noté que era feliz. Acercó sus labios a mi frente y me besó.

Antes de volver a taparme la cabeza me dijo las últimas palabras que le escuché en vida. Con la anestesia del tiempo hubiese querido que me dijese algo trascendente que hubiera servido para salvarle la vida. O algo más poético como último testamento. Sin embargo, solo me dijo: «Ponte buena, Lerma. Estás hecha un asco».

26 de febrero de 1990

Todo se ha acabado para mí, Lerma. Todo ha sido un fraude, una mentira, un teatro. Una película con un guion que empezó a escribirse el día que me negué a decirte que fueses con Juan al cine, y que hoy ha tenido la penúltima escena. La última la he empezado a escribir esta mañana.

Anoche estuve poniendo en una balanza lo que sentía por Kike y la circunstancia de saber que, hasta que madurase un poco, le iban a tirar más los amigos que yo. Recordé la tarde del sábado antes de que apareciesen aquellos bestias y ganó el hecho de que estaba empezando a enamorarme de él. Así que fui al instituto con la idea de luchar por la relación y aceptar, con reservas, el hecho de que pasara más tiempo con sus amigos que conmigo.

A primera hora, los grupos que hizo Silvia teníamos que exponer los trabajos colectivos. Entré en el aula mirando hacia las mesas de atrás donde se sientan estos, pero no les vi. En el pasillo había un proyector y en la pizarra una pantalla con trípode. Al rato

entraron Kike, Nacho y Felipe. Silvia preguntó por Juan y le dijeron que no sabían dónde estaba. Finalmente, la profe les dijo que empezasen con el supuesto trabajo de vídeo que habían preparado.

Cuando estaba apagada la luz e iban a poner la proyección entró Juan diciendo a Silvia que Ricardo, el director, la llamaba a su despacho, así que salió. Juan se puso al lado del proyector y pidió a Kike que lo pusiera en marcha rápidamente. Al ver las primeras imágenes, el mundo acabó para mí.

Era el salón de la casa de Kike visto desde algún sitio elevado detrás del sofá. Se escuchaba de fondo el final de la canción Eternal Flame. Al rato sonó The Lady in Red y...

Todos miraron hacia mí mientras yo, paralizada, miraba en la pantalla cómo iba quitándome la ropa. Juan narraba la escena poniéndome apelativos, cada cual más soez. Todo el mundo volvió la cabeza hacia la pantalla y empezaron a reír y aplaudir como posesos, mientras en la imagen yo aparecía cada vez con menos ropa. No pude aguantar un segundo más allí y salí envuelta en un mar de lágrimas sin saber dónde meterme. Finalmente, dije al conserje que me encontraba mal, salí del instituto y corrí hasta que no pudieron más mis piernas.

A las ocho y media de la tarde, después de planificar bien lo que haría a partir de ahora, fui a buscar a mis padres a la tienda. Necesitaba más que nunca sus abrazos. Todos aquellos que dentro de poco ya no les podré dar.

No pude leer más. Dejé el diario apoyado sobre la cama. Tampoco lloré. Hacía rato que se habían secado ya todas mis lágrimas.

IES Esperanza Cuadra, (Madrid).
19 de febrero de 2018.
08:30 a.m.

La llamada de la directora de mi Trabajo de Fin de Carrera la tarde del domingo había hecho que recuperase un poco la alegría que en el fin de semana brilló por su ausencia. Apenas salí de casa, no comí casi nada y dormí a ratos en el sofá del salón con la tele encendida, viendo uno de esos canales de videntes de medio pelo para ver si se me cerraban los ojos, aunque fuese por aburrimiento. Al filo de las diez de la noche del domingo descolgué mi móvil al primer toque al ver su nombre en la pantalla.

Mi querida profesora me había enviado un *email* con la validación de mi *Cuestionario de Factores de Riesgo del Acoso Escolar* por parte de los expertos, y tenía claro que mi trabajo para los siguientes días sería aplicarlo en el Esperanza Cuadra.

Al llegar al instituto fui directa al despacho de Santiago.

—Buenos días, Isabel —me dijo nada más entrar—. ¿Qué tal con Héctor López? Veo que tienes largas charlas con él en los descansos.

—De eso venía a hablarte precisamente —dije mientras me sentaba—. No de Héctor en particular, pero he notado en este último curso que los chicos están, digamos, un poco más alterados de lo normal. He presenciado algunas disputas, distintas a las lógicas en esas franjas de edad. Silencios que no me gustan, o frases que, veladamente, indican que algunos chicos están teniendo un curso más problemático de lo común.

—Son adolescentes, Isabel. ¿Cómo quieres que estén? —me respondió Santiago en tono condescendiente.

Nos interrumpió la alerta de WhatsApp de mi teléfono móvil. Lo miré un segundo.

—Número desconocido. Puede esperar —murmuré—. Discúlpame, Santiago... No son actitudes de adolescente —continué—, aunque tampoco tengo la certeza absoluta de que alguno de esos chicos esté viviendo situaciones anómalas. Sin embargo, para eso estoy aquí, ¿no? Comprobar que todo va con normalidad y que los chicos están teniendo un curso tranquilo.

»En mis vacaciones de navidad elaboré un cuestionario que he llevado a validación. Ayer me llamaron para confirmar que ya tiene todos los permisos y había pensado que podíamos aplicarlo en todas las aulas. Creo que sería una buena idea porque nos serviría para calibrar el grado de aceptación del instituto para los chicos. Este es el cuestionario —y dejé la carpeta encima de la mesa.

—«Factores de Riesgo de Acoso Escolar» —leyó Santiago a media voz—. ¿Factores de riesgo de acoso escolar? ¿Qué es esto, Isabel? ¿Me estás diciendo que hay acoso escolar en el Esperanza Cuadra? ¿Tú sabes qué pasará como a uno de esos chicos le dé por decir en casa que en el instituto le están haciendo una especie de interrogatorio disfrazado para sacarle si es un acosador o no? Que sacarán a su hijo del instituto, dejaremos de ingresar sus necesarias mensualidades o las donaciones de muchos de esos padres, y mandaremos al carajo a un instituto con noventa y cinco años de vida. ¡Me niego a que hagas nada de esto, Isabel!

—¿Acaso temes que Rebeca, o Sandra, o Rubén sean uno de ellos? —le dije verdaderamente enfadada—. Igual que yo miro por mi ventana al patio, también lo haces tú. ¿Has visto cosas que no te gustaría ver? Y lo que es peor, después de ver cosas que no te han gustado, ¿te has dado la vuelta y no has hecho nada?

—¿Estás acusando a mi hija Rebeca de algo? —me dijo levantándose de su sillón y acercándose de manera amenazadora hacia mí. Al darse cuenta de su gesto alzó la mano disculpándose, se volvió a sentar y, mirando hacia la ventana, sentenció—: Esta conversación ha terminado, Isabel. Sal de mi despacho, por favor. Hablaremos seriamente de esto.

—Ahora entiendo algunas noticias de apertura en los informativos —le dije desolada—. Dais de lado a los adolescentes cuando son más vulnerables. Acuden a vosotros con angustia, y vuestro desdén la transforma en violencia o desesperación llevándoles a un callejón sin salida o sin nada que perder. «Joven armado hasta los dientes entra en un instituto y asesina a veinte personas». «Adolescente se lanza por la ventana de su casa tras meses de acoso en el colegio». ¡Quédate en tu poltrona sin hacer nada, Santiago! Ojalá me equivoque y el Esperanza Cuadra nunca abra las noticias de las tres.

—Insisto, Isabel. Ya hablaremos seriamente de esto —repitió sin dejar de mirar hacia la ventana.

Cogí la carpeta de encima de su mesa, frustrada como no me había sentido en muchos años. Pensé que estaba allí solo porque era obligatorio que en los institutos hubiese un equipo de orientación; un muñeco de paja con la titulación adecuada pero, si tenía algo que decir, la propia paja que me llenaba la boca me impedía articular palabra.

Recordé las visitas de algunos de los docentes a mi despacho en las que llegaban mordiéndose la lengua hasta desahogarse delante de mí, llenos de una profunda sensación de impotencia. Cada acción de queja sobre aquellos chicos tenía una única reacción: el despido. Y nadie tenía el valor de renunciar a un trabajo muy bien remunerado, con un más que probable tachón en el expediente que sería un lastre negativo para futuros empleos.

No le dije nada más a Santiago y salí de su despacho. Me sentía decepcionada con él. La primera y única vez que había intentado hacer algo que consideraba importante para el Esperanza Cuadra me habían parado los pies. Aquellas cosas eran las que odiaba de los institutos o colegios privados. Por circunstancias como aquella siempre quise trabajar en la enseñanza pública, y por primera vez en dieciséis años me arrepentí de estar trabajando allí.

Entré en mi despacho y me dejé caer en la silla con la sensación de que mi labor como orientadora en aquel sitio no iba a dar para más. No iban a permitir que lo hiciera. Fruto de la rabia metí la carpeta con el cuestionario en la papelera y, vencida, susurré: «Héctor, no puedo hacer nada más por ti».

Sentía que había vuelto a fallar a otra persona a la que empezaba a tomar cariño, porque le sentía tan vulnerable como estaba comprobando que era Marta los últimos meses de su vida leyendo las notas que me dejó en aquel bloc. Me eché hacia atrás en mi asiento y cerré los ojos, esperando que al hacerlo mi mente se alejara de allí. Una nueva alerta de WhatsApp no dejó que diese un solo paso que me alejase. Cogí con desgana mi teléfono móvil.

Un tres en rojo en la esquina derecha del icono verde me indicaba los mensajes que tenía sin leer. Pulsé y apareció un número desconocido. Volví a pulsar e inmediatamente empezaron a descargarse los tres vídeos que contenían.

Odiaba aquello. Odiaba que la gente me enviase en bucle vídeos absurdos: memes con plegarias portadoras de la mejor de las suertes, peticiones de compartir la foto de un niño con

cáncer (falsas en su mayoría), o situaciones del personaje famoso de moda con una frase distorsionada. Alababa el buen humor y la capacidad inventiva de los que los creaban, pero la tercera vez que me los enviaban dejaban de tener gracia y terminaba borrándolos.

Entré en el archivo «VÍDEOS», donde tres pantallitas con un triángulo en medio esperaban ignorantes que los quitase sin prestarles atención. Pulsé un segundo el primero de ellos y, al ir a la esquina derecha donde aparecía la palabra «Eliminar», reparé en la cara del futbolista que aparecía en el vídeo. ¡Era Héctor! Pulsé nerviosa en el vídeo y puse en marcha aquel archivo de poco más de tres minutos de duración.

El escenario era un campo de fútbol. Empezó a sonar la melodía más famosa de *El Show de Benny Hill* e, igualmente, empezaron a aparecer imágenes aceleradas a propósito, como en el famoso *show* que emitían en España en los 90. Fotogramas repetidos una y otra vez con Héctor como protagonista y captado en las situaciones más absurdas, o con los gestos más grotescos. Caídas aparatosas, muecas, fallos con el balón, patadas al aire, saltos tratando de golpear con la cabeza el balón y que congelaban en la pantalla cuando el rostro aparecía más deformado por el esfuerzo del salto.

Aquel vídeo terminaba con un fotograma fijo, con el rostro de Héctor con todos los músculos de la cara en tensión y abajo escrita la leyenda: «HÉCTOR, BALÓN DE BARRO».

Ni siquiera sabía que Héctor hacía deporte. Tampoco se lo había preguntado, pero estaba claro que alguien había puesto aquel vídeo en circulación para humillar al chico. Pulsé el segundo.

El escenario era el aula de Ciencias del instituto, en la que se encontraba la clase de Héctor. Una voz femenina, distorsionada a propósito, preguntaba las notas del último examen de Anatomía a los alumnos uno a uno.

—Un dos —decía uno de los chicos. El resto gritaba: «¡Bien!».

—Un cuatro —decía otro, y el grupo, cada vez más alto y entre risas, repetía: «¡Bien!».

—No presentado, no me dio tiempo a terminar —dijo una chica. Y volvían a gritar: «¡Bien!».

—Un cinco con cinco —dijo uno agachando la cabeza, y el resto: «¡Buuuu!».

Así fue recorriendo la cámara cada silla del aula hasta que quien estaba grabando, dijo:

—Y el ganador del examen de Anatomía con un siete y medio es... es... es ¡Héctor!

Y la cámara enfocó un pupitre en el que habían sentado el esqueleto de prácticas del aula, con la cazadora de Héctor que tantas veces le vi vestir y un bonete de graduación en la cabeza. Todos aplaudían y reían mientras en pantalla aparecía un primer plano de la calavera con bonete y la macabra sonrisa que esbozaban aquellos huesos. Se hizo el silencio y la voz distorsionada sentenció: «Héctor, estás muerto».

Se me erizaron los cabellos. No sé si fue la voz distorsionada, el tono de amenaza, o ambas cosas juntas, pero quien había dicho aquello transmitía un odio impropio de gente normal y, no sé por qué, sentí miedo. Sin ser demasiado aficionada al cine de terror me vino a la mente *¿Quién puede matar a un niño?* de Narciso Ibáñez Serrador —película que vi en una ocasión en los 90—, y sentí pavor al pensar en qué se estaban convirtiendo algunos de los jóvenes de ahora.

Inmediatamente pulsé el tercer vídeo temiendo encontrar en él algo peor de lo que había visto en los dos anteriores. Imágenes como tantas otras que eran noticia desgraciada en los informativos o que circulaban a la velocidad de la luz por las redes sociales: verdaderas turbas cebándose a golpes con indefensos chicos, mientras la mayoría grababa con sus teléfonos móviles la «hazaña» o incitaba a los agresores a que se empleasen con más violencia, proponiendo,

incluso, la clase de castigo que debían aplicar. O vídeos en los que un pobre profesor que daba clase recibía en la cabeza un objeto lanzado desde las sillas del aula y se desplomaba para regocijo de la clase. Jóvenes acercándose a un mendigo que dormía en un banco, le rociaban de gasolina y le prendían fuego con el único objetivo de grabar el mejor vídeo que colgar en las redes...

Aquel archivo no contenía nada que tuviese que ver con Héctor. En él aparecían amaneceres y atardeceres idílicos con textos que alababan la amistad y ofrecían la promesa de que sería eterna; mares con las olas llegando plácidas a la arena de la playa; ríos de aguas cristalinas y trinos de pájaros de fondo, ofreciendo un mundo que, con las imágenes de los otros dos vídeos en la memoria, desde luego era, a todas luces, irreal.

Cerré los archivos del teléfono y fui directa al aula de Héctor. Toqué la puerta para anunciarme y la abrí.

—Disculpa, Rafael. ¿Puede salir Héctor un segundo? —le dije al profesor.

—¿Héctor López? No ha venido hoy, Isabel. Debe estar enfermo.

Miré hacia su asiento vacío y esboqué un gesto de preocupación. Desde el fondo de la clase, Rebeca dijo en voz alta:

—Seguro que se ha quedado en los huesos.

Y la clase rio con ganas la ocurrencia de la chica.

Miré hacia Rebeca seriamente mientras las risas se iban apagando poco a poco, y no dejé de mirarla hasta que cesaron del todo. Después me acerqué a la chica, agaché la cabeza hacia su oído para que solo ella escuchase lo que iba a decirle y en tono serio le susurré:

—Pues espero que eso no le ocurra nunca, porque si le pasa algo a Héctor te juro que iré contra ti con todo el peso de la ley. Y sí, es una amenaza, pero no la vas a poder demostrar.

Dejé a la chica en su asiento con una mueca de miedo en el rostro y salí del aula. Lo tenía claro. Iría a casa de Héctor aquella mañana. La visión de los vídeos me había generado demasiada intranquilidad como para dejar pasar un día más sin hablar con él y, de paso, con alguno de sus padres. Aquello había que cortarlo de raíz, a pesar de que tenía claro que, de hacerlo, mis horas en el Esperanza Cuadra estaban contadas.

Domicilio de Héctor López, (Madrid).

11:00 a.m

La casa de Héctor, en la calle Maqueda, estaba apenas a diez minutos andando desde el instituto. Esperé hasta un poco antes de las once, hora del descanso, y salí en aquella dirección. Pulsé el telefonillo de su casa y esperé. Nada. Volví a pulsar un par de minutos después y se escuchó el ruido de alguien al descolgar.

—¿Quién es? —dijo una voz profunda y con tono de cierto enfado.

—¿Es la casa de Héctor López?

—Sí, ¿y usted es...?

—Perdone. Soy Isabel, la orientadora del instituto. Pasaba por aquí —mentí— y al recordar que Héctor no había ido hoy a clase he llamado para ver cómo estaba. ¿Está bien?

—Sí —me respondió la voz al otro lado del telefonillo—. Bueno, no precisamente. Ha pasado mala noche, tiene un poco de fiebre y...

—¿Puedo subir a verle? —le interrumpí.

Tras unos segundos de silencio —que se me hicieron eternos— y sin contestar a mi pregunta, oí el ruido del mecanismo al abrirse la puerta. Pulsé el 6 en el ascensor y este empezó a subir. Mientras en la pantallita iban sucediéndose los números que indicaban las plantas, se dispararon los malos presentimientos que llevaba al dirigirme allí sabiendo que había faltado simplemente por enfermedad, y aparecieron los de la duda de saber qué tipo de persona iba a encontrar en ese padre del que ya tenía fabricado un perfil, por las situaciones que Héctor me había contado que había vivido con él.

Se paró el ascensor y salí al rellano. La puerta de la casa de Héctor estaba abierta. Pulsé el timbre.

—Pase. ¿No ve que está abierto? —me dijeron desde dentro.

Entré. El *hall* estaba amueblado con una percha sombrero que prácticamente ocupaba toda una pared de la entrada. Tenía aspecto de ser una pieza de al menos el siglo XIX, si no más antigua. Reparé en que solo había abrigos masculinos, pero no le di mayor importancia.

Al final de un largo pasillo se adivinaba una estancia más amplia y muy luminosa. Me dirigí hacia ella. Al entrar vi de espaldas a un hombre completamente calvo, de unos cuarenta y pico años, sentado en un sofá de dos plazas tecleando rápidamente en su portátil, apoyado en una mesa de centro rectangular. Sobre ella, dos teléfonos móviles y uno fijo inalámbrico.

—Buenos días. Gracias por...

—Por ese pasillo, la segunda puerta de la izquierda —me cortó señalando en una dirección, sin la más mínima consideración.

Pensé que aquella escena confirmaba lo que el chico contaba de su padre, de su actitud arisca con la gente, su obsesión por el trabajo, su —¿por qué no?— falta de educación.

Me paré a su altura y, al mirarle para volver a darle las gracias por su hospitalidad, reparé en él. Tenía el pelo rapado, igualando con maquinilla la parte de la nuca y de las sienes lo que el paso del tiempo había eliminado de forma natural. Apuntaba una barba de no haberse afeitado desde el día anterior. Era muy atractivo. Me miró y entrecerró un poco los ojos, como si desde aquella distancia no enfocase bien a quien tenía delante. Puso un gesto de sorpresa y preguntó sorprendido:

—¿Gafas?

Aquel apodo... ¡Cuántos años sin escuchar aquel apodo! Al reconocerle, mi gesto se volvió serio en un segundo. ¡Era él!

—Vaya sorpresa. ¿Verdad, Juan? —le dije con cierta ironía.

Se levantó atropelladamente y, sin esperármelo, me abrazó. Extrañamente sentí mucha ternura en aquel abrazo, como si Juan hubiese estado huérfano de ellos desde hacía mucho tiempo y toda aquella ternura acumulada se hubiera descargado en el que me estaba dando. Durante esos instantes me vinieron a la mente recuerdos del pasado, imágenes de momentos felices, del rubor que sentía al mirarle cuando era aquel adolescente guapo y volvía locas a las chicas del colegio. De repente, la imagen de una hoja con la preciosa caligrafía de Marta se coló en mi cabeza, me despertó de aquella especie de ensoñación y me transportó a la cruda realidad que vivimos en 1990. Suavemente, le retiré los brazos.

—No... no sabía que trabajabas en el barrio —me dijo recuperando la compostura—, y mucho menos que eras la orientadora del «Esperanza».

—Ni yo imaginaba que tú eras el padre de Héctor —respondí—, aunque, si te digo la verdad, tampoco equivoca la descripción que me hizo de su padre.

—Espero que te haya hablado bien de mí —apuntó con una sonrisa de circunstancias—.

Ha estado conmigo desde que me separé de su madre. Sorteamos: a mí me tocó Héctor y a ella mi hija Ana.

—Digamos que sí. Me ha hablado de ti —le dije sin querer desvelar nada de sus conversaciones conmigo.

—La vida te ha tratado bien, Gafas. Perdón, Isabel. Estás más atractiva aun que cuando éramos unos mocosos. Y sin embargo, mírame a mí: sin pelo, saturado de trabajo... solo.

—Salvo el pelo, que cae sin que nada se pueda hacer, el resto de nuestras circunstancias son producto de nuestros actos —le dije seriamente. Sentí cierta lástima al ver que agachaba la cabeza. Carraspeé—. ¿Te importa si entro a verle?

—¡Claro, entra! ¿Quieres un café o un té? —me ofreció.

—Té con unas gotas de leche, gracias.

—Isabel —me dijo retomando el gesto triste que le dejó mi afirmación un minuto antes —, me preguntaba si después de verle podríamos hablar un rato del pasado. De Marta. De aquellos días que, aunque no lo creas, igual que provocaron su muerte, morimos un poco cada uno de nosotros.

—Está bien, Juan. No sé qué quieres contarme. Espero que seas sincero y me cuentes solo la verdad. Créeme que, precisamente, estos días estoy sabiendo la verdad de Marta.

—Yo te aclararé la nuestra —sentenció.

No fue difícil encontrar la puerta de la habitación de Héctor. Estaba forrada con un póster de vinilo adhesivo, con una foto suya en primer plano vestido de futbolista a punto de golpear un balón sobre el verde tapiz de un campo de fútbol, con el campanario de una iglesia al fondo. A diferencia del gesto que fijaron en el vídeo que llegó a mi móvil, en la fotografía de su puerta se apreciaba el innegable atractivo del chico. Tenía el gesto tranquilo, a pesar del esfuerzo que iba a realizar después de que tomasen la instantánea, como si en esa otra vida de deportista hallase la paz que no encontraba ni en el instituto ni en casa.

Di tres toques leves a la puerta.

—Estoy cansado, papá. Ya te he dicho que no me apetece tomar nada.

—Soy yo, Isabel. ¿Puedo pasar?

Se hizo el silencio unos segundos.

—Espera —me contestó mientras se oía el ruido de trajinar con cosas dentro de la habitación—. Pasa.

El chico estaba en la cama con el edredón tapándole hasta el cuello. Sonreí al descubrir que no había ocultado debajo de ella, tan bien como pretendía, los trastos que tuviera desordenados. La habitación, con una gran ventana de dos hojas, me sorprendió por la nula decoración habitual en las estancias de los adolescentes y, gratamente, por la enorme cantidad de libros que contenía. Dos de las cuatro paredes tenían una estantería corrida abarrotada de libros y cómics, incluso en la rinconera. Coronando la estantería, numerosos trofeos deportivos.

En la pared del ventanal había una mesa de estudio con un ordenador y alguno de los libros de sus asignaturas. No tenía televisión, consola de videojuegos ni otros aparatos, tan comunes en esas edades. A cada lado del ventanal, una fotografía ampliada y enmarcada. En la de la izquierda se veía un parque con la Torre Eiffel al fondo y en la de la derecha, un Héctor más joven levantaba el pulgar y sonreía. Detrás se apreciaba un circuito urbano de Fórmula 1, con un puerto y el mar de fondo con el nombre del lugar escrito debajo: «Valencia».

Junto a la mesa de estudio había una mesilla cajonera con un flexo articulado encima, su teléfono móvil cargando y un libro cuya portada era un «12» llenándola por completo.

—¿Qué tal estás, Héctor? —pregunté—. He pasado por tu aula y me han dicho que no habías ido. Tenía cosas que hacer cerca de aquí y he decidido pasar a verte.

—Una mala noche, nada más —me respondió con cierta desgana.

—Mira, te dije que no iba a mentirte nunca. Acabo de hacerlo y te pido perdón por ello. La verdad es que me han llegado dos vídeos a mi teléfono desde un número desconocido y al verlos he ido a tu aula para hablar contigo. Como no estabas en clase he pensado...

—¡Bienvenida al videoclub! —me interrumpió—. Lo raro es que no te hayan llegado antes. Tiene veintiséis mil visitas en YouTube el de mis «hazañas» en el fútbol, y tres mil el de mi nueva imagen, digamos, más estilizada. Ya te dije que hacía tiempo que no llevaba el móvil conmigo. ¿Para qué? ¿Para darles la satisfacción de que me vean enfadado por sus gilipolleces? ¿Conoces mi cuenta de Facebook? ¿Te ha dado por mirarla? Hace tiempo que dejé de entrar en ella, harto de borrar *memes*, vídeos, comentarios... eso sin contar lo que llegaba a mi WhatsApp.

—No —respondí—. No tengo cuentas en redes sociales.

—La fuerza se les escapa por la boca. Mejor dicho, por los textos —me dijo con una seguridad que me dejó asombrada—. Las amenazas que creen que me acojonan se topan con mi indiferencia. ¿Miedo a qué? ¿A la muerte? Todos moriremos algún día. ¿Al dolor? El dolor físico que puedan hacerme no será mayor que el que siento con muchas de las patadas que recibo jugando al fútbol. Un paso más sería cometer un delito, y son «cortitos» pero no tontos.

—¿Y no crees que tienes cierta responsabilidad con el resto de los chicos? —le dije—. Me refiero a que aquellos que te están haciendo esto, probablemente se lo estén haciendo a otros, o se lo harán cuando se cansen de ti. Si no lo paramos a tiempo, si no denunciemos cosas como esta, ganan ellos.

—Ganar, perder. ¿Quién calibra eso? ¿Ganan pensando que acosándome me joden la vida? ¡Pierden con mi indiferencia! Me importa un bledo lo que opinen los otros alumnos sobre mí. Si soy raro, un friki, feo, listillo, me da igual. Es un pulso. Ellos su violencia y yo mi pasividad. No pienso darles la satisfacción de que sientan que todo esto me afecta, aunque me joda cuando estoy solo entre las cuatro paredes de esta habitación.

—Te entiendo, Héctor. Me refiero a que no responder con violencia a su violencia te ennoblece. Verás. Creo que deberías hablar con tu padre y que te cuente cosas del pasado. No siempre acaba todo bien sin hacer nada. Dejar las cosas estar no siempre es la solución.

—¿Qué sabrás tú del pasado de mi padre! —exclamó con cierto desdén.

—Hazme caso, Héctor. Busca un momento y habla con tu padre. No puedo decirte nada si antes no hablas con él. ¿Te veré mañana en el instituto?

—Hasta mañana —se limitó a contestarme.

Unos segundos después de volver al salón, Juan entraba con una bandeja con dos servicios de té y un azucarero.

—Por favor, siéntate.

Le di las gracias y me senté en una esquina de aquel cómodo sofá.

—¡Vaya, vaya, Isabel! ¿Quién iba a decirme que nos reencontraríamos tantos años después?

—Por la vida hay que caminar sin dejar deudas, no sea que te encuentres al acreedor en otro tramo del camino —le respondí irónicamente. Volvió a agachar la cabeza y me disculpé—. Lo siento, Juan.

—No, no te disculpes. Tienes toda la razón. Era un capullo. Quizás no he dejado de serlo nunca, al menos eso creo que piensa él de mí —dijo señalando hacia las habitaciones—. Marta... —prosiguió después de hacer una breve pausa mientras su mirada se perdía en un lejano lugar en el tiempo para volver cargada de una mezcla de melancolía y tristeza—. No he dejado de pensar en ella un solo día desde que se suicidó. Quizás mi vida ha sido un caer por una cascada interminable desde entonces, agarrándome de vez en cuando a algunas de esas plantas que crecen horizontales entre las rocas: mi boda, mis hijos, un negocio que no para de crecer. Me siento viejo, Isabel —sentenció con la voz rota al borde de las lágrimas—. Ya no tengo fuerzas y mis manos se resbalan de las ramas. Divorciado, mi hija casi no quiere ni verme, Héctor hace años que no me da ni un beso, y ahogo mis penas en el trabajo porque de joven ya las ahogué peligrosamente en el alcohol.

—Recuerdo habértelo dicho después del entierro de Marta. No fueron simples bromas de adolescentes —le recriminé—. Las consecuencias fueron terribles. Además, no tenemos derecho a calibrar lo que a otra persona pueda ofender o no. Una simple frase mal dicha o fuera de lugar puede hundir a la persona a la que estaba dirigida.

—Se nos fue de las manos, Isabel. La situación, Kike... ¡Ah, Kike! Nos resultaba repulsivo en medio de ese «endiosamiento» en el que vivíamos. Vulnerable y sin personalidad, nos aprovechábamos de sus debilidades y le puteábamos por todo. La cantidad de veces que le vimos llorar de impotencia... ¡Ese era nuestro triunfo! ¿Puedes creerlo, Isabel? Nuestro triunfo era hundir a otro ser humano que nunca nos hizo absolutamente nada. Simplemente ser gordo, patoso y estar solo sin tener culpa de ninguna de esas cosas.

Juan desvió su mirada de la mía con la excusa de echarle el enésimo terrón de azúcar a una taza que ya tenía más sólido que líquido. Un terrón que echaba por cada vez que cualquiera de las frases que decía le avergonzara. ¡Y ya eran tantas...! Sin dejar de remover nerviosamente aquel engrudo con la cuchara, continuó hablando.

—Me gustabas, Isabel. Me gustabas mucho. Me llamaba la atención no solo el físico, sino la inteligencia y la personalidad que tenías. Eras la única chica con la que habría salido intentando que la cosa funcionase. Me creía el puto amo. Pensé que, por mi cara bonita, igual que todas las chicas estaban por mí, te tendría comiendo de la palma de mi mano...

Se le escapó una lágrima. Giró la cabeza y se la secó con una servilleta.

—¡Te quería, joder! —continuó apretando los puños y tensando la mandíbula, haciendo que el roce de sus dientes me provocase escalofríos—. Pero en lugar de ser un tío normal era un estúpido engreído, y toda la retahíla de adjetivos de la canción esa de la Jurado. Me dolió tu negativa a salir conmigo. Traté de que Marta provocase algún encuentro, pero ella era igual de fuerte que tú y defenderte se convirtió en su sacrificio.

Tomó un sorbo de la pasta que había en su taza y volvió a secarse los ojos vidriosos. Me miró de nuevo y continuó su relato.

—Aburridos de putear a Kike, le dejamos en paz. Ya no nos divertía y aceptamos que viniese de vez en cuando con nosotros. Pero a Felipe se le ocurrió la «brillante» idea de que Kike tratara de camelarse a Marta y, si lo conseguía, le haríamos una broma sublime. «La broma del siglo». Kike estaba enloquecido; yo creo que fue porque quería demostrarnos que era apto para ser uno más del grupo...

—O porque una víctima de acoso recrudece sus acciones si se convierte en acosador —le interrumpí—. Soy psicóloga, sé cómo funciona todo esto.

—¡Vaya, psicóloga! —dijo—. La verdad es que te pegaba que estudiases algo así. En fin.

Kike consiguió acercarse a Marta y tuvo la suerte de que esta le correspondiese. Decidimos dejar de hacerle putadas a la chica en espera de que Kike nos dijera cuál era su broma definitiva. Cuando nos dijo lo de grabar el vídeo, lo recibimos con jolgorio... sin calibrar las consecuencias. Y las consecuencias fueron... fueron... —Y rompió a llorar. Las lágrimas salían con la misma intensidad con la que se descargó la ternura que tenía acumulada en aquel abrazo con el que me recibió. Unos segundos después sentenció mientras se secaba los ojos—. Bueno, ya sabes las que fueron.

Juan terminó de secarse las lágrimas, se sonó la nariz y, algo más entero siguió hablando.

—Después, cuando pensamos que se nos iba a caer el pelo tras la muerte de Marta, nos llamó Ricardo Parrón, el director, a su despacho. Allí estaban nuestros padres, también el abuelo de Felipe —que era policía— y, tras prometer que se habían acabado las bromas y que ya no se hablaría nada más sobre lo de Marta, lo dejaron estar.

Se quedó en silencio mirando hacia la pared que tenía enfrente y, con el minúsculo hilo de voz que le permitía el nudo que se le había hecho en la garganta, susurró:

—Lo siento, Isabel. Lo siento.

—¿Quieres redimirte de una vez por todas?

—¿Cómo? Ya nada puede hacerse.

—¡Cuida de Héctor! —exclamé—. Habla con él antes de que la vida para él sea igual de dura como lo fue con Marta. No llores por los que ya no están y lucha por los que tienes al lado. No te lo aconsejo, ¡te imploro que lo hagas! No solo somos dueños de nuestra propia vida. También somos las consecuencias de nuestros actos. No podemos, ¡no debemos! ignorar a los que nos rodean. No dejemos que, como con Marta, todo llegue demasiado tarde.

—Está encerrado en su mundo, Isabel, en sus silencios. No soy capaz de atravesar ese caparazón con el que se cubre.

—Porque cuando se acercó a ti la primera vez se encontró con tu propio caparazón. Mira, Juan, de igual forma que desde hoy no pienso volver a pedirte cuentas del pasado, no te quedes con los silencios de tu hijo. ¡Entra en ellos! Ofrécele la confianza que hasta hoy no ha tenido de ti. No pretendas ser su amigo porque no lo eres. Eres su padre, el mismo que, supongo, le hizo la foto en la que aparece feliz en las carreras. Vuelve a llegar a él hasta ese punto de complicidad. Es un gran chico, no dejes que termine marchándose afectivamente de ti.

Me levanté del sofá. Juan seguía mirando hacia la pared. Noté claramente cómo se cerraba una puerta al final del pasillo. Si Héctor había escuchado nuestra conversación, al menos podría servirle para reflexionar y denunciar finalmente su situación. Me acerqué a Juan, agaché la cabeza y le di un beso en la mejilla. En ese instante otra lágrima cayó de los ojos de aquel hombre herido. Una gota sanadora que le dio algo de una paz que desde hacía años estaba buscando.

—Cuídate, Juan —le dije mientras salía.

—Cuídate, Gafas —me respondió.

En el ascensor, mientras pulsaba el cero, sonó la alerta de WhatsApp. Lo miré. Un mensaje del mismo número desconocido que me había mandado los vídeos decía lacónicamente:

«Está bien, lo haré».

Contesté a continuación:

«Gracias... Héctor».

*IES Esperanza Cuadra, (Madrid).
23 de febrero de 2018*

Finalmente, después de cuatro días en cama por aquel simple —aunque incómodo— catarro, el viernes volví a ver a Héctor en el patio del instituto durante el descanso. Había guardado en mis contactos su número de teléfono, después de constatar que era él el «informante anónimo» y no cualquiera de aquellos chicos con ánimo de continuar humillándole.

Durante la semana le enviaba mensajes cortos de WhatsApp con la intención no solo de preocuparme de su estado de salud, sino también para que meditase la forma de denunciar el acoso al que estaba siendo sometido, si es que tenía la certeza de quiénes estaban llevándolo a cabo.

Comprobé que de nuevo llevaba al instituto su teléfono móvil, pues lo miraba de vez en cuando, a medida que le llegaba alguna alerta. Cerraba el acostumbrado libro sobre una mano y manipulaba el aparato con la otra. Por sus gestos comprobé que, o no eran mensajes preocupantes o no les daba la mayor importancia.

Unos minutos antes del final del descanso miró hacia mi ventana. Al verme me hizo un gesto de saludo al que correspondí. Después sacó su teléfono y escribió algo. Al instante sonó una alerta en el mío. Lo cogí de encima de mi mesa y leí:

«Gracias por hablar con mi padre. Me ha contado cosas. Ahora lo entiendo todo. Te prometo que el lunes les paramos los pies. Dame el fin de semana para pensar bien cómo hacerlo».

Le contesté:

«Gracias a ti por tu valentía. Alguien ha de dar siempre el primer paso para que cambien las cosas. Que tengas buen fin de semana. Chao».

Sonó la sirena que ponía fin al tiempo del recreo. Cerró su libro, volvió a mirar hacia mi ventana y, con el mismo gesto alegre que había visto en la fotografía de su habitación, alzó el pulgar de su mano derecha. Le respondí de la misma forma.

Al comprobar que Héctor había tomado la decisión adecuada, pensé en Marta y en su diario. No sabía cómo calificar el sacrificio que había hecho por mí con su silencio. Nos contábamos todo. ¡Todo! Y ya no sabía si había pesado más que creyese que yo estaba por Juan o que ella se estuviese enamorando de Kike. Cualquiera de las dos opciones, de haberlas compartido conmigo, al menos habrían tenido una respuesta acorde a su verdad y a la mía, y no a la que ella hubiera imaginado. Y, probablemente, el final de aquel episodio hubiera sido distinto.

Me sorprendió sentirme dolida con ella, porque no lo había estado en los veintiocho años que habían pasado desde que acabase con su vida. Pensé en la palabra «cobarde». Cobarde por escurrir el bulto y dejarme sin ella para siempre. De inmediato deseché la idea de seguir juzgando

los actos de una adolescente enamorada por primera vez en su vida. Era solo mi versión, la de los que nos quedamos cuando los que queremos nos dejan, de forma natural o precipitadamente. Ante la muerte de alguien cercano, las lágrimas suelen ser más por el egoísmo del «Qué será de nosotros sin ellos» que por la cruda realidad de que ha acabado su historia en este mundo.

Unos golpes en la puerta de mi despacho me sacaron de aquellos pensamientos. Era la secretaria del instituto.

—Una carta de dirección para ti, Isabel —me dijo tan seria como siempre.

—¿La nota para el IRPF? —bromeé tratando de que borrara su gesto acostumbrado.

—No leo las cartas que no son para mí —me contestó sin cambiar el gesto—. Pero me temo que esto no tiene nada que ver con el señor Montoro.

Dejó la carta encima de la mesa y, sin despedirse, se marchó dejando mi puerta abierta.

Sin abrirla imaginé su contenido. Antes de aquel sobre solo había recibido otro. Fue en 2008 y en la carta me proponían aceptar un contrato fijo. O mucho me equivocaba o en aquellas hojas no había otra cosa que mi despido. Había cruzado la línea roja y no lo iban a permitir.

Madrid, 23 de febrero de 2018.

A/A Isabel Sáiz de Lerma.

Por la presente le comunicamos que el próximo día 9 de marzo de 2018 dejará de prestar sus servicios como ORIENTADORA del Instituto Esperanza Cuadra del Patronato de la Empresa.

Le agradecemos la dedicación a esta institución todos estos años y confiamos en que, en breve, pueda desempeñar su labor en otro centro con la misma eficacia que en este.

Atentamente:

Santiago Torres.

Quince días, los que la ley obligaba para comunicar un despido. En una lacónica nota finiquitaban los últimos dieciséis años de mi vida. Me había convertido en alguien incómodo para el prestigio del instituto. ¿Cómo iban a consentir que alguien lo pusiera en entredicho?

Curiosamente no me dolió el hecho del despido. Ni siquiera me sentí traicionada por ello. Me dolía que antepusieran el supuesto buen nombre de la institución a la posibilidad de que uno de aquellos chicos, si no más, estuviese siendo sometido a un acoso brutal e implacable por parte de otros alumnos. Y no pensaban mover un solo dedo por cambiar aquello. Tenía quince días por delante para hacer algo, y desde luego sería sonado. No sabía entonces que no iban a ser necesarias mis acciones para que el Esperanza Cuadra se convirtiese en noticia de apertura de todos los informativos unos días después.

Domicilio de Isabel Sáiz de Lerma, (Madrid).

25 de febrero de 2018.
22:15 p.m.

Aquel domingo por la noche me tumbé en la cama con una mezcla de sentimientos encontrados. Virtudes y Carlos me habían llamado para comunicarme que el viernes anterior habían firmado en el notario la venta de la zapatería a la última persona que se interesó por ella. Me dijeron que debían ausentarse unos días para solucionar parte del papeleo. Por un lado, me alegré de que Carlos dejase de refugiarse allí para evocar épocas que ya nunca iban a volver. Por otro, sentía la pena de que ya no volvería a ir a que el aroma del cuero del calzado animase mi espíritu en las horas bajas.

Solo la noticia de que habían reservado un viaje que empezarían el domingo día 4, pocos días después del aniversario de la muerte de Marta, hizo que el fin de semana terminase para mí con la alegría de ver que se sentían con ganas de disfrutar de nuevo la vida. Prometí ir a comer con ellos el jueves y después a la misa de aniversario, antes de ese viaje.

En la cama, antes de dormir, cogí el bloc de tapas rojas con intención de llegar hasta el final de lo que quería contarme mi amiga. Era un trago duro, pero debía pasarlo de una vez para, al igual que Virtudes y Carlos, dejar de mirar el pasado con deudas. Cerrar aquel capítulo. Quitar la imaginaria cazadora con parches que tenía a la entrada de mi corazón. Miré la misma foto en el ferri a Ceuta que ambas conservábamos, tragué saliva, abrí el cuaderno y me adentré en el relato que ella había escrito de sus últimas horas con vida.

Madrid, 27 de febrero de 1990.

De esto no me había hablado Sergio el de la farmacia, Lerma. No te lo digo para que te sientas culpable, aunque sé que lo harás, y desde luego no quiero que vayas a pedirle cuentas al pobre farmacéutico. ¿Qué iba a saber él de mis intenciones?

Cuando el domingo me pediste que fuese a la farmacia de guardia, con ese humor que se te pone cuando estás mala, le dije a Sergio que me diese otra cosa que no fuese Couldina porque las medicinas efervescentes te dan náuseas, y bromeé diciéndole que mejor me diese Trankimazin para obligarte a tragar todas las pastillas de la caja y así mandarte al «otro barrio» para que dejaras de dar la lata.

El farmacéutico sonrió por mi ingenuidad y por la ignorancia que tenemos con las medicinas. Me explicó que era realmente difícil que una adolescente muriese por sobredosis de benzodia... no sé qué, un nombre raro, primero porque va con recetas y segundo porque tienen que ser tan altas las dosis que ningún farmacéutico en su sano juicio vendería esas cantidades, ni a una adolescente ni a nadie. Después de recomendarme que lo mejor era que volvieses al médico a que te recetase grageas, se puso serio y me explicó que con lo que realmente debíamos tener cuidado es con algo tan aparentemente inocuo como el paracetamol. Que no se debía abusar de él porque, de hacerlo, podíamos destrozarnos el hígado e incluso provocarnos la muerte en pocos días.

Al final, después de suplicarle, me dio la caja que te llevé el domingo y me dijo antes de marcharme:

«La duración de un catarro sin medicinas: siete días. La duración de un catarro con medicinas, los mismos siete días porque no curan el catarro, disminuyen los síntomas, nada

más. Nada de tonterías con los medicamentos».

Ayer empecé a curar con paracetamol mis males. Abrí la hucha donde guardo los ahorros para el verano. Después de lo del video, desde luego no tenía ninguna intención de volver a clase, y recorrí todas las farmacias de Aluche. En cada una compré una caja de paracetamol. No sé cuántas pastillas son, pero me fui a la cama sin cenar y solo me he alimentado de ellas y el agua que he bebido para tragarlas.

Hoy he repetido la operación. Aunque me arde el estómago, me he ido andando al barrio de Campamento, al otro lado de la carretera de Extremadura, y he vuelto a recorrer cada farmacia. Supongo que es porque ya está empezando a comerme por dentro o que el empacho no me permite meter ningún alimento en mi organismo, pero tampoco he comido nada. Solo vomito.

Esta mañana me ha pasado algo cómico y trágico a la vez.. He vuelto de Campamento con mi mochila y me he sentado en un banco del Parque Aluche. Entre vómito y vómito veo aparecer a Kike. Trato de salir corriendo. Me grita para que le espere. Sigo corriendo y, por culpa de la debilidad que tengo, me he caído de boca al suelo. Se ha acercado y le he apartado la mano de un golpe cuando ha intentado levantarme. Finalmente, sin poder casi ni moverme, me ha agarrado y me ha sentado en otro banco.

Me ha dicho que llevaba buscándome desde que salí corriendo de clase para explicarse. Una arcada, dos y le vomito en el pantalón. ¡Se lo merecía, Lerma! Ni siquiera se ha molestado en limpiarse la mezcla de espuma y agua que le he echado. Que le disculpase, me dijo. ¿Que te disculpe? ¡Me has jodido la vida! Esa vida que se me escapa en cada vómito, esa de la que te llevas una parte en la pernera del pantalón. No lo laves si no quieres y me tendrás siempre contigo. Esa parte de mí es todo lo que te va a quedar en pocas horas. ¡Seré un fósil en tu pierna cuando lo vistas!

No paro de sudar y, sin embargo, tengo frío. Al verme temblar se ha quitado la cazadora y ha tratado de ponérmela encima. La he quitado de un manotazo. Ya sé a qué sabe la traición. Es el mismo sabor de la bilis que sale en cada uno de mis vómitos, que deja amargura en mi garganta y dolor en el corazón por el esfuerzo en cada arcada. No. De esto no me había hablado Sergio con su amable sonrisa, pero ya no hay vuelta atrás.

La excusa de Kike para joderme la vida fue que le costó muchas humillaciones hasta que esos tres estúpidos dejaron de putearle. Que todo esto ha sido para defenderse de ellos y dejar de sufrir. Mejor con ellos que contra ellos. Yo fui una especie de prueba de machotes de esas de «¿A que no hay huevos...?». Que soy un daño colateral en su salvación, pero que ahora que ya tiene sus respetos, nuestra relación puede seguir adelante. Que me quiere. ¡Ha dicho que me quiere! ¡El muy HIJO DE PUTA dice que me quiere! He cogido mi mochila y le he dejado en el banco del parque sin decirle absolutamente nada. Si eso es verdad quiero que piense el resto de sus días en lo que va a provocar. Que cargue con mi despedida en sus espaldas orondas. Que el último recuerdo que le quede sea que le he regalado a vómitos un trozo de mí.

Madrid, 28 de febrero de 1990

El final se acerca, Lerma. ¿Sabes que realmente uno se da cuenta de que está acabando su paso por la vida? Tu cuerpo deja de ser tuyo y si, como yo, el dolor que sentía ayer forma ya tanta parte de él como cualquiera de tus descontrolados miembros (hoy no he parado de tener espasmos), notas perfectamente que ya no tienes remedio.

Nunca he bebido alcohol, ya lo sabes. Esta noche le he quitado a mi padre la botella de JB que tiene por si viene una visita. Sabe raro, pero con suerte calmará un poco todo lo que siento. Más de media botella después me está venciendo el sueño y sigue este ardor quemándome las entrañas. No quería dejar estas notas sin decirte que te quiero como se quiere a una...

Nada más. Ahí acababan sus notas. En las últimas, aquella preciosa caligrafía se había convertido en el garabato de un niño de preescolar donde apenas se adivinaban las palabras. Cerré el bloc y me levanté de la cama. En una caja decorada con papel charol y un lazo rojo — donde Marta metió los últimos zapatos que me regaló el día que cumplí dieciséis años— metí el cuaderno de tapas rojas. Me vino el aroma del cuero del calzado, los recuerdos de nuestros sueños infantiles, nuestras miradas cómplices. Y ya pasada la media noche, cuando iba a guardar en la parte alta del armario aquella caja para no volver a abrirla nunca más, sonó mi teléfono móvil.

Era Héctor. Descolgué.

—Dime, Héctor —dije secándome las lágrimas.

—Soy Juan —contestaron al otro lado—. Héctor ha desaparecido.

*Complejo Policial de Canillas, (Madrid).
26 de febrero de 2018.
8:45 a.m.*

La noticia de la desaparición de Héctor López había llegado de inmediato al despacho de Nicolás Romero. A todas las comisarías de Madrid se había enviado una circular alertando de una investigación en curso. En lugar del habitual cartel con fotos de los presuntos implicados, todos tenían una copia del listado de nombres relacionados con el caso Marta Díaz de 1990. De haber denuncia relacionada con alguno de esos nombres, fuese el delito que fuese, debía derivarse de inmediato al Comisario Jefe del Grupo 1 de Homicidios.

La denuncia se cursó a las dos de la madrugada en la Comisaría de Padre Piquer, en el barrio de Aluche. La había puesto Juan José López, el padre del chico desaparecido. Romero habló directamente con el padre de Héctor advirtiéndole de que no hablase nada con nadie que no fuese él mismo o el inspector asignado al caso. En breve le darían las explicaciones pertinentes.

—¿Dónde coño te has metido, Camacho? —le recriminó Romero al inspector en cuanto contestó por fin a la enésima llamada del comisario.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado...! Joder, Camacho. La única vez que te necesito despierto y... y... En fin. Otro de tu lista. Su hijo ha desaparecido. Es Héctor López, el hijo de Juan José López.

Héctor se había esfumado. El equipo del chico solía jugar sus partidos en casa los domingos a las once de la mañana, pero aquel día se habían jugado allí encuentros aplazados de distintas categorías y el único horario libre para disputar el suyo fue de ocho de la tarde a diez de la noche.

Después del partido, su entrenador le había pedido que se quedase un rato para comentar su actuación en el mismo. Hablaron diez minutos a solas, se duchó y se marchó solo, mientras el místico terminaba de guardar el material deportivo. Pasaban las diez y media de la noche y ya nadie le volvió a ver.

—¿Tenéis localizado el teléfono del entrenador? —intervino Camacho en cuanto acabó las explicaciones Romero—. Supongo que sería el último que le viera y...

—Ya le llamé yo y le tengo en la sala de interrogatorios. Vas dos pasos por detrás, joder. Acércate inmediatamente a Rivas. Con suerte seguirá allí el equipo de la Científica. Habla con Iglesias, que te cuente qué tienen, y echa un ojo por si se les escapa algo. ¡Nada a la prensa, Camacho! Si están por allí, ¡na-da!

Veinte minutos después de acabar la conversación con Romero, Camacho tomaba la A3. El viento arreciaba, lo que hacía que tuviese que agarrar el volante con más fuerza de lo habitual para evitar los bandazos. Sobre todo cuando adelantaba a cada uno de los camiones que volvían a su destino después de haber descargado sus mercancías en Mercamadrid y que, al rebasarlos, las leyes de la física hacían que se venciese irremediabilmente hacia ellos. El invierno se había hecho esperar, pero había aparecido en toda su crudeza. Subió el volumen de la música para tapar

los silbidos que se colaban por las milimétricas rendijas que tenía el coche.

El único *CD* que tenía en su Kia granate era el que Serrat grabó en homenaje a sus poetas preferidos, pero Eliseo solo ponía una y otra vez, machaconamente, la canción del poema de Miguel Hernández:

*«Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

*Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte...».*

—¡Jodido camión! —exclamó Camacho cuando un enorme tráiler le obligó a pegarse peligrosamente al quitamiedos, e inmediatamente pisó el freno bruscamente, segundos antes de que aquel monstruo de seis ejes invadiese de manera descontrolada el carril por el que circulaba el inspector. Con el corazón a punto de salirse por la boca, el coche se paró a milímetros de la mediana de hormigón. Con su vehículo calado miró por el retrovisor. El lector del *Compact Disc* había saltado de Hernández a Alberti, y Eliseo temió que la «paloma que se equivocara» fuese cualquiera de los coches que venían a una velocidad endiablada detrás de él. Finalmente, tras una sucesión de chirridos de gomas quemándose en la calzada, las palomas acertaron. Unas pararon, otras lograron seguir volando y aquello no pasó de un susto sin dejar sus plumas en la cuneta.

Eliseo sacó su rotativo azul y lo colocó en el techo del coche. Salió de él y acució con la mano a los vehículos para que no redujesen la marcha. Tras comprobar que el tráfico volvía a ser fluido, montó en su Kia.

—De buena nos hemos librado, Ricardo —murmuró mientras volvía a poner el coche en marcha.

Miró por el retrovisor y, cuando pudo incorporarse sin peligro a la carretera, arrancó. Se desvió en la salida 19 de la carretera de Valencia, pasó por debajo de ella, y en la segunda de las dos rotondas a ambos lados de la vía del metro vio la entrada a los campos de fútbol.

Eliseo Camacho se quedó absorto mirando el nido de cigüeñas que coronaba la estructura metálica con el logotipo del Metro que indicaba la situación de la estación de Rivas Vaciamadrid. Había aparcado al lado. Dos de aquellas aves de estilizadas patas permanecían de pie en el enorme y pesadísimo habitáculo. Algunos de aquellos nidos llegaban a pesar cientos de kilos. Ni el fuerte viento que hacía lograba que moviesen siquiera las patas: quietas, como si fuesen esculturas que coronasen la elevada estructura de hierro.

Aún guardaba en su memoria la portada del disco de Topo que compró después de un concierto en las fiestas de Herrera. Por eso, cada vez que pasaba por una estación y veía el logo, el subconsciente hacía que no leyese «METRO» sino «TOPO» y resonase en su cabeza *Marea Negra*.

*«La contaminación invade la nación,
y no pasa nada ¡¡Todo está bien!!».*

Ver a las cigüeñas allí en invierno le recordó que no iba desencaminada aquella canción de 1982. Ya no emigraban al norte de África y permanecían todo el año en Madrid. Las temperaturas del planeta habían subido algunos grados en los últimos tiempos, y aquella circunstancia, sumada a la cercanía del vertedero de Valdemingómez —que servía a las aves de inmenso economato—, hacía que ya no tuviesen la necesidad de abandonar su nido. El viento arreciaba.

En la fachada de la estación, dos cámaras podrían haberlo grabado todo, pero por su posición le parecía que el campo de visión apenas cubría la entrada y parte del muro de ladrillo. Dudaba de que enfocasen el acceso a las instalaciones deportivas de Casa Grande de las que, supuestamente, salió Héctor.

Las cigüeñas —que por parejas ocupaban los más de quince nidos cercanos a la estación—, parecían ser los únicos testigos de lo que hubiese ocurrido con el muchacho. No las iba a interrogar para saber lo que habían visto. Después del incidente en la carretera, le dolía lo suficiente la cabeza como para no aguantar el crotoar intermitente de aquellas aves. Habría pagado veinte euros por un Gelocatil.

Finalmente, con síntomas de tortícolis debido a los minutos que llevaba mirando hacia arriba, dirigió su mirada de nuevo a la entrada de la estación. Los chicos de la Científica se habrían llevado las cintas para revisar las grabaciones. Había que estar pendiente de lo que aparecía en ellas.

Y ocurrió en un segundo. Iba a echar a andar para dirigirse al Metro a confirmar lo que pensaba del enfoque de las cámaras cuando escuchó un golpe seco a su espalda. Al volverse vio a una de las dos cigüeñas que antes coronaban el poste metálico, encima del techo de su Kia: inerte, con el cuello roto y la cabeza colgando por un lateral.

Pensó que el viento había podido finalmente con una de ellas y al ir a quitarla de allí para comprobar los daños que sin duda habría causado a su vehículo, la otra cigüeña se abalanzó sobre él apartándole la mano violentamente. Movió a su compañera dos o tres veces con el pico. Nada. Lo intentó con una pata. Nada. Finalmente, la empujó por un lateral del coche hasta que aquel cuerpo sin vida cayó al suelo. Después bajó del techo y se quedó quieta, velando el cadáver de la única compañera que tuvo desde el primer celo. El aspecto del plumaje y las zonas sin él llevaron a Camacho a pensar que, simplemente, se le acabó la vida en ese instante.

Eliseo reflexionó sobre que todo ocurría así. Permanecías erguido aguantando los embates del viento y, en un segundo, la vida se te escapaba sin poder remediarlo. Le podía haber pasado una hora antes, parado junto a la mediana, indefenso ante la avalancha de coches que venían detrás. Un golpe seco y...

—¿Ves, Ricardo? —murmuró—. Todo ocurre así. En un segundo acaba todo.

Mirando al ave muerta recordó su infancia, y a los mayores hablando de las cigüeñas del campanario de la iglesia en su Herrera del Duque. Aquellos tiempos, como la vida al cuerpo muerto al pie de su coche, ya no iban a volver.

Marcó el teléfono de Chema Iglesias.

—Buenos días, Iglesias. Oye, ¿habéis visionado los vídeos de la estación de Rivas?

—¿Tampoco has dormido hoy, Camacho? —le contestó irónicamente el inspector de la Científica—. Apenas hace media hora que el equipo ha vuelto de allí. Ve a casa y date una ducha. Desayuna algo y llámame en unas horas. Tengo a los de Tecnológicos mirando cada fotograma desde que volvimos. Ya me dio instrucciones Romero. No te preocupes, que de encontrar algo

relacionado con la desaparición del chico, vas a ser el primero en saberlo.

—Vale, pero que se den prisa —le apremió Eliseo—. Ya sabes que las primeras horas son críticas y ya han pasado más de once.

Apenas acabada la conversación con Iglesias, el teléfono empezó a sonar. Era Romero.

—Dime, jefe —le dijo Eliseo—. Llevo quince minutos en Rivas y el único cadáver que he visto es el de una cigüeña que se ha desplomado sobre el techo de mi coche.

—No estoy para chistes, Camacho.

—Disculpa, Romero. Los de la Científica ya se han marchado. Voy a comprobar el enfoque de las cámaras de la estación, a ver si...

—Pues deja eso —le interrumpió Romero—. ¡Joder con la prensa! ¿Puedes creer que ya tienen montado su *circo* a la puerta del instituto del muchacho? Hay conexiones en directo prácticamente cada cinco minutos y el padre está en primer plano haciendo un llamamiento para que liberen a su hijo, si es que el chico sigue vivo. Se lo advertí. Mira que le dije al padre que no hablase del tema con nadie, pero seguro que esas ratas con cámara y micrófono le han convencido para que lo hiciera. Vete cagando leches para allá y controla a ese hombre. Yo no voy a ir por allí hasta que sepamos algo con certeza. Ya sabes que si me ve la presa me van a crujir, como siempre, y lo que es peor, que van a empezar con sus elucubraciones y teorías jodiendo nuestra investigación, como tantas veces.

—Está bien. Voy para allá. Creo que ya va siendo hora de hablar con el padre y, de paso, con todos los que tuvieron algo que ver con Marta Díaz antes de que se nos vaya de las manos.

—Limítate a decir a la prensa que es una investigación en curso y que nos dejen hacer. Y saca a ese hombre inmediatamente de allí y que espere noticias en casa. ¡Joder, Camacho! A veces se lo ponemos *a huevo* a los malos.

Héctor seguía desorientado. Tampoco supo a qué se debía el intenso dolor que sentía en el vientre, ni por qué había vomitado tanto. Recordó despertar allí, sentado en una dura silla frente a algo con lo que chocaban sus rodillas si las movía, y que alguien a quien no pudo ver le había vendado los ojos y atado las manos a su espalda con algo frío. Las había dejado de mover al sentir que, cuando lo intentaba, lo que las mantenía sujetas le hería las muñecas. Estaba seguro de haberse hecho un buen corte en una de ellas porque sentía la sangre deslizándose por la mano.

Se acordaba de que había hablado con su entrenador y que, poco antes de salir de las instalaciones de Casa Grande, alguien detrás de él le había preguntado algo. Después, su mente se había quedado en blanco y no recordaba ni quién era ni lo que le había preguntado. Tampoco sabía el tiempo que había pasado desde ese momento ni, desde luego, el sitio en el que estaba. Ningún sonido, ninguna cosa que le situase en un lugar. Oscuridad, silencio y aquel dolor que le corroía las entrañas. El ambiente estaba cargado de un olor nauseabundo, producto probablemente de los restos de sus propios vómitos. La sed hacía estragos en su boca. De repente, escuchó jadeos entrecortados y el ruido de una puerta a su espalda.

—¿Quién está ahí? ¡Eh! ¡Ehhh! ¿Rebeca? Si esto es cosa vuestra os habéis pasado de la raya.

A Héctor le costaba hablar por la sequedad que tenía en la boca. Además, aquellas pocas palabras que había podido articular habían aumentado el dolor que sentía. El olor del vómito era tan intenso que le provocó más arcadas. Tomó aire y volvió a hablar.

—Esto es un delito, Rebeca. Secuestrar a una persona y retenerle en contra de su voluntad no es una broma más, si es que todavía creéis que lo que me hacéis en el instituto son simples bromas.

Héctor tanteó con los pies y las rodillas el objeto que tenía delante de él. Le recordó a su mesa del aula.

—¿Me habéis traído al instituto? ¡Cabrones! —gritó mientras se agitaba en la silla tratando de soltarse. Sintió que lo que sujetaba sus muñecas rozaba la herida. Desistió.

—Sé que vais a grabar otro de vuestros vídeos para subirlo a las redes. Esta vez no me voy a callar, Rebeca. No os tengo miedo; nunca lo he tenido. Si pretendíais aislar me en el instituto para que me sintiese mal, solo habéis conseguido que esté solo, pero estoy acostumbrado.

Los pinchazos en el estómago eran cada vez más fuertes. Los esfuerzos que tenía que hacer para hablar le pasaban factura. Tras cada frase, la respiración se le entrecortaba. Por un momento pensó en callar y que terminasen de una vez con aquello, grabasen el dichoso vídeo y le dejasen en paz. Pero había prometido a Isabel que pondría fin de una vez a aquel acoso. Respiró profundamente y volvió a hablar.

—Poned el móvil a grabar, que yo os escribiré el guion. Estos cabrones que me tienen aquí son Rebeca, Sandra, Rubén y Lucas, estudiantes del instituto Esperanza Cuadra. Son los mismos que han subido a las redes todos los vídeos que circulan sobre mí. Desde que empezó el curso han estado humillándome en público y en privado. Me han sometido a un acoso constante por teléfono, WhastApp, Instagram, Facebook o Twitter. —Héctor sintió un nuevo latigazo en el vientre. Hizo una pausa para recuperarse y continuó—. Me han retenido en los aseos del instituto en muchas ocasiones, han hecho un corro rodeándome y me han agredido, aunque piensen que

correrme a collejas delante de todos no es una agresión, que es una broma graciosa, ¿verdad, Rebeca? Me han robado libros, dinero y me han destrozado un teléfono móvil tirándolo a propósito al váter...

Héctor empezó a marearse. Ya no podía aguantar el dolor que sentía en el estómago. Empezó a notar un pinchazo en los riñones y, cuando tomaba aliento para intentar hablar de nuevo, gritaron a su espalda.

—¡Cállate! ¡Cállate una vez!

Sintió que la cabeza le daba vueltas y se desmayó.

*Domicilio de Juan José López (Madrid).
26 de febrero de 2018.
07:45 a.m.*

Había pasado toda la noche en vela con Juan desde que me llamó, recorriendo el barrio por si Héctor se hubiese encontrado a alguien y simplemente se hubiese entretenido, y acompañándole a Padre Piquer a poner la denuncia por la desaparición.

A Juan le alarmó todo desde el principio. Su hijo no había hecho amigos en el barrio, y los únicos con los que tenía relación eran sus compañeros del equipo de fútbol. Pero, antes de que me llamase, él había hablado con el entrenador y este solo le había comentado que había sido el último en salir de las instalaciones después de haber tenido una pequeña charla. El chaval era noble, le dijo el míster, y salvo el primer día en que alabó el gran partido que había hecho, Héctor le pidió que no lo volviese a hacer delante de sus compañeros para que ninguno sintiese menoscabado su esfuerzo. Por eso, cada vez que tenían que hablar algo sobre un partido, se limitaba a decirle que se quedase un rato y se lo comentaba a solas.

Aun así, el muchacho era riguroso en sus horarios, y si por cualquier circunstancia se iba a demorar, marcaba el teléfono de casa y dejaba un mensaje en el contestador. Lo hacía así desde que una vez su padre se enfadase con él por llamarle al móvil mientras este esperaba otra llamada más importante de un cliente al que no podía hacer esperar. El caso es que el contestador estaba vacío y el teléfono móvil lo había dejado en su mesilla. Su míster no supo dar razón de él y era más tarde de lo acostumbrado para que el chico estuviese haciendo algo por su cuenta.

No quise decirle nada aún de los problemas que tenía en clase con algunos de los chicos. No quería generarle más tensión de la que ya tenía. Además, una cosa era aquel acoso, duro e implacable, sí, pero de ahí a que derivase en algo que tuviera que ver con la desaparición de Héctor había un abismo, o al menos yo lo creía. El comisario Romero le había dicho a Juan que asignaría al mejor de sus hombres al caso y que solo debía comentar cualquier cosa con él. Era importantísimo hablar únicamente con ese policía. Tenía muy claro que no iba a despegarme de Juan hasta que no apareciese su hijo, y en cuanto entrásemos en contacto con aquel inspector, les informaría de todo a ambos a la vez por si servía de algo.

Amaneciendo llamamos a la madre de Héctor para contarle lo sucedido y para preguntarle si ella tenía noticias de él. Después conseguí que Juan comiese un par de tostadas después del enésimo café, mientras toqueteaba nerviosamente sus dos teléfonos móviles y el de Héctor, o descolgando el fijo para comprobar que tenía línea. Yo, que siempre fui crítica con la idea de que chicos cada vez más jóvenes tuviesen teléfono móvil, maldije la falta de preocupación o el hartazgo de Héctor por el suyo porque, quizás, de haberlo llevado, podría haberlo usado de sentirse en peligro.

Volieron a mi cabeza aquellos vídeos, las amenazas veladas, la angustia que en ocasiones descubrí en la mirada de Héctor, que realmente no entendía nada del por qué de aquel ensañamiento. Volvió la imagen del ojo ensartado en un bolígrafo Bic como funesto presagio.

Me quemaba estar quieta sin poder hacer nada, viendo el segundero del reloj de carrillón

del salón moviéndose a cámara lenta, con su tictac tediosamente acompasado. El péndulo hipnotizador oscilando de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, y ese sonido de claqueta cada vez que llegaba al tope; o escuchando los golpes nerviosos de Juan con el zapato sobre el parqué, componiendo entre todos algo así como una sinfonía del miedo.

Un poco antes de las ocho de la mañana no pude más. Le pedí a Juan que se diera una ducha y me permitiese ducharme a mí. Aseados y algo más despejados iríamos al instituto por si Héctor aparecía por allí, alguien le había visto y, desde luego, para tener una charla a solas con Rebeca y asegurarme de que ella no tenía nada que ver en todo aquello. Apenas treinta minutos después llegábamos al Esperanza Cuadra.

Entramos al despacho de Santiago Torres y se quedó inquietamente sorprendido al ver que iba acompañada de Juan. Sentí cierta satisfacción al comprobar cómo su gesto mutaba de inquietud a miedo, y pensé que el padre de Héctor debía ser uno de aquellos generosos donantes del instituto, porque se levantó atropelladamente para saludarle.

—Buenos días, Juan —dijo antes de estrecharle la mano—. ¿Qué le trae por aquí tan temprano?

—Héctor —contesté yo para evitarle el trago a Juan— no vino anoche a casa y no es normal en él. Hemos venido por si ha asistido a clase o por si alguien —y remarqué a propósito ese «alguien»— sabe algo de él.

—Ya te dije que este es un instituto tranquilo —se justificó—. Dudo que nadie sepa qué ha pasado con él.

Juan nos miró alternativamente a Santiago y a mí.

—¿Hay algo que no me habéis contado y que debería saber? —dijo adquiriendo un gesto serio.

—Luego hablamos —tercié—. Ya sabes lo que nos ha dicho el comisario Romero —continué dirigiéndome a Juan.

Santiago se puso pálido.

—¿Co... comisario? —tartamudeó.

—Comisario, Santiago —le dije enfatizando ambas palabras—. Héctor ha desaparecido y desde luego no ha sido voluntariamente. Espero que no tenga nada que ver con la conversación que tuvimos la semana pasada o te juro que arderá Troya. Vamos a dar una vuelta por aquí y por los exteriores a ver si aparece. Déjame hacer —dije desviando la mirada a un Juan cada vez más sorprendido—. Cuando sepamos quién es el inspector que llevará todo esto, os contaré todo a los dos. ¿Salimos?

Tenía claro lo que iba a ocurrir a continuación. Lo corroboré cuando en la puerta escuchamos cómo Santiago descolgaba el teléfono y ordenaba a la secretaria que llevase de inmediato a Rebeca a su despacho. Me alegré de despertar en él la preocupación de si su hija podía haberse sobrepasado en unos actos que conocía a la perfección y que, con su silencio e inacción, consentía. Poniendo la realidad sobre el tapete, le sacaba de su zona de confort tras esa mesa y ese cargo para ponerle en modo «padre preocupado» por las consecuencias que las acciones de su hija podían tener y los problemas que, de ser cierto, le iban a acarrear. Antes de cerrar la puerta le miré fijamente a los ojos, y supuse que había entendido con mi mirada lo que en su día no pude hacerle ver con mis palabras.

Habíamos recorrido los alrededores del instituto durante un buen rato, después de comprobar que no había acudido a clase. Nos sentamos en un banco en la acera de enfrente a la puerta de entrada del instituto, impotentes, sin saber qué paso nuevo dar. Juan, con las manos en la

cabeza y los brazos apoyados en las piernas, se iba derrumbando por momentos.

Las palabras de Marta en su diario se colaban irremediablemente en mi cabeza, y su solución final me hacía temblar. No, Héctor era un chico fuerte. A pesar de la tristeza que le generaba el ensañamiento que tenían algunos con él, había crecido creando una especie de callo en el corazón y, aunque sin duda le afectaban las cosas que le hacían, había encontrado su manera de tomar distancia de ellas. No obstante, los recuerdos sobre la decisión de mi amiga estaban a flor de piel y pasaba en segundos de la negación a la certeza de que el chico fuese capaz de hacer algo similar.

De repente, cuando pensé que definitivamente Héctor tenía la fortaleza suficiente como para no dejarse vencer, Juan se levantó y exclamó:

—¡Dios mío! A Héctor le han matado.

—¿Qué estás diciendo, Juan? No pienses en eso ahora —le dije tratando de tranquilizarle—. No sabemos nada aún, han pasado unas horas nada más y...

—¡No, Isabel! —me cortó—. Felipe, Nacho y ahora yo. ¡Joder! ¿Sabes que Rodrigo y Borja, los hijos de Felipe y Nacho, han muerto violentamente en 2016 y 2017 respectivamente? ¿Casualidad? ¡No! Le han matado, Isabel. ¡Le han matado!

—¿Felipe y Nacho? ¿Nuestros Felipe y Nacho? —le pregunté incrédula—. No sabía que tenían hijos. No sabía nada de vosotros desde que acabamos el instituto.

—Felipe se presentó en el velatorio de Borja, el hijo de Nacho. Había visto por televisión la noticia del fallecimiento del chico y fue a darle el pésame. Cuando nos dijo que su hijo Rodrigo había fallecido en un incendio el año anterior nos quedamos de piedra, aunque no vimos nada más allá que dos desgraciadas casualidades. Pero, ¿y esto ahora? Ya no es casualidad que los hijos de los que estuvimos involucrados en lo de Marta estén muriendo o desapareciendo.

Iba a seguir preguntándole a Juan y, de repente, empezamos a ver salir multitud de chicos por la puerta del instituto. Portaban cartulinas pidiendo que liberasen a Héctor, se fueron aglomerando en la puerta y empezaron a gritar. Casi simultáneamente comenzaron a llegar coches y furgonetas con los logos de distintos medios de comunicación, como si hubiesen estado escondidos bajo el asfalto, e inmediatamente aquello se llenó de cámaras y periodistas que se peleaban por ser el primero en acercar el micrófono a cada chico que estuviera dispuesto a hablar. En poco más de hora y media desde que informamos a Santiago aquello se había descontrolado. Caí en la cuenta de inmediato: las redes sociales.

Empezaron a sonar alertas en mi teléfono móvil y, al abrir al azar uno de los muchos chats que tenía con mensajes —la mayoría de ellos enviados por algunos de los chicos que tenía enfrente de mí—, me sentí aterrada de la rapidez a la que se movía la información, para bien y para mal. El archivo era una foto de Héctor, aquella que estaba en su ficha del instituto, una vela en una esquina y una leyenda debajo:

«LIBERAD A HECTOR»

Instantes después una chica reparó en nosotros —que seguíamos sentados en el banco— y señaló en nuestra dirección. Sin tiempo para reaccionar, teníamos en un segundo a toda la tropa de periodistas encima de nosotros.

—¿Es usted el padre? ¿Es usted la psicóloga del instituto? —nos preguntaban a uno y otro sin esperar siquiera nuestra respuesta—. ¿Quién piensan que le ha secuestrado? ¿Un depredador sexual? ¿Consumía drogas? ¿Tiene esperanzas de que le encuentren con vida?

Juan levantó la mano pidiendo calma. Se secó las lágrimas, cogió el micrófono que tenía más cercano y mirando a la cámara que tenía enfrente dijo con voz ahogada:

—Me dirijo a los que tienen a mi hijo Héctor. Es un buen chico, si hablan con él se darán cuenta. Les pido por favor que no le hagan nada. Si esto es por mis pecados del pasado, páguenlo conmigo y dejen en paz a un muchacho que ni siquiera había nacido entonces. Si lo que quieren es dinero estoy dispuesto a pagar lo que sea. Supongo que tienen mi número de teléfono. Espero su llamada para cambiarme por él.

—¿Pero te has vuelto loco, Juan? —le pregunté enfadada. Aparté los micrófonos y las cámaras que tenía delante y le alejé de allí—. ¡No sabemos nada aún! Deja trabajar a la policía. Si tienes razón, ojalá que no, y todo esto está relacionado con lo que les pasó a los hijos de tus amigos, no vas a solucionar nada con despropósitos como este. Les estás dando la satisfacción de verte desesperado, y hasta ahora solo lo suponían. Tu imagen, si la han visto, es su triunfo, porque han comprobado tu dolor. Tal vez ahora que ya tienen esa victoria de tu desesperación, no les importe que Héctor viva o no.

Noté que Juan relajaba los hombros que yo zarandeaba. Agachó la cabeza, la apoyó mi hombro y rompió otra vez a llorar.

—¿Qué he hecho? —murmuraba—. ¿Qué he hecho?

Nos alejamos de allí lo suficiente como para controlar la entrada al instituto, sin el agobio que el acoso de los periodistas nos estaba causando y, lo que era más importante, que Juan no volviera a servirles de carnaza. Al ver que las cámaras habían regresado a la puerta a interrogar a cada alumno que quisiera hacer declaraciones, pensé que podíamos conseguirlo. Pero la paz nos duró poco más de media hora.

Un cámara de una televisión, famosa por airear los trapos sucios de famosos o desconocidos con tal de aumentar el *share*, se acercó a mí, que en esos momentos volvía a consolar a Juan sumergido en un mar de lágrimas. La cámara grababa la escena, y cuando iba a acercarme a ellos para pedirles que nos dejaran en paz, una mano les apartó enérgicamente.

—¡No les quiero por aquí! —les dijo secamente.

Giré la cabeza en el momento en el que el cámara quería redirigir el objetivo hacia el hombre que les había chafado la exclusiva, mientras el del micrófono amenazaba con denuncias por haberles agredido en el desempeño de su trabajo.

Aquel hombre, que con una mano tapaba el objetivo de la cámara, metió la otra en el bolsillo de atrás del pantalón y puso una placa de policía en la cara del impertinente del micrófono.

—Es una investigación en curso. No hay datos que ahora mismo se puedan confirmar y hasta ese momento, o hasta que la familia del muchacho crea conveniente, nadie hará declaración alguna. Dejen que hagamos nuestro trabajo.

—Pero... —trató de seguir preguntando el periodista.

—¡Ni peros, ni peras! —le cortó secamente el policía con aquella expresión de madre. Le quitó el micrófono de la mano, lo desconectó y, sin dejar de tapar el objetivo de la cámara, continuó con una serenidad pasmosa—. Y como tu compañero grave mi cara otra vez o salga por tu asquerosa *Tele Bazofias* cualquier imagen que hayáis podido tomar de mí, te va a caer un paquete por mostrar sin consentimiento el rostro del policía encargado de una investigación en curso. Ahora vas y se lo cuentas a tu amo, el italiano ese.

Después de comprobar cómo aquel policía —sin duda el que el comisario Romero había puesto a cargo de aquella investigación— había resuelto el asunto de la prensa, tuve dos

confirmaciones: la primera, que ese hombre tenía «un par» para enfrentarse a las situaciones más incómodas. La segunda, que el mito de que los inspectores de homicidios eran unos seres iracundos y amargados parecía ser real, y sentí llevar la contraria a aquel famoso escritor de *Best Sellers* de Rafal, que escribió una de sus obras afirmando todo lo contrario.

Juan reparó en el policía que nos había quitado a los moscones de la prensa sensacionalista y, en lugar de generarle un poco de serenidad, al entornar los ojos —como lo hiciera en su casa conmigo— tuvo la certeza de conocerle, y no precisamente de una ocasión dichosa.

—Usted es... es... el del tanatorio, cuando murió el hijo de Nacho, ¿verdad? —le preguntó cada vez con más síntomas de angustia—. ¿Le han matado como a Borja y a Rodrigo?

—Tranquilícese —le contestó el inspector—. ¿Te puedo tutear? Creo que vamos a pasar un tiempo viéndonos a menudo. Me sobrepasa tanta formalidad.

—Sí... sí, por favor —afirmó Juan, al que la palabra «tranquilícese» y lo de que iban a tener que verse a menudo debió hacerle albergar esperanzas.

—Juan, me llamo Eliseo Camacho y sí, soy el inspector que investiga las muertes de esos chicos. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo? Vamos a tomar un café y te lo explicaré todo.

Juan miró hacia mí y le dijo al inspector señalándome:

—De acuerdo, pero ella viene con nosotros.

—¿Es su mujer? —preguntó Camacho.

—No, no. Mi mujer viene de camino. Ella es Isabel Sáiz. Una amiga de toda la vida, además de orientadora del instituto —le respondió Juan.

—¿Sáiz de Lerma? ¿Isabel Sáiz de Lerma? —insistió asombrado el policía.

—Sí...sí... Pero, ¿cómo sabes...? —preguntó Juan sorprendido.

—No solo puede, sino que debe venir. Ella es otra de las personas que tienen algo que ver en todo esto —y acercándose hacia mí, me tendió la mano—. Encantado de conocerte, Isabel. Créeme que esta semana iba a contactar contigo. Desgraciadamente, el hecho de la desaparición de Héctor ha precipitado accidentalmente la reunión.

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto? —le pregunté sorprendida, no solo por que conociese mi nombre y apellidos, sino por el hecho de que afirmase que antes de la desaparición del chico ya tenía previsto entrevistarse conmigo.

—Mejor vamos a una cafetería, a un lugar caliente y discreto —dijo Eliseo frotándose las manos para paliar un poco el frío que sin duda estaba sintiendo—. Necesito un café porque vengo congelado de Rivas, y tranquilidad sin la prensa alrededor, si puede llamarse «prensa» a alguno de esos buitres carroñeros.

Entramos en la cervecería Los Arcos. Tras pedir los cafés —cada uno de una manera distinta—, y dejando al camarero haciendo ejercicios de memoria, nos sentamos en la mesa que estaba más apartada del bullicio de la barra y lo más lejos posible de las otras que estaban ocupadas.

Mientras esperábamos, el inspector empezó a hablar.

—En primer lugar, he de decirte que, a pesar de tu lógica inquietud, Juan, debes estar tranquilo porque no creo que pase nada más grave hasta, al menos, el jueves 1 de marzo.

—¿El 1 de marzo? —le preguntó Juan, que no entendía nada.

—Me explico —terció el inspector—. El 1 de marzo de 1990, también un jueves, como en este año, se suicidó Marta Díaz. No hace falta que os diga quién era. Yo fui el policía del Grupo de Menores que asignaron para investigar el caso en su día, pero el abuelo de tu amigo

Felipe no me dejó continuar y os fuisteis de rositas.

—Ahora lo recuerdo —le interrumpió Juan—. Recuerdo que al día siguiente Felipe hablaba en el patio del instituto con un policía. ¡Eras tú ese hombre! Pero yo no tuve nada que ver...

—Era yo, Juan. Más delgado y sin estas canas —comentó tratando de destensar el ambiente—. Allí le saqué con artimañas la existencia de un vídeo y fue el punto de partida de mi investigación. Hasta que apareció el fascista de su abuelo y provocó que me forzasen a dejarla donde la tenía, amparándose en que sin duda la chica se había suicidado voluntariamente. Pero tú sabes, Juan, que, aunque fue una decisión libre y voluntaria, el vídeo que grabasteis hizo que tomase aquella decisión y...

De repente, Eliseo se quedó en silencio. Viendo lo incómoda que se estaba volviendo la situación, decidí intervenir.

—Es cierto —dije suponiendo a raíz del relato de Eliseo que la desaparición de Héctor poco o nada tenía que ver con el bullying que sufría en el instituto—. Recientemente encontré en la habitación de Marta un pequeño bloc con notas que ella había escrito para mí. En él me contaba los últimos momentos de su vida y las circunstancias que precipitaron aquella decisión.

—¿Un diario? —me preguntó Camacho y, tras unos segundos de duda, afirmó—. Y ahí hablaría de la existencia de un vídeo. ¿No es cierto? Un vídeo proyectado probablemente en público y que debió dejar a la chica en un ridículo tan espantoso que no lo soportó y decidió suicidarse de la manera más lenta y dolorosa que podáis imaginar. Aún me pregunto de dónde sacaría la información de lo del paracetamol en los 90 y sin internet. Sus últimas horas debieron ser un infierno.

«Sergio», pensé. «Pobre farmacéutico. Cómo se sentiría cuando se enterase del suicidio de Marta a la que, sin sospecharlo siquiera, dio un máster para conocer una sustancia que podía matarla sin levantar sospechas y por cuatro perras».

Camacho puso su dedo índice en los labios solicitando discreción al ver al camarero con los tres cafés en una bandeja acercándose a nuestra mesa. Dejó delante de cada uno el café tal y como lo habíamos pedido, con el azúcar blanco o moreno a nuestro gusto y la leche perfecta. No sé si por liberar mi mente de la tensión que ya se iba acumulando, mis pensamientos se entretuvieron en reconocer la labor de los camareros a los que, por norma general, los clientes tratábamos con cierto despotismo, tratándoles más como nuestros criados que como trabajadores, y que ellos soportaban con algo más que paciencia.

Le dimos las gracias y, tras el primer sorbo al café, el inspector retomó su relato.

—Años después de aquello abandoné el GRUME y me vine a Homicidios. En diciembre de 2016 me avisaron de un incendio en el que se habían hallado los cadáveres de dos chicos jóvenes. Cuando tuvimos la completa seguridad de que uno de esos dos cuerpos era el del hijo de tu amigo Felipe, se me encendió una bombilla. Diez meses después asesinan a Borja, hijo de Ignacio, otro de los de tu pandilla, y tuve claro que ya eran demasiadas casualidades para que estas dos muertes no estuviesen relacionadas con el suicidio de Marta. La desaparición de Héctor no ha hecho sino corroborar que alguien cercano a ella está detrás de todo esto y os está golpeando duro a quienes estuvisteis involucrados. La única esperanza que queda es que yo no esté equivocado y no piense dar ningún paso hasta el jueves, así tendremos tiempo para actuar.

—¡Carlos o Virtudes! —gritó de repente Juan—. Seguro que son ellos los que están vengándose de la muerte de su hija.

—De ninguna manera —le contesté verdaderamente enfadada—. Les conozco

perfectamente. Les veo cada semana y te aseguro que más allá de eternizar su dolor son incapaces de hacer nada semejante.

—No lo creo —terció Camacho—. No descartamos nada ni a nadie. Les he llamado y, aunque no he dado aún con ellos, tuve la oportunidad de entrevistarles poco después de que se llevasen el cadáver de su hija al Anatómico Forense, y no me dieron la impresión de que quisieran buscar venganza. Eran tan solo padres a los que el mundo se les había acabado en ese instante. Evidentemente, hablaremos también con ellos. Por otro lado, ¿estás casada, Isabel? ¿Tienes hijos?

—¿Casada? ¿Hijos? No, no. Ni lo uno ni lo otro —respondí sorprendida—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Pues mucho me temo que vas a tener que desaparecer de Madrid por un tiempo hasta que solucionemos todo esto —dejó caer el inspector como una bomba en el valle de tranquilidad en el que hasta ese día se movía mi vida.

—¿Marcharme? ¿Ahora? ¡Ni lo sueñes! —sentencié—. No pienso apartarme un segundo de Juan hasta que aparezca Héctor. ¿Qué pueden querer de mí la persona o personas que tienen a Héctor? Marta era mi mejor amiga. ¡La quería como a una hermana! Es absurdo pensar que yo hubiese querido que pasase por todo aquello.

—No sé, Isabel —me dijo el inspector—. Por un lado tienes razón. De hecho, eras una de las personas con las que pretendía hablar en 1990, porque los padres de esa chica ya me dijeron que eras como una hija para ellos. Pero, ¿y si quien está detrás de todo esto te culpa de que, siendo su mejor amiga, no te percatases en ningún momento del infierno por el que pasaba? ¿Y si te culpa también de no ver que se quitaría la vida por ello? No tienes hijos en los que descargar la ira del responsable de todo esto, y temo que pueda ir directamente a por ti. No me puedo arriesgar a que estés por aquí hasta que resolvamos el caso o...o... —carraspeó—. Entiéndelo.

—Isabel —le interrumpió Juan y agarró mi mano—, por favor, haz caso al inspector. Márchate unos días lejos de aquí. No podría soportar que te ocurriese algo. A ti, no.

—Voy a tratar de localizar a vuestros amigos —dijo Camacho— y les pondré en alerta. No creo que vuelvan a ir contra ellos después de lo de sus hijos, pero nunca se sabe lo que pasa por algunas mentes. Por favor, Isabel, te lo suplico. Mete algunas cosas en una maleta y sal de Madrid al menos hasta el jueves. No digas a nadie, ¡a nadie!, el sitio al que vas. Nada de teléfono móvil del que puedan sacar tu ubicación. Esta es la tarjeta con el número de nuestro grupo. Cualquier cosa que te inquiete, nos llamas ahí —me insistió vehementemente—. ¡Solo a ese teléfono!, desde el primer sitio que puedas hacer una llamada y preguntas por mí o por el comisario Romero, que es el responsable de la investigación. Si resolvemos lo de Héctor lo vas a saber por la prensa en menos de un minuto. Ya sabes cómo se la gastan los buitres de ahí afuera, y entonces podrás volver.

—¿Es obligatorio? —pregunté sin que terminara de convencerme el hecho de dejar Madrid en aquellas circunstancias.

—Tengo que centrarme en Héctor —me respondió el inspector—. De todas las personas cercanas a Marta, tú eres la única a la que aún no le ha ocurrido nada. Solo tenemos sospechas, no certezas, pero el comisario y yo decidimos alejar de todo esto a quien pudiese estar en peligro lo más mínimo. Sería doble esfuerzo estar pendiente de ti y solucionar lo de Héctor. Estarás conmigo en que lo del chico es lo primero que nos urge solucionar. Márchate, Isabel. Por favor.

—Está bien —dije finalmente—. ¿Seguro que estarás bien, Juan?

—Desgraciadamente no me va a dar tiempo de aburrirme. Confío en el inspector

Camacho, creo que está dando pasos más que coherentes y, egoístamente, yo también prefiero centrarme en mi hijo únicamente. Si puedes estar en peligro, mejor que no estés aquí.

—Me quitas un peso de encima, Isabel —me dijo Camacho—. Por favor, discreción a partir de este momento. ¡Na-da de pren-sa! —recalcó separando por sílabas aquella orden—. Y haceos un favor, no hagáis demasiado caso a lo que puedan decir en televisión a partir de ahora porque, como puedan, os harán sangrar más por lo que cuenten que por la propia herida. ¿Salimos?

Poco convencida aún de que el inspector Camacho tuviese razón y yo pudiese ser otro de los objetivos de quien estaba detrás de todo aquello, con Juan algo más calmado al tener cerca al único policía que podía darle respuestas en cuanto tuviese alguna que darle, salimos del bar dispuestos a hacer cada uno aquello que habíamos pactado. Al doblar la esquina y llegar a la acera de enfrente del instituto comprobamos que aquello había terminado de descontrolarse. Decenas de personas anónimas se habían sumado a la concentración, ocupando no solo la acera del instituto, sino toda la calle. Alguien que nos conocería reparó en nosotros y gritó: «¡El padre!».

No nos dio tiempo a más. Sin darnos cuenta volvieron a rodearnos multitud de personas, cámaras, micrófonos o teléfonos móviles acribillándonos a preguntas. Llegaron hasta nosotros con tanto ímpetu que terminaron por hacerme caer. Allí, como un pelele en el suelo, a los pies de aquella marabunta a la que no le importaba nada, con piernas que me golpeaban sin compasión, decenas de manos que intentaban levantarme, o viendo sus caras difuminadas que se acercaban, sentí un pánico como no había sentido en mi vida. Cualquiera de aquellas manos... un arma... un segundo... ¡Muerta!

De repente, sentí unos brazos fuertes que tiraban de los míos y, según me levantaba, su faz borrosa fue transformándose en aquella cara conocida, hasta que acercó la mía a su hombro mientras me abrazaba. Abriéndose paso a empujones, me sacó de la multitud. Sus gritos taladraban mis tímpanos; sus muecas de rabia, como fotogramas de una película de terror, se fijaban en mi cerebro como en una pesadilla y, sin embargo, me sentía segura en aquellos brazos, como cuando siendo niña alguien querido me abrazaba. Los mismos aromas, la misma serenidad, el mismo confort en el hombro amigo.

Unos segundos después empezaron a escucharse las voces ya en la lejanía. Separé mi cabeza de aquel hombro después de que él aliviase la cálida fortaleza con la que me abrazaba y le miré.

—¿Estás bien? —me preguntó Camacho después de terminar de soltarme del todo al llegar junto a Juan.

—¡No! —exclamé—. ¡Estaba aterrada! Gracias por sacarme de allí, Camacho.

—A esto me refería, Isabel —me dijo condescendentemente—. Ahora mismo todo está descontrolado y no puedo garantizar tu seguridad. No aquí. Por favor, ve a casa y haz lo que te he dicho. Te vuelvo a repetir que no es necesario que estés aquí para enterarte de si hay novedades —y señalando a la multitud añadió—. Ya ves que están en los sitios antes de que ocurran las cosas.

Miré a Juan, que asentía cada una de las palabras que el inspector me decía.

—Estaré en buenas manos —me dijo Juan señalando a Eliseo—. Tú misma lo acabas de comprobar. Márchate, por favor, antes de que pueda ocurrirte algo.

—¿Seguro que estarás bien? —volví a preguntarle poniendo mis manos en sus hombros.

—Seguro, Isabel —me respondió colocando sus manos sobre mis brazos.

Mi cara se acercó a la suya, mis labios a los suyos y, cuando iba a besarlos, Juan los apartó y me puso la mejilla. Según le besaba me dijo:

—Ni era, ni soy, ni seré buen compañero de viaje, Isabel. Mereces alguien mejor que yo. No te preocupes. Estaré bien. Márchate antes de que me arrepienta, para mal tuyo.

Le dejé secándose una lágrima mientras levantaba la mano en un gesto de adiós. El futuro era un túnel negro del que ni siquiera se adivinaba la salida. Ojalá todo tuviese un final distinto al de aquel 1 de marzo de 1990 y no acabase como entonces, en medio de la negrura.

*Somosierra (Madrid).
26 de febrero de 2018.
16:00 p.m.*

No quería salir de Madrid con la desazón que me provocaba la desaparición de Héctor, pero el inspector Camacho había sido bastante claro en sus explicaciones. Alguien que había tenido que ver con Marta se estaba vengando y convenimos que lo adecuado era que desapareciese unos días. El incidente con la turba de la mañana me había demostrado lo vulnerable que podría llegar a ser.

Los hijos de Felipe y Nacho habían muerto, el hijo de Juan había desaparecido, y Camacho no sabía nada de Kike por más que quiso dar con él. Quizás fuese el que estuviera detrás de todo aquello, y el no tenerle localizado podía resultar peligroso.

Por mi experiencia como psicóloga sabía que una antigua víctima de acoso, si se convertía en acosador, podría recrudecer la violencia de sus actos. Leer las notas que me dejó Marta o mi conversación con Juan lo confirmaban, y daba pavor pensar en qué podría haberse convertido con el paso de los años si no había tratado adecuadamente su trauma. Salir de Madrid era la mejor opción.

Llamé a Santiago para decirle que ya no me incorporaría al instituto. Le comenté que debía estar unos días fuera por recomendación de la policía y, aunque no paró de intentar sonsacarme alguna información —seguramente preocupado por si afectaba en algo a Rebeca— sentí la insana satisfacción de dejarle en medio de un mar de dudas amparándome en que no le podía contar absolutamente nada. Seguidamente, llamé a Carlos y a Virtudes para avisarles de que me marchaba unos días de Madrid, pero no conseguí localizarles.

Y allí estaba, comiendo en el hotel restaurante El Puerto de Somosierra, en el pueblo del mismo nombre, a noventa kilómetros de mi casa y con un destino claro: Lerma, en la provincia de...

«Burgos, burra. Burgos...».

Se lo debía a Marta. Por fin cumpliría mi promesa de conocer la villa burgalesa, aunque fuese provocado por una situación dramática.

El paisaje montañoso reflejaba los efectos de las últimas nevadas. Solo las rocas más altas y los troncos de los árboles de la sierra sobresalían del interminable manto blanco, porque la mayoría de las copas estaban cubiertas ofreciendo un espectáculo visual inigualable. Aun en aquellas circunstancias terribles, observar aquel paisaje me trajo un mínimo remanso de paz y disfruté con tranquilidad de la merluza en salsa verde y la ensalada César que pedí para comer.

En la loma enfrente del restaurante, algunas de las vacas de un pequeño rebaño trataban de hacerse paso con los hocicos entre la nieve para conseguir algunas briznas de hierba que comer. Otras, despreocupadas, simplemente miraban a uno y otro lado mientras se relamían o agitaban sus colas.

En la falda de aquel montículo había una gasolinera. Un coche paró a repostar. De él

salieron tres jóvenes de no más de veinte o veintiún años. Uno levantó la cabeza y, al reparar en las vacas, se agachó, cogió una piedra del suelo y la lanzó violentamente contra los pacíficos animales. La vaca que recibió el impacto salió en estampida y las otras al verla correr hicieron lo mismo. Otro de los jóvenes grababa la desgraciada escena mientras los tres reían aparatosamente. Me sentí profundamente decepcionada con algunos de los miembros de mi especie por lo que estaba viendo e, irremediabilmente, vinieron a mi mente los vídeos que recibí días antes.

No sé por qué imaginé a un Héctor niño, alegre y ocioso con sus manos haciendo bolas de nieve en un parque de París. Sin preocupaciones, creyendo que con mirar hacia un banco tendría los fuertes brazos de un padre que le libraría de cualquier peligro. No quiero ni pensar en la profunda decepción que debió sentir cuando comprobó que era de una de las manos de su padre de donde salía la pedrada que le situaba en el mundo en el que, a partir de aquella revelación, iba a vivir, mientras con la otra —que nunca se despegaba del móvil— lo grababa a fuego en su mente infantil.

Sí, el chico se había educado con un padre egocéntrico y amargado por las circunstancias de su vida, la cual, solo haciendo aquello en lo que había triunfado plenamente —su trabajo— le daba alguna satisfacción. Héctor simplemente estaba allí con él. Le tocaba, como reveló en aquella frase: «Sorteamos y a mí me tocó Héctor».

Me sonrojé al instante porque, realmente, en ese momento no estaba enojada con Juan por aquello, sino por haberme negado un beso. Traté de quitarme aquel pensamiento de la cabeza. Habían sido demasiadas emociones fuertes en los últimos días y probablemente me sentía más débil emocionalmente. Fue la primera vez en mi vida en que pensé que Carlos y Virtudes tenían razón y me estaba haciendo daño seguir sola. Al instante recordé que aún no había contactado con ellos para decirles que me marchaba de Madrid. Incluso me preocupó por un momento recordar que Camacho comentó que no había podido localizarles.

«No. Ellos no son capaces de algo así», pensé. «Les llamaré en cuanto llegue a mi destino».

—¿Terminó ya, señora? —me preguntó el camarero sacándome de mis pensamientos.

—Sí... sí. Señora, no. Señorita —le contesté mientras él retiraba mi plato.

—¿Me permite un comentario? —me preguntó con voz dulce aquel hombre de aproximadamente sesenta o setenta años de edad—. Es usted muy guapa y no le pega nada la soledad. El tiempo pasa y hace mella. No lo digo por su aspecto, que a la vista está que no requiere de nada porque lo tiene todo. Lo digo porque si subraya la condición de soltera, es porque ha elegido la soledad por compañera. Tenga en cuenta que podrá empezar a darle dentelladas. Nunca deje que esta le devore. Que tenga buen viaje.

—Gra... gracias —balbuceé.

Me quedé sorprendida por el sincronismo entre los pensamientos de aquel hombre y los míos. Quizás tenía razón y era yo quien, en medio de la vorágine de la vida cotidiana, no había echado de menos a nadie a mi lado. El diario de Marta, el reencuentro con Juan, Héctor o el miedo que se había generado alrededor de todo lo que estaba ocurriendo en las últimas horas, hacían que por primera vez me sintiese realmente sola en el mundo, porque no había compartido con nadie ninguna de aquellas preocupaciones. Mis padres habían fallecido. Carlos y Virtudes estaban ausentes. Estaba sola. Cuando me rehice de aquella revelación dejé los dieciséis euros de la cuenta encima de la mesa y salí de allí para retomar la marcha.

Bajando el puerto de Somosierra la radio dejó de escucharse. Pulsé el dial para que automáticamente captase alguna emisora de música que entretuviese mi mente.

Nunca he cantado bien, lo corroboraban aquellas grabaciones desafinadas que hacíamos Marta y yo con su *walkman* hasta que Virtudes entraba en la habitación a reclamar silencio, pero tararear las canciones que sonaban desde que salí de Madrid me estaban sirviendo de liberación. Una buena manera de soltar por la garganta la adrenalina acumulada. Salvo aquella emisora religiosa —que se escuchaba hasta en el Himalaya—, no conseguí fijar ninguna en el dial.

Cogí de la guantera la tarjeta *SD* con música de los 70 y los 80 que grabé para cuando llevaba a mi padre a las sesiones de quimio. Mejor aquellas canciones que un silencio que solo hacía que no me quitase a Juan de la cabeza.

*«Qué esperas que te cuente,
hay poco que decir,
tal vez me vaya un tiempo,
no aguanto este coñazo de Madrid.*

*Te veo muy distinta,
es nuevo ese carmín,
estás mucho más guapa,
será que te embellece ser feliz.*

*Qué cosas se me ocurren,
todo esto es tan pueril,
si yo solo pasaba,
pasaba por aquí...».*

La primera en la frente. Si pretendía olvidar a Juan, aquella canción que sonó al azar no me lo estaba poniendo fácil. Sincronismo. Parecía que Luís Eduardo Aute había escrito parte de aquella canción con algunas circunstancias como las que había yo vivido en los últimos días: el reencuentro, su revelación de que me quería, la huída...

—¡Bobadas! —dije en voz alta—. Eres psicóloga, Isa. No dejes que la sugestión se imponga a la lógica.

Pasé aquella canción antes de que a Aute le diese por cantar alguna estrofa más que me recordase a ese hombre, y durante los siguientes cuarenta minutos en carretera voceé, más que canté, cada canción que conocía. Cuando mi garganta se cargó más de lo aconsejable y dejé de gritar aquellas canciones, el rostro de Juan volvió a colarse en mi cabeza como primera dentellada de la soledad.

Y de repente, cuando pensaba que iba a caer rendida de nuevo a sus pies en la distancia, sonó aquella canción de Miguel Bosé y apareció el rostro de mi padre. Recordé el libro que me regaló en sus últimas navidades. Era una novela que trataba sobre otra lacra que estaba golpeando con fuerza a las mujeres: la violencia de género. Leí mentalmente cada palabra que mi padre escribió en una hoja blanca de aquel libro y que tenía tatuadas en el corazón:

«Tienes unos valores tan altos que allá donde tú moras sé que nunca anidará ningún hombre con la imagen deformada.

Vive, como siempre.

Sueña, como siempre.

Lucha, como siempre.

Y si un día algún quebranto se interpone en el camino, estaré aquí para cantarte la nana que te consuele».

La confesión de Juan, la confirmación de Marta. Si me rendía ante él, le abría la puerta de mi morada al tipo de hombres de los que siempre trató de defenderme mi padre.

«Nena, luna serena.

Todo es posible, menos tú...».

Le recordé cogiéndome en brazos cuando era pequeña, susurrándome aquella canción, la única con la que, al acabar, me dormía. Y allí, en el kilómetro 195 de la A1, donde la carretera iniciaba el descenso que me llevaría a la Villa de Lerma —que ya se divisaba desde lo alto de la loma—, acabó aquel conato de enamoramiento de una mujer vulnerable a la que la soledad, como dijese aquel amable camarero, estaba dando las primeras dentelladas.

—Todo es posible... menos tú, papá —dije entre lágrimas.

Miré al cielo, ese al que mi padre creía que iría algún día y en el que yo dejé de creer cuando, tras dos años de lucha y consumido por el cáncer, lo alcanzó. Le lancé un beso y, en su memoria, le hice la promesa de que nadie como Juan tendría las llaves de mi casa.

Cuando el beso se esfumó en el aire con la certeza de que nunca alcanzaría su destino, divisé el desvío del kilómetro 200 de la autovía. Lo tomé.

*Lerma (Burgos).
26 de febrero de 2018.
17:30 p.m.*

El efecto sanador de los recuerdos, de los aromas y los sabores. La sensación de volver a los sitios, aunque no hubieses estado nunca allí.

Nada más entrar en la Villa de Lerma me sentí como en casa. Nunca en mi vida había reparado en ello y, sin embargo, allí estaba. En una casa de paredes blancas como la nieve donde la leyenda sitúa la casa de Papá Noel, con las ventanas verdes como el bosque en el que al parecer se ubica, un enorme cartel anunciaba que aquello era la fábrica donde elaboraban los BIZCOCHOS NO&EL. Desde que tenía memoria, mi madre me ponía junto al Cola Cao una caja cuadrada de aquellos bizcochos con la misma imagen de aquel cartel y, aunque aún seguía comprándolos cada vez que me quedaba sin ellos, nunca me dio por mirar dónde los hacían.

Aminoré la marcha y, a pesar del frío, abrí la ventanilla para que al pasar junto a ella los aromas me impregnaran y dejasen en mí la misma sensación de felicidad que cuando uno de aquellos bizcochos se acercaba a mi nariz antes de entrar en mi boca. Aquella explosión de aromas y recuerdos borró definitivamente de mi cabeza la sensación de soledad. A pesar de que era la primera vez que iba allí, sentí que formaba parte de aquello, de Lerma.

Continué por la carretera hasta una pequeña rotonda y, a pesar de que en la primera salida una señal indicaba el acceso al centro, seguí en línea recta. Unos doscientos metros más allá divisé unos altos muros y un cartel: Hospedería Carmelo. Solo el carril de salida de la Villa tenía espacio destinado a aparcamiento, así que cambié de carril y paré junto a lo que parecía un almacén de frutas y verduras.

Salí del coche y abrí una de las puertas traseras de mi C3 para sacar mi bolso sin darme cuenta de que, al mismo tiempo, salía del almacén una mujer cargada. Le di con la puerta en una de sus manos y comenzaron a rodar naranjas por la acera, por la carretera, debajo del coche...

—¡Lo siento! —le dije a aquella mujer menuda, que mantenía una bolsa rota en una mano y un enorme saco de patatas en la otra—. ¿Está bien?

Sin esperar su respuesta corrí como una loca tratando de coger las naranjas de la carretera antes de que las chafara algún coche. Cada vez que mis brazos estaban cargados, me acercaba donde ella estaba y dejaba las naranjas a sus pies. Cruzaba la carretera y rescataba algunas que paraban a la puerta de un garaje o de una casa. Incluso paraba los coches que amenazaban con aplastar alguna. Las recogía y, cargada de nuevo, volvía donde aquella mujer hasta que ya no quedó naranja por recoger y con la satisfacción de no haberse malogrado ninguna.

Sonrojada por mi torpeza me acerqué a ella, que había observado sonriendo mi ir y venir. Abrí el maletero para buscar una bolsa de plástico donde meter las naranjas corretonas.

—No tenías que haberte molestado, maja. Son naranjas —me dijo entre preocupada y divertida—. Ninguna vale un atropello.

—Lo... lo siento —balbuceé mientras le daba la bolsa con las naranjas—. ¿Vive lejos? Deje que al menos le lleve la compra con el coche y así no va tan cargada.

—¿Lejos? —me dijo sin dejar de sonreír—. Tanto como cruzar la carretera. Esa casa alta

de ladrillo es la mía. Más te habría valido dejar allí la mitad de las naranjas de esta bolsa, porque han ido rodando a mi puerta como si supiesen dónde van a estar a partir de ahora. Te has dado unas cuantas carreras en balde.

Reímos las dos como si fuésemos amigas de toda la vida.

—Deje que le ayude —le dije entre risas, cogiendo aquel pesadísimo saco de patatas.

Cruzamos la carretera, entramos en el portal y, a pesar de que quise subirle el enorme saco de patatas, me dijo:

—Déjalo. Somos un regimiento en esta casa y algún soldado bajará a por él. No eres de aquí, ¿verdad?

—No —contesté—. Vengo a pasar unos días a este pueblo.

—Me llamo Margarita. Si necesitas algo, aquí tienes tu casa. Gracias por tu ayuda.

—Me llamo Isabel, encanta....

—¡Como una de mis nietas! —me interrumpió—. ¡Qué maja! Con eso has terminado de ganarme del todo. Lo dicho, si necesitas algo mientras estés en Lerma, no dudes en venir.

Me dio dos besos, de nuevo las gracias y se perdió por aquellas escaleras.

Incluso ese primer incidente y la resolución del mismo, me reafirmaron en esa agradable sensación que había tenido desde que evoqué la figura de mi padre. Sabía que todo me iba a ir bien en aquella Villa. Cerré la puerta de aluminio de la casa, miré los muros de la hospedería y me dirigí hacia allí.

Pensé que me había equivocado. Al ver el cartel de la Hospedería Carmelo en los altos muros, entendí que dentro de ellos se encontraba el lugar donde había decidido alojarme unos días, pero siguiéndolos solo me encontré la fachada de una iglesia. Dudé.

Frente a ella había un precioso arco, probablemente el que tenía la puerta que daba acceso a la Villa, quizás amurallada en un tiempo remoto. Junto a ella, dos mujeres hablaban. Crucé la carretera para preguntarles.

—Buenas tardes. ¿Podrían decirme dónde está la hospedería? He debido confundirme y ahí solo hay una iglesia —les pregunté señalando hacia el edificio.

—Esa es, maja —me respondió una de ellas—. Era el convento de las Carmelitas, pero en 2016 solo quedaban ocho y muy viejecitas como para poder con tanto convento y las llevaron a otro en Cuenca. A ver quién va a rezar ahora por los muertos, como ellas cuando veían encendidas las luces del tanatorio.

—Al año siguiente lo pusieron en venta —continuó la otra—, con la condición de que se respetase la estructura y que no se dedicase a discotecas, centros comerciales y demás negocios que ellas consideraban demasiado ruidosos para un lugar que fue sagrado, de silencio y oración durante más de cuatrocientos años. Finalmente consintieron que se hiciese la hospedería y en eso están. Con suerte la inauguran dentro de poco y generan más empleo para el pueblo.

La otra mujer intervino de nuevo:

—Vuelve por donde has venido. Al acabar el muro del convento verás que sale un camino empedrado a la derecha. Cógelo y te llevará a un antiguo molino que ahora es una casa rural. Si buscabas tranquilidad, ese es el sitio adecuado.

—Muchas gracias —les dije antes de darme la vuelta para dirigirme hacia allí. Si ellas lo decían, seguro ese era un lugar adecuado: silencio y discreción.

Bajé la rampa empedrada y escuché el ruido del agua al correr. Al final de ese tramo, un antiguo canal era el responsable del agradable sonido. Miré hacia mi derecha y, a escasos treinta metros, se alzaba la casa rural. Era una casa de dos plantas, encachada de piedra, de la que

colgaban ruedas de carreta y abrigada en su parte más alta por las ramas de una parra enorme, que esperaban la primavera para llenar de verdes hojas las piedras desnudas de la fachada.

A la derecha, una antigua puerta de corral o garaje daba acceso a otro pequeño edificio de fachada de cemento. A la izquierda, perpendicular al edificio, había una puerta alta de doble hoja con barrotes de hierro. Al acercarme, comprobé que daba acceso a una preciosa y amplia finca con jardines perfectamente segados, caminos de piedra con bancos de forja escoltados por frutales, y otros árboles y arbustos tupidos. En el centro de la finca se podía ver una pérgola circular de madera con techo piramidal de cristal que parecía ser un cenador. Una pasarela revestida de lascas de pizarra daba acceso a aquel edén.

El tronco retorcido de la enorme parra hacía de circunstancial jamba de la puerta principal de la casa, a la que se accedía por tres peldaños descendentes. Pulsé el timbre y no tuve que esperar más de treinta segundos para que me abriese un hombre de cincuenta y pocos años, pulcramente vestido y con una sonrisa abierta. En su camisa llevaba una placa con su nombre: José María.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle? —me dijo sin abandonar la sonrisa.

—Buenas tardes. Me preguntaba si tenían habitaciones libres.

—¿Para muchos días?... ¡Qué torpe! —se disculpó—. Pase, pase. Sí, hay habitaciones libres.

—Al menos estaré dos noches, pero nunca se sabe —traté de excusar mi indecisión intencionada.

—Me suena su cara. ¿Es de por aquí?

—No... no. No soy de aquí. Turismo, nada más —dije algo azorada mientras llegábamos al mostrador de recepción.

—¡Umm! —exclamó fijándose en mi cara—. Supongo que me recordará a alguien que haya conocido en alguna ocasión. ¿Me deja su DNI?

Saqué mi documento con ciertas reticencias. Mi nombre en un registro en la red... si el culpable de la desaparición de Héctor quisiera encontrarme...

—¿Es necesario?

—Es la ley —me dijo Jose María.

Finalmente, le di mi carnet y comenzó a teclear en el ordenador.

—Isabel Sáiz de Lerma —leyó sorprendido en voz alta—. ¿Seguro que no es de por aquí? Su segundo apellido es...

—De Lerma —le interrumpí—. Por eso he venido a conocer la Villa de la que llevo el apellido, pero le prometo que es la primera vez que piso sus calles. Le debía una visita a este pueblo. Quizás algún familiar mío, lejano en el tiempo, fue de aquí. ¿No?

—Supongo que todos volvemos al punto de partida —me dijo adquiriendo un gesto melancólico—. Hasta hace dos años vivía en Alicante. Allí tenía mi negocio, mi hija, mi nieto y mi casa en el campo. Una tarde, en un mirador de la Sierra del Maimó, el viento arreciaba y creí que, entre silbido y silbido, me gritaba que debía volver a este punto de Castilla donde empezó mi vida. Sentí tan clara aquella voz que en ese momento quise ser cenizas y que el viento me transportara aquí. Pensé:

«Volveré. Me echarán de menos, pero ahora mi alma necesita la tranquilidad de esta nueva vida. Nunca estaré lejos de ellos si me recuerdan».

Dejó que reinase unos segundos ese silencio que solo encuentras con la paz revoloteando en el ambiente y al rato recuperó de nuevo la sonrisa y sentenció:

—Y aquí me vine, a este paraíso que hizo mi padre con sus manos y que mis hermanos y yo terminamos por dejarlo como lo ves. Esta es de nuevo mi casa para siempre.

José María terminó de tramitar la reserva.

—¿No trae equipaje?

—Sí, sí. Está en el coche. Subiré a por él —le contesté.

—¿Cenará aquí? Me gustaría que conociese nuestro comedor. Hay pocos como él en España.

—Estaré encantada. Voy a por mi equipaje.

Salí de la casa rural reconfortada por la agradable sensación que me transmitían el lugar y el dueño, y en poco más de cinco minutos subía las escaleras con José María delante de mí, camino de la habitación.

Al llegar a la planta de arriba, la primera estancia frente a la escalera era una enorme cocina con fogones de principios del siglo pasado, de esas que se alimentaban con leña.

La puerta a su izquierda daba acceso a un amplio pasillo que hacía de sala de estar, con sillones, butacas de mimbre de alto respaldo, y antiguos arcones de madera restaurados junto a los asientos, reciclándose en improvisadas mesas auxiliares. La pared de enfrente era todo un ventanal corrido de madera, cuyo cristal parecía invisible por la limpieza, y que ofrecía vistas al jardín y al canal de aguas cristalinas que se perdía, escoltado por dos macizos de caña de bambú, bajo los muros del antiguo convento de las Carmelitas.

—¿Le gusta el sitio? —preguntó mi anfitrión al comprobar que me quedé absorta mirando el ventanal.

—¡Me encanta! —exclamé—. Es la casa rural más bonita que he visto en mi vida.

—Pues aún le quedan cosas por ver. Ya le dije. Mi «paraíso».

Al final del pasillo, había otra puerta a la derecha. Daba acceso a otra amplia estancia con mesas de té y un sofá en cada una de las paredes que escoltaban la de enfrente de la entrada, cubierta toda ella por una enorme librería que besaba el techo y estaba abarrotada de libros.

—Mi vicio —dijo José María.

—¿Su vicio?

—La lectura, mi vicio. Es mi remanso de paz. Aquí vivo mundos que nunca podré vivir. No entiendo cómo los jóvenes de ahora leen tan poco. Se están idiotizando con tanta tecnología y dejan poco margen a la imaginación. Aunque supongo que si mi querido Julio Verne viviese en este tiempo, en lugar de narrar sus mundos, quizás los pondría en imágenes como director de películas de ciencia ficción.

De repente recordé a Héctor en su habitación, rodeado de libros. No, él no era un adolescente como los de ahora, o no lo parecía. Caí en la cuenta de que desde que llegué a Lerma no me había acordado de él, absorta con los agradables encuentros que había tenido. Me sentí culpable por ello. Pensé en si de verdad la desaparición de Héctor tenía algo que ver con lo que le pasó a Marta. Marta...

—A mi amiga le habría encantado esto —me lamenté al recordarla. Y, de repente, caí en la cuenta—. ¡Carlos y Virtudes! —dije alzando la voz para sorpresa del dueño de la casa—. ¿Tienen teléfono las habitaciones? He de hacer una llamada importante.

—¿Teléfono? —dijo José María sorprendido al interrumpirle—. En cada habitación hay uno. Te llevo. Perdón por tomarme la confianza de tutearte.

—Haces bien —confirmé—. Tengo que hacer esa llamada. ¿Me enseñas mi habitación?

En el pasillo perpendicular a aquel por el que estábamos había puertas a izquierda y

derecha. Al ver los vinilos que decoraban sus puertas, Héctor volvió de nuevo a mi mente. Junto a la jamba tenían un número troquelado que indicaba cada habitación. Se paró delante de la número 1 y la abrió.

—Tu habitación. Espero que esté a tu gusto. Como ves, en la mesilla está el teléfono. Marcas el 0 y cuando te dé tono, marcas el número al que quieres llamar. Te espero para cenar.

—Gracias, José María. Seguro que todo estará perfecto.

Entré, cerré la puerta y me fui directamente al teléfono. Primero llamé al fijo. Diez tonos de llamada. Nada. Volví a marcar. Diez tonos más. Tampoco. Marqué el número del móvil de Carlos:

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura»

«Qué extraño», pensé. Colgué el teléfono y abrí mi maleta. Saqué mi bolsa de aseo, entré en el baño de la habitación y me di una ducha para despejarme del viaje y la tensión acumulada en las últimas horas. Al acabar miré mi reloj. Las seis. Le pedí a José María que me despertase un rato antes de la cena, poniendo como excusa que mi móvil se había estropeado y me metí en aquella cama de, probablemente, finales del XIX, bajo un confortable edredón de plumas. En minutos me quedé dormida.

A las ocho y media José María me despertó tocando a la puerta de mi habitación. Le di las gracias desde la cama, prometiéndole que bajaría en un rato. Creí que había dormido días porque me levanté con energías renovadas. Me vestí y me dirigí a recepción. José María estaba sentado en un pequeño sillón junto al mostrador con un libro en las manos. «Mi vicio». Al verme lo cerró.

—¿Has descansado bien? ¿Es cómoda la cama? —me preguntó—. A pesar de que tienen tantos años aún aguantan como si fuesen nuevas.

—He dormido profundamente, y la cama es perfecta. Habéis hecho un buen trabajo aquí.

—¿Cenarás ahora?

—Sí. No he visto más clientes aún. ¿Soy la única? —indagué.

—Hoy sí —me dijo—. Es lunes. No es normal que un lunes cualquiera de un mes como febrero con este frío de Burgos tengamos muchos valientes como tú. Los fines de semana, si te quedas hasta entonces, verás que aquí no hay quien pare con todas las habitaciones llenas.

—Si me permites el atrevimiento, ¿cenarías conmigo? La verdad es que es un poco triste cenar sola.

—Por supuesto. Ven, que te enseñe mi tesoro.

Intrigada le seguí mientras abría una puerta de doble hoja enfrente de donde estaba sentado. Al entrar en la estancia confirmé que aquel era el comedor más bonito de España.

Se accedía por dos escalones en bajada. El techo, un poco más bajo de lo habitual, estaba atravesado por gruesas vigas de madera, similar a la de la puerta que había visto al llegar, pero con un tono algo más oscuro. El resto del techo, inmaculadamente blanco, tenía irregularidades dejadas allí a propósito para ofrecer el aspecto rugoso que tendría cuando se construyó.

—Lo que ves a la izquierda es un molino —me explicó José María—, y esas dos muelas son la *voladera* y la *durmiente*. Lo de encima son la *tolva*, el *triqui-traque* y la *burrilla*. Siempre

explico las partes del molino, porque me temo que, a no tardar mucho, desaparecerán del diccionario. Como ves, está en perfecto estado, como si entre el siglo XVI en que se construyó y el XXI en el que estamos, hubiese pasado tan solo el tiempo que ha durado tu siesta.

A la izquierda del molino había dos portones horizontales de la misma madera. Los abrió y pude contemplar el resto del mecanismo que el agua hacía girar para darle vida. Imaginabas el olor del trigo al molerse con solo mirarlo.

Había ocho mesas de forja labrada y con tableros de madera en aquella primera estancia. Parecía que levitaban sobre el cauce del canal, y es que el suelo era un enorme cristal grueso, embutido armoniosamente sobre dos vigas de hierro que, al superponerse a la parte alta de los muros del canal, parecían formar parte de él. En cada esquina, cuatro respiraderos facilitaban escuchar el sonido del agua. Impresionante.

A la derecha, otros dos peldaños descendentes daban acceso a otro comedor con el mismo suelo de cristal, aunque un poco más pequeño, más íntimo. Ambas salas estaban iluminadas por numerosos quinqués, colgados estratégicamente en las paredes creando un ambiente mágico.

—Suele ocurrir —dijo José María para mi sorpresa.

—¿Ocurrir? —acerté a decir.

—Que se queden con la boca abierta como tú, si me permites la indiscreción.

Caí en la cuenta de que ese debió ser mi aspecto mientras contemplaba aquel comedor y solté una carcajada, a la que el dueño de aquella maravillosa morada acompañó con otra.

Después de ofrecerme una silla, se disculpó y salió del comedor mientras yo me entretenía con el mágico correr del agua bajo mis pies.

Comí con placer los platos que iba bajando de la cocina sin abandonar nunca su sonrisa. Hablamos de lo humano y lo divino, nos recreamos con el sonido del agua en nuestros silencios y, al acabar y levantarnos de aquel sitio mágico, me dijo agarrando mis manos con una infinita ternura:

—Ya sé de qué me suena tu cara. No te preocupes, seguro que aparece.

Supuse que la paz que se respiraba en aquel lugar había impregnado por completo el alma de José María, y esa misma serenidad fue la que sentí en el instante en que agarró mis manos. De repente, cuando pensé que desaparecían los malos presagios con los que salí de Madrid — como si aquel lugar me hubiese proporcionado la misma seguridad que tenía cada vez que llegaba a mi propia casa— el rostro de Héctor volvió a colarse en mi cabeza.

No puedo respirar. ¿Por qué se pega la gente tanto a mí en estas gradas? ¿No ven que están casi vacías? Podían echarse un poco más allá.

¡Ehhh! ¿Pueden apartarse un poco de mí? Nada. Solo miran al frente.

No recuerdo haber sacado entrada para ningún espectáculo, y menos para ver un cristal ahumado delante. ¿Por qué grita la gente si no se ve nada? A ver si sube el sol un poco y puedo ver lo mismo que ellos.

¿Gol? Pero, ¿dónde están los jugadores? ¡Ah! Ahí están. Os conozco. Sí, os conozco. ¿Marta?

No puedo despegar las manos del cristal y quiero darte un abrazo. Por fin te has despertado. ¿Sabes que te he echado mucho de menos? ¿Por qué has dormido tanto, Marta...?

¡Ha sido falta! ¡No vales para árbitro, payaso! ¿Un payaso es el árbitro? Ha sido ese... ese... ¿Felipe? ¡Ha sido falta de Felipe Vivar! ¡Le ha dado una patada a Virtudes! Si es que la

pobre no sabe jugar al fútbol. Al final nos ganan esos cuatro.

No puedo creer que yo también llevase esa camiseta en educación física cuando estaba en el instituto. ¡Es horrible! Ni siquiera le queda bien a Juan, con lo bueno que está. ¡Ja, ja, ja!, y no le pega nada con esos zapatos.

¿Por qué no habéis crecido como yo? Estáis igual los cuatro. Tú, Kike, sudando como siempre, como si tuvieses grifos en el cuerpo. Y eso que no te has movido en todo el partido, gordinflón. Deja de mirar a Marta y corre. Ya no te quiere.

¡Pasa el balón a Héctor, Carlos! Él sí que sabe jugar bien. Mirale, a punto de golpear el balón. Con la fuerza que tiene, seguro que lo manda al campanario de la iglesia de enfrente.

¿Falta? ¿Eso es falta, árbitro? Se te nota que vas a favor de los Trogloditas.

¡Venga, equipo! Poneos delante y que no metan gol.

¡Ja, ja, ja! Hay que ver, Juan. No dejas el móvil ni jugando al fútbol. Lanza la falta y atiende la llamada de una vez. El tono me está taladrando las sienas.

Ahí va... ¡Nooooo! ¡Le has dado en la cabeza a Marta! ¡Levántate, por favor! ¡Marta! ¡Marta! ¡Marta! ¡La has matado, Juan! ¡Otra vez!

Pero, ¿por qué te ríes, Juan? Ayúdale a levantarse. ¡Venga, te lo suplico! No quiero que vuelva a dormirse otra vez.

Y el árbitro payaso quitándose la pintura roja con una tarjeta de visita. Ja, ja, ja ¡El árbitro es Camacho...!

¿A Héctor, señor inspector? ¿Expulsas a Héctor y ha sido Juan quien ha dado el balonazo a mi amiga? ¡Ha sido Juan quien ha matado a Marta...! No tiene ninguna gracia.

No me gusta este espectáculo. Voy a contar hasta tres y se acabará. ¡Uno! Mira, hasta las campanas de la iglesia cuentan a la vez.

Y el árbitro, tan tranquilo limpiándose los zapatos de payaso. Por favor, Camacho, despertad a Marta.

¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis!...

27 de febrero de 2017.

07:00 a.m.

Me desperté sobresaltada con el ruido de las campanas de Lerma. Abrí los ojos con la respiración entrecortada. Traté de recordar si había soñado algo que hubiese provocado la angustia con la que desperté. Nada.

Por la ventana no se apreciaba luz. Ya más serena, pensé que hacía mucho que no oía tan limpio el sonido de una campana, o quizás nunca le había prestado atención. Era una chica de ciudad, sin pueblo. Aquellas sensaciones eran nuevas, y escuchar un sonido nada habitual para mí a unos cientos de metros, hacía que mi mente volviera a la infancia donde todo está por descubrir e, igual que cuando era niña, volví a taparme la cabeza con el edredón imaginando que escucharía a mi madre cuando, apoyada en el quicio de la puerta, me apremiaba para ir al colegio.

«Cinco minutos más, mamá, porfa...».

Me destapé la cabeza y sentí la imperiosa necesidad de llamar a Carlos y Virtudes. Igual que la tarde anterior, los resultados fueron los mismos: imposible contactar con ellos. Me

preocupé.

El vaho del cristal de las ventanas indicaba que afuera hacía frío pero, tras un momento remoloneando en la cama, repasando mentalmente todo lo ocurrido en mi vida en las últimas veinticuatro horas, me levanté y me di una ducha. Al salir de la habitación se coló en mi nariz el olor intenso del café recién hecho y del pan tostado. A pesar de la cena de la noche anterior, me entró hambre. Bajé las escaleras y la recepción estaba en semipenumbra, con solo un par de quinqués encendidos.

Al llegar abajo supe que la chaquetilla fina de hilo que me puse no había sido la mejor elección para una mañana de febrero en la provincia de Burgos. Hacía corriente y, al mirar hacia el final del pasillo mientras me frotaba los brazos, vi la puerta causante de aquella bofetada de hielo. Por ella se accedía a un pequeño huerto y en medio de una leve bruma se adivinaba el cuerpo de José María, trajinando agachado entre los surcos que había arado en la tierra.

—Buenos días.

Giró la cabeza y, al verme, sonrió.

—Poca tela para un amanecer de invierno en Lerma —sentenció—. No creo que estemos a más de cero grados, si no menos. ¿Has dormido bien?

—Perfectamente.

—Me alegro. Deja que me lave las manos y te sirva un buen café. Si vas a salir después, creo que deberías abrigarte bastante más. El frío de Castilla es traicionero. No quisiera que te marchases enferma de nuestro pueblo. Espera en el comedor y te llevo el desayuno.

Me dirigí hacia allí, donde la temperatura era bastante más agradable, incluso cálida, y me senté en la mesa más cercana al molino. Poco tiempo después apareció mi amigo con una bandeja con dos servicios de desayuno.

—¿Puedo? —me preguntó educadamente.

—¡Claro! Ya sabes, comer sola es...

—Triste —me interrumpió reflejando en la cara la palabra que había dicho.

Me sirvió el café y puso enfrente de mí un plato con dos rebanadas tostadas de pan de hogaza. Las roció con un buen chorro de aceite y le di el primer bocado.

—¿Hay visitas turísticas aquí? —pregunté—. Guiadas, me refiero.

—No son exactamente visitas guiadas, pero sí, tenemos a toda una licenciada en turismo, María Jesús Bayo, y te enseñará perfectamente esta Villa. Aun así, agosto es el Mes del Barroco. Hacen unas visitas teatralizadas con actores vestidos de época y es una delicia verles. Deberías venir un año en esas fechas. Mientras tanto, si no recuerdo mal, a las diez y media es la primera visita. Has madrugado mucho, llegarás en hora.

—Gracias, eso haré.

Tras el desayuno se excusó diciendo que aún debía hacer cosas en el huerto. Recogió el servicio y salió. Yo subí a la habitación. Tenía que intentar contactar de nuevo con Carlos y Virtudes y afrontar aquella nueva jornada con más tranquilidad que la anterior. Marqué el teléfono fijo. Sin respuesta. Lo intenté con el móvil. Nada. Por un momento pensé que quizás Camacho ya había hablado con ellos y les había aconsejado lo mismo que a mí, pero me extrañaba que yo no pudiera localizarles.

Intranquila decidí ir a algún bar del pueblo por si encontraba alguna televisión que informase del tema de Héctor, ya que en la casa rural no había ninguna, así que cogí mi parka coreana de la habitación y salí.

La bruma estaba empezando a despejarse y, aunque ya se adivinaba el sol, el frío era

intenso. Salí a la carretera donde aparqué mi coche y fui pegada al muro de las Carmelitas hacia la única zona que conocía. Al pasar el arco, a la izquierda, vi una plazoleta con dos bares juntos. Me acerqué a uno de ellos y comprobé que no solo tenían puesta las noticias, sino que incluso vendían prensa. Dos pájaros de un tiro.

Pedí un té, compré un periódico y me senté en una mesa desde la que podía escuchar las noticias sin que las conversaciones de los otros clientes las taparan. En el periódico no aparecía ninguna foto de Héctor en la portada. Solo el asunto de la independencia de Cataluña ocupaba más de tres cuartas partes de ella. En la esquina inferior izquierda, una escueta columna de no más de veinte líneas informaba de la desaparición de un menor en el barrio de Aluche de Madrid. A las nueve y media retomaron los titulares en los informativos de la televisión.

«Un asesino convicto, condenado en el año 2000 por el asesinato de su esposa, detenido por el crimen de la joven pareja de Susqueda».

«Los partidos independentistas catalanes pactan el reparto de Consejerías».

«Sin novedad en la desaparición del menor Héctor López en Madrid».

Al oír su nombre me fijé en la pantalla. Después de la reportera, que informaba desde la puerta de la casa de Héctor en la calle Maqueda, entró un vídeo en el que se veía a Juan hablando a la prensa y a mí a su izquierda con gesto incrédulo, para después apartarle de delante de aquellos micrófonos. En una ventanilla inferior aparecía la fotografía de Héctor de la ficha del instituto. El siguiente vídeo, encadenado al anterior, era del tumulto que se originó en torno a nosotros al salir de la cafetería, en el que se me ve desaparecer entre las piernas de toda aquella gente.

Que no hubiese novedades era la mejor noticia. Si Eliseo no se equivocaba, aún quedaban cuarenta y ocho horas para tratar de encontrarle. Que los nombres de Carlos y Virtudes no apareciesen en el noticiario también era tranquilizador. Lo más probable es que les viese el jueves, convencida de que no se perderían por nada del mundo la misa que ofrecían cada 1 de marzo en memoria de Marta en la parroquia de San Alfonso María de Ligorio.

«Los suicidas van al Purgatorio, Isa. Hay que ofrecer misas por ella», me decía Virtudes cada año cuando, en vísperas de cada aniversario, les preguntaba si ese año también habría oficio religioso.

Pagué el café, el periódico y salí de allí mientras el camarero miraba alternativamente a la televisión y a mí, queriendo ver en mi cara el motivo de que le sonase. Con suerte me confundiría con...

«Seguro que te reciben como a una estrella de la música por llevar su nombre...».

Pregunté por la Oficina de Turismo. En poco más de cuarenta minutos empezaría la visita y, por lo poco que había visto, prometía ser interesante.

—Entras por el Arco de la Cárcel —me explicó un lugareño cortésmente—, y subes la calle Mayor hasta arriba. La última calle a la izquierda antes de la plaza te lleva al Ayuntamiento. Allí está la Oficina de Turismo.

Le di las gracias y, al pasar por el Arco de la Cárcel y ver la calle, entendí el sentido de

«subes», porque se presentaba ante mí una calle empedrada tan empinada que cansaba antes de poner el primer pie en ella. Me encogí de hombros y comencé a subir.

Madrid.

27 de febrero de 2018

Eliseo llevaba horas intentando localizar a los padres de Marta Díaz. Les había llamado. Nada. Extrañado, llamó a Romero, pero este le dijo que se encargaría él de los padres para que Camacho se centrara en el resto de la investigación.

El último domicilio conocido de Enrique Blázquez estaba en la calle Escalona. Se dirigió hacia allá pero nadie contestó a su llamada al telefonillo. No tenía otro objetivo aquella mañana que localizarle, así que aparcó su coche frente al portal y esperó.

—Vamos a quedarnos por aquí, Ricardo, por si aparece este Kike —murmuró.

Unos minutos después, marcó el teléfono de Chema Iglesias.

—Dime, Camacho —le dijo el jefe del equipo de la Científica.

—Buenos días, Iglesias. ¿Algo interesante en los vídeos de la estación de Rivas?

—Nada reseñable, Camacho. Solo gente entrando y saliendo de la estación. A las 20:05 se ve al chico salir y cruzarse con un grupo de dos chicas y dos chicos. Hay un pequeño forcejeo y el chaval sale en dirección contraria. Cinco metros más allá dejamos de verle. No sabemos si a partir de ahí se encontró con alguien más o no. Tampoco hemos encontrado en el trayecto hacia el vestuario de las instalaciones deportivas ninguna muestra reseñable. Este tío o tíos saben lo que se hacen, Camacho. Son siempre zonas concurridas. Un parque, una estación de metro. Cientos de restos, pisadas, pelos y plumas o cacas de cigüeña.

—¿Y matrículas de coche que apareciesen en los vídeos? Es un aparcamiento, quizás alguna de la que podamos sacar algo.

—Nada, —contestó resignado Iglesias—. Tuve horas a un novato apuntando matrículas y verificando nombres en Tráfico. Lo de siempre, gente corriente que deja su coche allí y va al trabajo en el metro, supongo. Ya sabes, siempre sale alguien con antecedentes de entre tantas matrículas, pero solo ha salido el del dueño de una «cunda» y, ¿qué quieres que te diga? La Cañada Real está cerca. ¿Nos va a extrañar que esos tipos tengan en Rivas una parada? Además, el dueño de la «cunda» tiene los antecedentes típicos: algunos robos o pequeños trapicheos con droga para pagarse una dosis. Le queda demasiado grande un secuestro. De todas formas, el puto secretismo entre Romero y tú desde que nos avisaron del secuestro nos tiene un poco con las manos atadas.

—Ya te dijo Romero que es un tema delicado —trató de explicarse Eliseo—. Puede haber un personaje importante que tenga que ver con todo esto en mayor o menor medida, y el jefe no quiere cagadas ni filtraciones. Por ahora no te podemos contar más. Tú sigue enviándome cada cosa que te llame la atención.

—Como veáis. Es vuestro rollo —se resignó el investigador de la Científica—. Te he mandado al *email* el listado de todos los propietarios de las matrículas que aparecen en las grabaciones, no solo del día 25, sino de los siete días anteriores, por si alguno te suena al cotejarlo con tus datos.

—Llevo desde ayer sin... —intentó decir Camacho.

—Ir por casa o por el Grupo —le interrumpió Iglesias—. La misma cantinela contigo.

¿Te crees con el don de la ubicuidad y que con estar en la calle vas a controlar todo Madrid?

—Cada vez te pareces más a mi madre, Iglesias. Joder, hablas como ella.

—Pues hazle caso y búscate otra vida que no sea la de «incansable inspector de homicidios». El tiempo no pasa en balde.

—A mí el único tiempo que me preocupa es el que falta para que ese chico aparezca muerto en cualquier sitio.

—Pues tú sigue sin ir a dormir a casa y, probablemente, de aparecer vivo o muerto, te pillará sobado en el coche por falta de descanso.

—Adiós, Iglesias. ¡Y deja de hablarme como mi madre! Ya descansaré cuando esté muerto.

—Que será más pronto que tarde como sigas así. Hablamos, Camacho —sentenció Iglesias antes de colgar.

Tras la llamada, Eliseo pulsó el icono del *email* de su teléfono. Buscó el que le había enviado Iglesias y se descargó el archivo PDF. Cerca del portal donde vivía Kike había una cafetería. Camacho pidió un café con leche hirviendo en uno de esos vasos de cartón con tapa para llevar y volvió a su Kia.

Entre sorbo y sorbo repasaba el listado de propietarios de los coches que habían aparecido en las grabaciones de la estación de Rivas Vaciamadrid. En el techo de su coche se apreciaba la abolladura que le había causado aquella cigüeña al caer a plomo sobre él.

—Voy a tener que llevarte al médico, viejo amigo —susurró mientras acariciaba los estragos en el techo—. Pero eso será cuando acabemos con esto.

Decenas de nombres después, se sobresaltó al leer uno de ellos.

—¡Joder! Ya sabía yo que...

Pensó unos minutos leyendo aquel nombre. Finalmente quitó la pantalla con el archivo que tenía aquel listado y marcó el teléfono de Romero.

—Jefe. Tengo un nombre.

—¿Es de la lista? —preguntó el comisario.

—Sí. Solo me queda localizarle y en cuanto le tenga te aviso para que pongamos en marcha el operativo.

—No, Camacho. Nada de cagadas. Cuando le tengas síguelo a ver si nos lleva hasta el chico. No quiero ni un paso en falso y aparecer otra vez siendo el hazmerreír de los telediarios. Cuando estés seguro al ciento por ciento de que es el que está detrás de todo esto, y a ser posible dónde tiene a ese muchacho, me llamas ¡a mí! —exclamó alzando la voz—, ¿entiendes? Solo a mí, y montamos el *show*.

—Okey, jefe. Me pongo a ello de inmediato. Estamos en contacto.

Eliseo colgó el teléfono. Se pondría inmediatamente con ello. De hecho, no había pensado en otra cosa desde que apareció el cuerpo quemado del chico de los Vivar. Quedaban poco menos de cuarenta y ocho horas para el 1 de marzo y, después de descubrir aquel nombre en el listado, no tenía la mínima intención de cagarla. Por fin sabrían todos la pasta de la que estaba hecho.

Lerma (Burgos).
27 de febrero de 2018.
09:30 a.m.

Parte del claustro del antiguo convento de Santa Teresa albergaba el ayuntamiento de la Villa. En sus bajos estaba la Oficina de Turismo y, tras un mostrador, una sonriente mujer, aproximadamente de mi edad, atendía a una pareja de turistas. Su sonrisa me recordó a la de mi madre porque, al igual que ella, dejaba aflorar a sus mejillas aquellos hoyuelos que adoraba.

Cuando hubo atendido a los que me precedían se fijó en mí.

—Buenos días. ¿Vienes a conocer la Villa de Lerma?

—Sí, vengo a la visita guiada —respondí.

—Verás, no es oficialmente una visita guiada —intervino aquella mujer—. En este centro os recibimos como visitantes y os acompañamos a conocer los sitios de interés y los explicamos, pero no cobramos por ello. vuestras aportaciones voluntarias se destinan a la preservación y divulgación de todo lo que veréis. Formalismos de la Ley de Patrimonio de la Junta.

—Pues es con iniciativas como esta como se conservan los tesoros que tenemos en este país, así que encantada de participar en su mantenimiento —le dije.

—Y gracias a entusiastas como tú seguimos nosotros en la brecha —sentenció ella—. Me llamo María Jesús Bayo. ¿Comenzamos?

Salimos y reunió en torno a ella a las diez o doce personas que realizaríamos la visita. Se presentó y, antes de iniciar el recorrido, nos explicó el sitio sobre el que se había edificado la Casa Consistorial. Al acabar iniciamos el camino hacia lo que ya se apreciaba que era una enorme plaza porticada, con un edificio señorial al fondo del que pensé, en un primer momento, que se trataba de un palacio real al contar con cuatro torres, como manda el protocolo. Nuestra guía no tardó en sacarme de mi error.

Comenzó hablando de los orígenes de la Villa.

—Por la situación geográfica y su topografía —explicó—, Lerma empieza a tener importancia en la Edad Media y, lo que era apenas un caserío, se amuralla en esa época. A ella se accedía por cuatro puertas y el Arco de la Cárcel era la puerta principal. Es la única que aún se conserva.

Nos hizo repaso de los reinos y nobles sucesivos que tuvieron a la Villa entre sus posesiones hasta que pasó a manos de la familia que la transformó, con el paso de los años, en lo que íbamos a ver: los Gómez de Rojas y Sandoval.

—Francisco Gómez de Sandoval-Rojas, IV conde de Lerma, se convierte en valido del rey Felipe III y, en tan solo diecisiete años, transforma la Villa en el sitio de recreo de un rey al que interesaban poco los asuntos de Estado. Con el tiempo acabaría convirtiéndose en la propia Corte del Duque de Lerma. Aquí —seguía explicando—, autores como Lope de Vega o Góngora acudían a estrenar sus obras con los mejores actores del momento, o los artistas de variedades más solicitados. En esta plaza, una de las mayores de España, se celebraban espectáculos taurinos que duraban días. Con una variante. Por ese portón de ahí —y nos señaló una zona en uno de los laterales más largos de la plaza— se despeñaba a los toros, a los que aguardaban al fondo del

precipicio los lugareños como *oro en paño* porque así tenían carne para unos cuantos días.

—¿Por qué el palacio del Duque tiene cuatro torres? —preguntó uno de los turistas—. Tengo entendido que en el siglo XVII solo los palacios reales podían tener cuatro. Los de la nobleza dos.

—Pues mirad —nos contó nuestra guía—. Según se dice, durante el proceso de construcción, el Duque de Lerma escribió a Felipe III y solicitó permiso para edificar dos torres en su palacio. Este se lo concedió. Cuando el rey vio por primera vez el edificio y las cuatro torres montó en cólera porque, como bien decía este señor, solo los reyes tenían tal privilegio. El Duque, que ya llevaba años haciendo gala de su ambición y había dado bastantes muestras de hacer y deshacer a su antojo, le contestó: «Majestad, como Grande de España me corresponden dos torres en mi palacio. Os escribí y vos me distéis permiso para las otras dos».

Reímos la interpretación teatral que la alegre María Jesús nos hizo para explicar la escena, simulando con el dedo índice sobre sus labios el bigote del corrupto Duque y forzando la voz para que sonase masculina y grave. Nuestra guía concluyó:

—El berrinche le duró poco a Su Majestad. Religioso hasta lo enfermizo, el Duque mandó erigir numerosos conventos, ermitas e iglesias, entre ellas la antigua de San Pedro, convertida en Colegiata por el papa Paulo V y con la enseña papal coronando el campanario. El Duque se cuidó mucho de mezclarse con el pueblo llano —apostilló María Jesús—, y construyó una serie de pasadizos que llevaban a la familia real, su familia o cualquiera de la Corte desde el palacio hasta la mayoría de iglesias y conventos en los que escuchaban los oficios religiosos.

»Durante veinte años el Duque dio muestras de su poder como privado del rey hasta que cayó en desgracia y tuvo que empezar a devolver a la Corona todo lo que había ganado ilícitamente. Al final de sus días, tomó los hábitos y se hizo cardenal. Como reza uno de los dichos más populares sobre el Duque de Lerma: «Para no morir ahorcado, el mayor ladrón de España se vistió de colorado».

«Nada nuevo bajo el sol», pensé mientras caminábamos hacia la plaza de Santa Clara. La Iglesia de antes es la «puerta giratoria» de ahora y, desgraciadamente, siguen muchos cargos públicos *haciendo de su capa un sayo* con el dinero del pueblo.

—Jerónimo Merino Cob —continuó la explicación nuestra guía delante de un monumento funerario—, el Cura Merino, como es conocido por la Historia, nació en la pedanía lerneña de Villoviado, llegando a ser párroco de su propio pueblo. Conocedor como pocos de estas tierras, y viendo que durante la invasión napoleónica las tropas francesas saqueaban los pueblos del entorno, montó un pequeño ejército de unos dos mil hombres e inventó lo que después se llamó guerra de guerrillas, causando verdaderos estragos en las tropas de Napoleón. Reconocido con numerosos ascensos militares por Fernando VII, volvió a su parroquia al acabar la guerra. Falleció en Francia, donde estuvo enterrado hasta que a finales de los 60 el Ayuntamiento de Lerma solicitó la repatriación de sus restos y aquí reposa desde entonces.

Tras la visita a la Colegiata y embutida en mis pensamientos, no reparé en que el grupo ya se había dispersado en diferentes direcciones al acabar el *tour*. Yo volví, a pesar del intenso frío que había sentido allí, al mirador que estaba junto a los arcos, cerca de la tumba del guerrillero. Completamente helada, susurré:

—Ya sé lo que es de verdad el frío.

—Esa misma frase la dijo Rafael Alberti —me interrumpió una voz familiar detrás de mí—. En ese sitio en el que estás exclamó tiritando esas palabras. Lerma fue uno de los muchos lugares de Castilla que visitó el poeta camino de conocer «el mar del norte», como él decía.

—Gracias por el paseo, María Jesús —le dije al darme la vuelta—. He aprendido mucho con tus explicaciones. La verdad es que esto es impresionante. He tardado demasiado tiempo en venir a conocerlo.

—¿Tienes familia aquí? Me suena tu cara, pero no caigo —me preguntó.

—No. Simplemente tenía unos días libres y prometí hace tiempo a una amiga que vendría con ella a conocer Lerma.

—¿Una amiga? No te he visto con ninguna.

—De haber podido venir, estaría tiritando a mi lado y le habría encantado todo esto —le dije con tono melancólico—. Ya no va a poder ser.

—No te sientas triste —me dijo la guía—, tú serás sus ojos aquí. Cuéntaselo en cuanto la veas.

—Y mientras tanto brindaré aquí por ella —dije finalmente recuperando la alegría en mi rostro—. ¿Dónde puedo tomar algo esta noche y escuchar un poco de música?

—Pues mira, muy cerca de aquí —contestó—. Junto al Ayuntamiento está el pub Audiencia 3 y es animadísimo. Diles de mi parte a Gallo o a Andrés que te inviten a un chupito.

—Lo haré, María Jesús. Gracias por mostrarme la historia de este pueblo. Hasta la próxima.

—Adiós, y disfruta la noche lerreña.

Dudaba de que pudiese disfrutar demasiado con el recuerdo de Héctor rondando mi cabeza. Incluso, durante la visita a la Villa, me perdí gran parte de las explicaciones que nuestra amable guía nos daba sobre los lugares que íbamos visitando.

Pensaba constantemente en él. Le imaginaba en las situaciones más terribles. Hasta llegué a imaginarle muerto, metido en un ataúd marrón claro, como el que contenía los restos mortales de Marta en 1990.

Por un momento sentí la necesidad de llamar a Juan o al inspector Camacho para que me diesen novedades de primera mano, pero inmediatamente deseché la idea. No quería dar ningún paso en falso que pudiese perjudicar de alguna manera a Héctor o, también, pudiese perjudicarme a mí.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Héctor al escuchar un nuevo ruido a su espalda—. ¿Qué queréis de mí, cabrones?

—De nada te servirá gritar —susurró una voz desconocida a su espalda—. Nadie va a oírte. ¿Recuerdas que te aconsejé que no intentases moverte? No, probablemente no recuerdes casi nada, pero has de saber que el alambre bien apretado puede cortar la carne como si fuese mantequilla.

Héctor sintió el aliento de alguien en su nuca y movió la cabeza a izquierda y derecha. Segundos después, le estaban desatando aquello que tapaba sus ojos. Parpadeó tratando de enfocar algo, pero notó que estaba casi a oscuras. Un pequeño hilo de luz que se colaba por una ventanilla pegada al techo apenas le permitía ver la mesa de colegio que palpó anteriormente y algo de la pared blanca que tenía delante, pero tuvo claro que aquel lugar no era ninguno que le sonase del instituto. Había una especie de letrero en la parte de arriba pero, entre la oscuridad y su estado, no era capaz de leer lo que había escrito. De las otras paredes que tuviese la estancia no podía ver nada.

Inmediatamente, apareció en la pared blanca, bajo el cartel, la imagen fija de la parte trasera de un sofá y dos chicos jóvenes besándose en él. La fortaleza que tenía antes, pensando en que aquello era parte del acoso implacable de sus compañeros de instituto, se vino abajo cuando reparó en el letrero escrito con letras rojas y sintió que se le helaba la sangre:

«ESTOS SON LOS PECADOS DE TU PADRE».

—Voy a darte agua —susurró de nuevo aquella voz a su espalda—. Si haces un solo movimiento raro, un segundo después estarás muerto. —Sintió algo frío y punzante en su nuca.

No supo si desistía de hacer nada por la amenaza que acababan de hacerle, por la debilidad que sentía, o porque tanto la sed como aquel dolor ya le estaban matando. Poder beber agua era, de momento, la mejor elección.

Una mano cubierta por un guante acercó por detrás una pequeña botella de plástico a sus labios. La inclinó y Héctor comenzó a beber como si no lo hubiese hecho en años.

—¡Despacio, bebe despacio! Vas a terminar ahogándote y no quiero eso para ti.

Al acabar el contenido de aquel botellín de agua —que no tenía el acostumbrado sabor insípido— el chico intentó hablar.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —acertó a preguntar.

—A su debido momento, Héctor. A su debido momento —se limitó a decir esa voz.

Unos segundos después, el chico escuchó un clic y empezó a sonar una de aquellas canciones retro de las que su padre ponía machaconamente en el coche y las imágenes, que antes eran fijas en la pared, cobraron vida.

*« I've never seen you looking so lovely as you did tonight
I've never seen you shine so bright
I've never seen so many men ask you if you wanted to dance
They're looking for a little romance, given half a chance*

*And I never seen that dress you're wearing
Or the highlights in your hair that catch your eyes
I have been blind...».*

La chica de la película se levantaba bailando del sillón y miraba con picardía al chico que permanecía sentado. Después, se llevaba el dedo índice a los labios, y sin dejar de contonearse al ritmo de la música lo introducía en la boca.

«The lady in red is dancing with me...».

De repente se paró la grabación y el último fotograma proyectado de aquella desconocida quedó inmóvil en la pared.

Apagaron del todo la proyección y volvió la oscuridad a aquel lugar. Le taparon de nuevo los ojos y escuchó a quien le mantenía retenido susurrar repetidamente mientras se alejaba:

—Pagas por los pecados de tu padre... por los pecados de tu padre... por los pecados de tu padre...por los pecados de...

A continuación, escuchó el leve sonido de una puerta al cerrarse despacio y, pocos minutos después, volvió a sentir en su estómago aquel monstruo que quería devorarlo por dentro. No aguantaba más aquel dolor y volvió a vomitar.

Lerma (Burgos).
27 de febrero de 2018.
16:00 p.m.

Había comido tanto y tan bien en Casa Brigante —un acogedor restaurante de la plaza mayor—, que me costaba moverme. El nombre me sonaba y uno de los dueños del establecimiento terminó por aclararlo. Lo había tomado de la obra de Pío Baroja *El escuadrón del Brigante*, que narraba las andanzas de los guerrilleros de Lerma, entre otros, en la guerra de la Independencia. Recordé haberlo leído poco antes de la universidad. El local estaba decorado con numerosos elementos de la época.

El horno de asar estaba en el comedor principal. Tenía cuerpo de ladrillo visto y en la base de la cúpula, una «boca de dragón» de forja. Fantaseaba con que, al abrirse, iba a expulsar una lengua de fuego antes de tragarse cientos de lechazos. Agradecías no solo el cálido ambiente que las brasas generaban, sino el delicioso aroma que empezaba a desprenderse de él y el ir y venir de quien lo atendía mimando mi lechazo de raza churra hasta dejarlo en su punto.

—He mezclado churras...con Merino —bromeé entre susurros con el chiste fácil al acabar.

—¿Cómo dice? —me preguntó quien me atendía mientras me sonrojaba al descubrir que seguía con aquella manía de pensar en voz alta en los momentos más inoportunos.

—Na...nada —le contesté azorada—. Monólogos de una mala comediente. He estado visitando la Villa. El cura Merino, el increíble lechazo de raza churra. Ya sabe, mezclando churras con Merino.

—Buen *slogan* —me dijo finalmente entre risas y preguntó—. ¿Ha estado todo a su gusto?

—¡Delicioso! —exclamé—. La verdad es que voy de sorpresa en sorpresa desde que he llegado a Lerma. Y el restaurante es encantador.

—Gracias. Es una casa del siglo XIX y hemos tratado de mantenerla como fue originalmente. En su día fue una botica.

—Pues espero no tener que pasar por ninguna después de la generosa ración de lechazo que sirven —y reímos abiertamente los dos.

Después de una reconfortante siesta y convenientemente abrigada, había pasado el resto de la tarde recorriendo otros sitios de aquella encantadora Villa y el exterior de la misma.

Sobre las diez de la noche me encaminé hacia la calle donde estaba el Ayuntamiento. Aún sentía aquel lechazo asado en mi estómago y el crianza de la Ribera del Arlanza en mi paladar, pero me quedaba tomar una copa, brindar por Marta y, de paso, por mí misma, que había cumplido la promesa que le hice de conocer Lerma.

Desde que llegase el día anterior, notaba las miradas de la gente intentando reconocermelo de algo, pero mucho me temía que, de hacerlo, no sería porque yo fuese una estrella de *rock* —que no lo era— sino porque la desaparición de Héctor habría provocado que mi cara, junto a la de

Juan, se emitiese en bucle en algún programa matinal, de aquellos que no respetaban la intimidad ni el dolor de la familia y allegados de las víctimas.

Como me comentó María Jesús, unos metros más allá del Ayuntamiento estaba el café-pub Audiencia 3. En la puerta algunos grupos de fumadores hablaban animadamente moviendo el cuerpo, sin duda para tratar de quitarse el frío. Las colillas de los cigarrillos, casi enteros en los ceniceros, indicaban que la gélida temperatura ganaba la batalla al mono de nicotina y, tras unas caladas, volvían al interior envidiando a aquellos que no tenían aquella necesidad.

En la entrada, antes de la puerta de acceso al local, había colgados numerosos carteles promocionales de eventos que solían celebrarse allí. A fuego, un grupo local, presentaba precisamente esa noche su primer disco allí. Incluso colgaba todavía el cartel de la presentación de dos novelas que había tenido lugar el verano anterior. Me transmitió buenas sensaciones aquel sitio nada más entrar, porque no solo cedían el espacio para la diversión, sino también para la cultura y, para mí, era un punto a su favor.

Nunca fui demasiado dada a la sugestión pero, al reparar bien en los escritores que habían presentado allí sus novelas, me sobresalté. Uno de ellos era Gonzalo Jerez, el autor del que Héctor era lector asiduo. El otro, el del último libro que me regaló mi padre antes de morir. Inevitablemente, la renovada alegría que me había invadido desde mi llegada a Lerma se ensombreció, y recordé que realmente estaba allí por la desgraciada situación por la que estaba pasando Héctor y no tanto por la promesa que le hice a Marta. Como un autómata entré al local y casi me escondí en el rincón más discreto de la barra a la derecha de la puerta. Y sonaron Los Secretos, como si el destino supiera que lo que tocaba en ese momento era mi homenaje a Marta.

*«Nunca he sentido igual una derrota
que cuando ella me dijo: "se acabó".*

*Nunca creí tener mi vida rota,
ahora estoy solo y arrastro mi dolor.
Y mientras en la calle está lloviendo,
una tormenta hay en mi corazón.
Dame otro vaso, aún estoy sereno.
Quiero beber hasta perder el control.*

*Cuantas veces soñé que regresabas,
y en mis brazos llorabas por tu error.
Luego el ruido del bar me despertaba
y el que lloraba entonces era yo...».*

—Aparecerá —susurraron a mi oído.

—¿A...parecerá? —contesté sobresaltada e incrédula sabiendo que Marta, en la que pensaba en esos instantes, nunca iba a aparecer.

Terminé de levantar la cabeza, que casi chocaba con la barra. Al comprobar que era uno de los dos camareros del pub, volví a preguntarle.

—¿Quién aparecerá? —y caí en la cuenta. Héctor—. ¿Cómo sabes que estoy esperando que aparezca alguien?

Esbozando una sonrisa de circunstancias, aquel hombre señaló una pantalla que colgaba

en una esquina del local.

—Sales mucho ahí con tu marido. No te preocupes, el chico aparecerá.

—¡No es mi marido! —protesté indignada. Al darme cuenta, moderé el tono y le dije más calmada—: Es... es solo un amigo.

—Perdona pensé que... —se justificó.

—Perdóname tú por el tono de la contestación —me disculpé—. Estamos un poco tensos con todo esto, ¿Andrés? —dije al recordar uno de los nombres que me dijo María Jesús.

—No, soy Gallo. Vamos que todos me llaman Gallo. Ese de ahí, un poco — recalcó sonriendo—, solo un poco más joven que yo, es Andrés. ¿Qué quieres tomar?

—Pon dos copas de *whisky* con hielo, por favor.

—¿Dos? ¿Vendrá tu amigo? —dudó.

—No. Mi amigo, por desgracia, seguirá allí esperando que aparezca su hijo —le dije con tristeza—. La otra me la tomaré en memoria de alguien con quien prometí venir a conocer este precioso pueblo. No pudo ser pero, como alguien me dijo esta mañana, yo seré sus ojos aquí... y su boca.

Gallo puso dos copas con hielo y las llenó moderadamente con aquel *whisky*. Tomé la primera de un trago. Después cogí la otra, la alcé hacia el cielo y le dije a quien sabía que ya no podría escucharme:

—Por ti, Marta. —Y la acabé igualmente de un solo trago, justo en el preciso instante en que Los Secretos terminaban su canción.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —escuchó Héctor a su espalda.

Aquel susurro era distinto del que, hasta ese momento, había escuchado. O al menos eso le parecía, pero estaba demasiado aturdido y sentía tanto dolor en el vientre y, últimamente, también en los riñones, que no estaba seguro ya de nada.

Se orinó encima y sintió dolor y vergüenza al hacerlo. Pese a su situación, ironizó con tener la mente entretenida en avergonzarse por ello

—Vaya herida te has hecho, chico —volvió a susurrar aquella voz a su espalda—. ¿Sabes que cuando el hígado no funciona no produce suficientes factores de coagulación? Vas a desangrarte.

—¿No... no funciona? —acertó a decir Héctor entre sollozos—. ¿Qué me ocurre? ¿Por qué me están haciendo esto?

—Pagas por los pecados de tu padre —contestó fríamente—. Pero no puedo permitir que te desangres o que se te infecte esa herida y mueras de septicemia. No, hoy no. Voy a quitarte ese alambre y a curarte esa herida. Confío en que no harás tonterías. Estás vivo aún, ¿no? Pues esa es tu única certeza, porque si haces algo, un solo movimiento, se acabó.

—Mi... mi padre tiene mucho dinero. Llámenle y les dará lo que quieran.

—¿Crees que aquí importa el dinero de tu padre? ¿Crees que esto es por dinero?

—No... no sé quiénes son ustedes —dijo justificándose—, ni qué quieren de mí. Yo solo...

—¿Ustedes? —le interrumpió—. ¿Y quién te ha dicho a ti que aquí hay alguien más?

—La... la... otra voz —contestó entre dudas.

—Veo que el paracetamol no solo te está afectando al hígado, también al oído —ironizó—. Te lo advierto. Ni un movimiento hasta que te cure esa herida.

Héctor sintió cómo cortaba lo que sujetaba sus manos, pero permanecían en la misma postura sin ningún movimiento. Sentía aquel hormigueo en ellas desde hacía tanto tiempo que pensó en que le sería imposible dominarlas de haber intentado defenderse de alguna manera.

No entendía nada. Aquella voz hablaba de paracetamol, lo que indicaba que le estaban curando de algo, quizás de aquello que le comía por dentro, y sin embargo no querían dinero. ¿De qué iba todo aquello?

Notó cómo vertía un líquido sobre la herida, lo limpiaba después y, a continuación, la envolvía con una especie de tela. Al acabar amarró sus codos a los barrotes del respaldo de la silla y juntó el dedo pulgar de ambas manos con una especie de tira de plástico duro.

Una vez que estuvo inmovilizado de nuevo le quitaron la venda de tela que le impedía ver. Cuando los ojos de Héctor trataban de acostumbrarse al entorno, volvió a escuchar un clic y se reanudó aquella canción en la estrofa en la que se había detenido la otra vez que la escuchó. La filmación cobró vida de nuevo.

«...cheek to cheek.

There's nobody here. It's just you and me...».

La chica de la proyección sacó su dedo índice de la boca y continuó moviendo el cuerpo

al son de la música. Mientras se ponía de espaldas iba quitándose el jersey, lo hacía girar en el aire y dándose la vuelta se lo lanzaba a la cara del chico que seguía sentado en el sofá.

«... It's where I want to be...».

Hizo lo mismo con la camisa blanca, tapando con los brazos su pecho. Después los bajó, rozándose sugerentemente con las manos hasta que llegó al botón de su pantalón. Lo desabrochó.

«...But I hardly know this beauty by my side...».

Héctor observaba la pantalla tratando de reconocer en aquel chico algún rasgo que le hiciera identificar a su padre de joven, pero el que aparecía en la filmación doblaba en peso al que recordaba haber visto en fotos de aquella época. La música continuaba, la desconocida ya había desabrochado su pantalón y, al igual que con la primera prenda de ropa, se había dado la vuelta y, sin dejar de moverse, se quitaba los pantalones. Cuando lo hizo volvió a darse la vuelta y se los lanzó también. Se quedó de pie, inmóvil. La música seguía sonando y la chica se desprendió del sujetador, tapándose con uno de sus brazos. Después, cambiando el gesto de excitación de su rostro por otro que a Héctor le pareció de entrega, dejó desnudos los pechos y, con ambas manos, dejó caer al suelo la última prenda que vestía quedando delante de él, sin mover un solo músculo, vulnerablemente desnuda.

*«...and when you turned to me and smile, it took my breath away
I have never had such a feeling
Such a feeling of complete and utter love, as I do tonight».*

¿Cuánto duró aquella visión? A Héctor le pareció que la chica llevaba quieta allí horas, aunque aún sonaba la misma canción. De repente se escuchó el sonido de un timbre. La chica de la proyección miró hacia un lado y, atolondradamente, recogió como pudo la ropa que se había quitado y desapareció de la imagen. En ese momento el chico se levantó, salió, y unos instantes después volvió de nuevo al salón, miró a la cámara y dijo sonriendo: «Ya te tengo Marta».

¡Marta! ¡Aquella chica amiga de su padre y de Isabel de la que hablaron en el salón de su casa! Minutos después en la pantalla aparecían tres chicos entre risas y burlas. Cogieron al más gordito, se agarraron los hombros los cuatro y miraron a cámara. Héctor recordó la única fotografía que conservaba su padre de la época del instituto y que descansaba en la mesa de su despacho. Los cuatro rostros que vio en aquella proyección eran los mismos que los de aquella fotografía que tomaron en el banco de un parque y sintió un escalofrío que se convirtió en pavor cuando uno de ellos, su padre, sentenciaba entre risas: «Mañana, en el instituto, para todos los públicos y completamente gratis, esta proyección. ¡Adieu, Martita!».

La proyección se paró. Allí quedó la imagen fija de aquellos chicos con una sonrisa grotesca, casi demoníaca. Segundos después volvió la venda a sus ojos, la oscuridad y aquella sentencia aterradora susurrada a su espalda:

—Pagas por los pecados de tu padre... por los pecados de tu padre.

*Pub Audiencia 3 (Lerma, Burgos).
27 de febrero de 2018.
23:30 p.m.*

—¡Maldito Juan! ¡Malditos tú y tu cohorte de indeseables! Me habéis privado de tener aquí a mi lado a lo más parecido a una hermana que nunca tuve, brindando conmigo con un chupito de tequila como este.

—Yo beberé contigo, Isabel —me dijo Gallo tratando de que su voz se alzara sobre la canción de los chicos de A Fuego.

Me sonrojé al darme cuenta de que aquellas dos primeras copas de *whisky* ya empezaban a hacer estragos en mi organismo, pero aquel camarero no juzgaba a nadie y tenía el detalle de acercarse donde yo estaba —quizás por no ser de Lerma, o por los terribles momentos por los que estaba pasando— cada vez que tenía un minuto sin gente a la que atender. Entendí el por qué de que aquel local estuviese así de lleno la noche de un martes cualquiera.

—Gra... gracias —le contesté torpemente para luego señalar aquella pantalla de la esquina y tratar de justificar lo que iba camino de convertirse en borrachera—. Ya sabes.

Sirvió dos chupitos más. Puso uno enfrente de mí, alzó el suyo y lo acercó al mío para brindar.

—¡Por ti, por ese chico, y por que superes las heridas del pasado!

Chocamos los minúsculos vasos y apuramos de un trago su contenido. Después, mi nuevo amigo volvió a su tarea junto a Andrés, que tenía la virtud de no hacer esperar nunca a los clientes, haciendo entre ambos un binomio de perfección para satisfacer correctamente a aquella masa de gente. En el escenario, el grupo empezó otra canción.

*«Hoy he vuelto a despertar, y esa extraña sensación
que últimamente es frecuente en mi cabeza.
Puede que sea el colchón la causa de este dolor,
aunque seguro que será por la cerveza...».*

Una pareja pasó a mi lado. La chica paró con la mano al chico unos pasos después. Se acercaron tímidamente a mí y esta me preguntó:

—Perdona la indiscreción. ¿Eres la madre del chico desaparecido en Madrid?

Me puse en alerta.

—¿Por qué lo preguntas? —le respondí vagamente.

—Sales en la televisión todos los días. A Álvaro —y señaló al chico— y a mí nos extrañó verte aquí, en Lerma. Me llamo Eva. Álvaro y yo somos de la radio local y nos preguntábamos si podías concedernos una entrevista mañana. Estamos empezando en esto y sería un tanto a nuestro favor entrevistar a una de las protagonistas de la noticia del momento.

—No soy su madre, Eva —le aclaré—. Solo soy la orientadora del instituto donde estudia Héctor. No sé cómo os podría ayudar.

Lo habría hecho, juro que lo habría hecho, de no ser un tema tan delicado y no estar yo

misma en peligro, según me dijo Eliseo. O si no llevase unas cuantas copas de más y mañana no tuviese la cabeza como un tambor. Si hablase a la prensa, sería a chicos como aquellos, de emisoras como la suya, que luchaban por salir adelante con mucho cariño y mayor esfuerzo, prácticamente sin ayuda de nadie. Pero no podía. No debía.

—Mira, Eva —le contesté con cierta dificultad a causa del alcohol—, te juro que estaría encantada de concederos esa entrevista, pero entiende que ahora es un momento delicado, con Héctor desaparecido. Todo lo que yo pueda contarte no pasaría de meras suposiciones. Me habéis caído bien. Apunta tu teléfono en un papel y te prometo que en cuanto se solucione el caso, ojalá para bien, te llamo y seréis los primeros con los que hablaré.

—¿En serio? ¿Harías eso por nosotros? —me preguntó emocionada.

—¡Prometido! —sentencié.

—¡Gracias! ¡Gracias! —me dijo eufórica.

Pidió a Andrés un bolígrafo, apuntó un número de teléfono y se acercó de nuevo. Me dio el papel, dos besos, agarró a Álvaro y, seguro que comentándole la exclusiva que acababa de conseguir, se perdieron entre el resto de clientes que bailaban y tarareaban el estribillo de aquella canción de A Fuego.

*«... Otro día le he traicionado a la noche con el amanecer,
y es mentira cuando me prometo que no volverá a suceder.
Esta vida, entre la noche y el día, pierdo la lucidez.
Es mi vida, el único error del que no podrás aprender...».*

Casa Rural (Lerma, Burgos).

28 de febrero de 2018.

9:30 a.m.

Abrí los ojos y el sol que se colaba por la ventana los hirió como si de un cuchillo se tratase. No sé por qué me vino a la mente la frase que el pirata Robert le dice a Fezzik al noquearle en *La princesa prometida*:

«No envidio el dolor de cabeza que tendréis al despertar».

Supuse que había brindado demasiadas veces con Gallo, Andrés, Eva, Álvaro o los chicos de A Fuego que, al acabar el concierto, se sumaron al grupo que se formó en torno a mí, probablemente para que no me sintiese sola. Todos tuvieron la delicadeza, pese a haberme visto seguramente por televisión, de no preguntarme por Héctor, y se limitaron a tratar de que disfrutara la noche.

Fue curioso que pensase en ese libro concretamente. En cierto modo, Héctor era un poco como el propio autor cuando era niño, al que describe al inicio de la novela: un chico centrado en los deportes, incapaz de hacer amigos y al que un libro concreto —que leyó en alguna ocasión—, hizo que empezase a amar la Literatura y se refugiase en ella.

Fui al baño y me lavé los dientes, más para aliviar mi boca pastosa por la resaca que por la propia higiene bucal. Después descolgué el teléfono y volví a llamar a Carlos y Virtudes con el mismo resultado. Ninguno.

Era temprano. En la ducha había tomado la firme decisión de volver a Madrid. A pesar de las advertencias de Eliseo, volvería por el hecho de que el caso de Héctor se resolvería al día siguiente, para bien o para mal, según sus sospechas e investigaciones. No estaba dispuesta a esperar a doscientos kilómetros de allí con el alma en vilo y, sin avisar a nadie, volvería a la ciudad para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Sí. Volvería después de comer.

Desayuné con José María en su «paraíso» y, tras prometerle que volvería un año en agosto para disfrutar de El Mes del Barroco y, desde luego, de aquella maravillosa casa rural, pagué mi cuenta y me monté en mi coche con la intención de acercarme a Burgos y pasar allí la mañana para conocer algo de la ciudad. Quería despejar mi mente antes de afrontar las difíciles horas que, seguramente, tendría por delante cuando llegase a Madrid.

*Burgos.
28 de febrero de 2018.
11:15 a.m.*

Tras recorrer cuarenta kilómetros —escortada casi todos ellos por un inmenso manto blanco a ambos lados de la A1—, tomé el desvío a la ciudad por la antigua carretera a Vitoria y, ya antes de entrar, parecía que estuviese en Madrid. La nieve caída en las últimas horas había colapsado la ciudad y una lenta procesión de coches trataba de acceder a ella.

Tras más de media hora de paciencia y, tras una serie de rotondas, me desvié por una amplia avenida. No porque conociese la ciudad, sino porque el nombre de la misma era lo único que me sonaba: Avenida del Cid Campeador.

—Difícil despejarse así —murmuré—. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. Rodrigo Vivar... el hijo de Felipe Vivar, abrasado en un incendio... ¡Héctor!

Aproximadamente en la mitad de la avenida encontré una plaza de aparcamiento, dejé el coche y puse un tiquet para el máximo de horas permitido.

De igual forma que en Madrid no estamos acostumbrados a conducir con lluvia y colapsamos la ciudad con apenas cuatro gotas, me di cuenta de que ni estaba acostumbrada a andar por la nieve, ni aquellos zapatos de media cuña que me puse por la mañana eran el mejor calzado para andar por aquellas aceras nevadas. Realmente, con las prisas con las que salí de mi casa, no había cogido ningún otro calzado. Caminaba como un pato envidiando a aquellas gentes que se desenvolvían con destreza por las calles. Incluso gente de mucha edad se manejaba mejor que yo en aquellas condiciones. Tenía que ocurrir lo inevitable, y ocurrió.

Apenas unas decenas de metros más allá de mi coche, me disponía a cruzar al otro lado de la avenida y una de mis cuñas se hundió en las rejillas de un sumidero oculto por la nieve. Al intentar sacarla para echar a andar de nuevo, se partió y caí torpemente contra el suelo por el impulso al querer soltarme. Y allí quedé, no sé si más aturdida que avergonzada, de bruces, besando la nieve y dando gracias al cielo por haber ocurrido aquello con el semáforo en rojo.

Sentí que unos brazos fuertes agarraban los míos y trataban de levantarme hasta que, finalmente, conseguí ponerme en pie, con una pierna más larga que otra por la falta de una de mis cuñas, con la nieve cubriendo parte de mi cara y mi ropa, y esa sensación absurda de ridículo que le invade al ser humano después de algo como aquello, a pesar de que pudo acabar en desgracia.

—¿Estás bien? —preguntó alguien a quien la nieve en mis ojos me impedía ver—. ¡Vaya golpe te has dado! Da gracias que tenías un buen colchón de nieve y el semáforo en rojo.

Me limpié los ojos y sentí que mis mejillas ardían por la vergüenza. Delante de mí tenía un hombre alto, de sonrisa afable que, con cierto reparo, trataba de limpiar de mi cuerpo la nieve en las zonas que no eran comprometidas. Después de limpiarme, me cogió del brazo y me llevó a un portal para que me sentase en el umbral.

—¿Quieres que llamemos a urgencias? ¿Te has hecho algo? —me insistió aquel buen samaritano.

—No... no, estoy bien, creo. Muchas gracias —acerté a decir mientras descubría que, aparte de mi sentido del ridículo, no se había dañado ninguna cosa más.

—Se te ha roto el zapato —me dijo al reparar en el causante indirecto del incidente—. ¿Eres de por aquí? ¿Llamo a tu familia para que te recoja o te traiga otro calzado?

—Mucho me temo que tardarían un rato en venir. Soy de Madrid —le dije resignada—. Me llamo Isabel. Insisto, muchas gracias. Ahora buscaré una zapatería y arreglaré este desaguizado.

—El caso es que me suena tu cara, no sé de qué. En fin, yo me llamo Fern... Marquina, me llamo Marquina. Todos me llaman Marquina, y llegará un momento en que hasta se me olvidará mi nombre de pila —me dijo esbozando otra de aquellas sonrisas sanadoras—. No hace falta que vayas muy lejos. Aquí en la calle Clunia está una de las zapaterías de más prestigio en la ciudad: Calzados Aparicio. Deja que te acompañe. Visto lo visto vas a necesitar un lazarillo, no sea que vuelvas a Madrid en ambulancia.

—Gracias —dije casi sin poder contener una risa liberadora—. La verdad es que no he tenido un buen estreno en la ciudad. Será mejor que os haga caso a los que sabéis manejaros por estas calles. ¿Me llevas?

—¡Encantado! —exclamó alegremente.

Me levantó con cuidado y me ofreció su brazo fuerte para que me agarrase. Mis pasos, torpes antes del incidente y a pesar de la avería en mi zapato, se hicieron firmes al lado de Marquina. Pensé que el ser humano primitivo se agrupó en el pasado para cosas como la que ese hombre había hecho conmigo: servir al prójimo y esperar que, en un apuro, el prójimo le sirviese.

Por un momento negué que el ser humano hubiese evolucionado y recordé lo que Héctor me contó el día que le conocí. Bastaba subir a un autobús y observar el comportamiento de la gente. La humanidad se había abandonado al elogio y beneficio de su propio yo, y la consecuencia era que recelabas de todos y, por tanto, nos estábamos aislando. Por eso agradecí pasear del brazo de aquel desconocido, que abandonó por un momento su propio beneficio y me regaló un poco de su tiempo y una reconfortante sonrisa.

Apenas cinco minutos después de empezar a caminar, llegamos frente a una tienda de fachada y toldos salmón claro. Desde el exterior parecía amplia. El local, en «L», tenía amplios escaparates llenos de los más variados productos. En el toldo más pequeño recogido sobre la puerta, un nombre: Aparicio.

Mi acompañante se adelantó y me abrió la puerta cediéndome el paso. Agradecí el calor del local e, instintivamente, me sentí como en casa. Las zapaterías solían producir ese efecto en mí, por razones lógicas.

—¡Marquina! ¿Qué te trae por aquí? ¿Ya has roto otras botas? —exclamó una de las dos dependientas al reparar en mi acompañante, después de aparecer tras una cortina.

—Esta vez no me sacarás los cuartos, Rosa. No es para mí. Es para ella —dijo Marquina señalándome.

La mujer, al ver el desequilibrio de mi cuerpo, reparó en mis pies.

—La nieve, ¿no?.

—Mi torpeza andando por la nieve —le rectificó.

—Aquí la dejo, Rosa —intervino mi nuevo amigo—. He de volver a mis cosas. Espero que le des el mismo trato que a mí.

—Eso haré, Marquina, y recuerda que me debes una cerveza —exclamó mientras salía ya por la puerta—. Me vuelve loca este hombre —me dijo cuando este hubo abandonado el establecimiento.

—No me extraña, es tan... tan —intenté buscar un adjetivo adecuado.

—¡Humano! —interrumpió ella.

—¡Exacto! Humano. Cosa rara en los tiempos en los que vivimos.

—Pues todavía no lo sabe —sentenció—, pero se casará conmigo algún día.

Y reímos con ganas las dos.

—Pero siéntate, maja —me dijo recuperando la compostura—. ¿Te caíste? ¿Te has hecho daño? ¿Llamamos a urgencias?

—No, no. No hace falta. Con que cambie de calzado será suficiente —le dije mientras me sentaba.

—¿Te busco un calzado parecido al que llevas? —me preguntó—. ¿Qué número calzas? ¡Espera! —exclamó mirando mis pies—. ¡Un ocho! Treinta y ocho, ¿verdad?

—Sí... sí —balbuceé sorprendida por el acierto de Rosa—, pero creo que mejor, dadas las condiciones de ahí afuera, unas botas. ¿No?

—No es magia —dijo ante mi sorpresa—, no soy adivina. Lo digo por tu número de pie. Es que llevo ya muchos años calzando a los burgaleses. ¡Deformación profesional! —concluyó sonriendo para perderse luego detrás de una de las dos puertas con cortinas de la pared, enfrente de donde estaba sentada.

Me quedé contemplando aquella enorme tienda. Mientras, la otra dependienta atendía pacientemente a una señora mayor en otra de esas filas de asientos unidos por barras de hierro galvanizado. El interior era muy alto, con un despacho en la planta superior. Enfrente de donde estaba sentada, había tres expositores en huecos horadados en las paredes y separados entre sí por las dos puertas cubiertas con cortinas. A mi izquierda, un pequeño mostrador, y al otro lado el principal y, como aprecié al entrar, enfrente de este la puerta de la que salió Rosa y que daba acceso a otro espacio al que se accedía por escaleras descendentes.

A mi derecha había más expositores con diversos modelos y sobre estos, un diploma, que supuse que era del fundador del negocio.

—Era mi padre —me dijo Rosa con cierta tristeza al aparecer tras la cortina y darse cuenta de que miraba hacia allí. Hablar en pasado de una persona solo tenía un significado.

Venía cargada con numerosas cajas de la misma forma que yo recordaba a Carlos y Virtudes en mi infancia haciendo equilibrios en su zapatería y me sentí reconfortada por los recuerdos. Pensé en que, a pesar de haberles visto tantas veces así, no recordaba que se les cayese nunca ninguna caja de las que llevaran. Rosa puso delante de mí varios modelos de botas de distintos colores y materiales para que eligiese. Los observé.

La mujer mayor ya había pagado su compra a la compañera de Rosa y esta se unió a nosotras.

—¿Eres de por aquí? —me preguntó por sorpresa—. Me suena tu cara y...

—No —le interrumpí antes de que su memoria le llevase donde pensara que iba a encontrarme—. Soy de Madrid.

Se quedó dudando, pero no volvió a preguntar.

—Es mi hermana Guadalupe —intervino Rosa—. Ambas llevamos este negocio que fundó mi padre. —Señaló el diploma—. Así que estamos condenadas a entendernos porque pasamos más horas aquí juntas que en nuestras respectivas casas.

Guadalupe se agachó y eligió una preciosa bota de cuero negro con acabado brillante y, disculpándose, me quitó el zapato sin cuña y me la calzó.

—Esta es la más cómoda, créeme —me dijo con seguridad—. Yo tengo unas iguales y es una delicia caminar con ellas ahí afuera. Calientes, con una buena plantilla en su interior, buenos

materiales y bonitas ¿Qué más se le puede pedir?

—Pues tienes razón —le contesté al sentir la calidez de aquella bota al entrar en mi pie. Me levanté, di unos pasos con ella puesta, y al sentarme otra vez les dije—: ¡Estas! No se hable más.

Guadalupe sacó la otra bota de la caja, y me la puso también. Cogió mis zapatos rotos, los metió en una bolsa y me los entregó.

—¡Qué bien tratáis a los clientes! —exclamé—. No me extraña que, como me dijo Marquina, esta sea la mejor zapatería de Burgos.

—Me ama. Seguro —intervino Rosa alegremente, y volvimos a reír las tres.

—Diréis que estoy loca por lo que estoy a punto de pedirlos —les dije de repente—. Veréis. Cuando era pequeña pasaba muchas horas en el almacén de la zapatería que tenían los padres de mi mejor amiga. Ella nos dejó hace muchos años y, aunque sus padres siguieron con el negocio, dejé de bajar a aquel almacén. No me sentía con fuerzas para estar allí sin ella. No estoy pasando últimamente por mis mejores momentos y...

—¡Eres ella! —gritó de repente Guadalupe, que no había dejado de darle vueltas a quién era yo—. La madre del chico que ha desaparecido en Madrid.

—No, no —le corregí—. No soy su madre. Si lo fuese, nada ni nadie podría hacerme salir de Madrid hasta que apareciese. Y sí, sí soy la que sale tanto en la televisión, pero solamente soy amiga de la familia. Evidentemente, ese es el mal momento por el que estoy pasando y necesito algo de consuelo. Sentirme arropada, como en casa. De ahí el favor que os quería pedir.

—Pues si sirve para que borres tu cara de tristeza y te alivie la angustia, solo tienes que pedirlo —me dijo Guadalupe.

—Lo que necesites —añadió Rosa.

—Pensaréis que es una tontería, pero necesito entrar en el almacén y verme rodeada de cajas apiladas de calzado —les dije finalmente—. Sentirme como en casa. Evocar aquellos años en los que no tenía miedo y miraba el futuro con ilusión, los días en que pensaba que se iban a cumplir los sueños que mi amiga y yo teníamos.

Me cogieron cada una de un brazo y, con una dulzura infinita, me levantaron de la silla, me acercaron frente a una de las cortinas que daban acceso al almacén, la descorrieron y al unísono, de la manera que solo los lazos de sangre saben sincronizar, dijeron:

—Todo tuyo.

Al cerrarse las cortinas a mi espalda sentí que entraba en un túnel del tiempo. Las cajas elevándose hasta el techo. ¡Por fin en casa! Me parecía escuchar las risas de Marta. De las paredes surgían los ecos de nuestras canciones desafinadas, los cuchicheos de preadolescentes, las pequeñas reprimendas de Virtudes, las cariñosas palabras de Carlos...

Y, de repente, un toque de la campana de la iglesia de enfrente me trajo a la memoria todo el sueño, arrancándome de golpe de mis recuerdos...

«¡Nooooo! ¡Le has dado en la cabeza a Marta! ¡Levántate, por favor! ¡Marta! ¡Martaaa! ¡La has matado, Juan! ¡Otra vez! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis!...»

—¡El aroma del cuero del calzado! —recordé con terror y salí rápidamente del almacén—. ¡Dios mío! ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Creo saber dónde tienen a Héctor! ¡Ya sé quién puede tener la culpa de todo esto! —gritaba nerviosamente—.

Rosa y Guadalupe intentaban calmarme mientras daba rápidos paseos de un lado a otro de la tienda, tratando de encontrar la mejor forma de solucionarlo todo sin que Héctor sufriese ningún daño.

—¡El 1 de marzo! ¡El 1 de marzo! —repetía una y otra vez—. Eliseo dijo que esperarían hasta el 1 de marzo. Pasaré mañana. ¡Me tengo que marchar! Cincuenta euros. ¿Es suficiente? ¿Es más? —les dije poniendo el billete encima del mostrador.

—Es suficiente —dijo Rosa—. ¿Quieres que avisemos a la policía?

—No. No, por favor. No hasta que llegue a Madrid. Yo les avisaré. He de estar allí e ir con ellos a por Héctor. Gracias por todo. Gracias por dejarme entrar ahí —les dije consciente de que su gesto conmigo me había abierto los ojos—. Si mi intuición no me falla y estoy aún a tiempo, vuestro favor puede hacer que salvemos a Héctor.

Las abracé y salí corriendo hacia mi coche con un destino claro: Madrid. Eran las doce y cuarto de la mañana y no volví a mirar mi reloj hasta que paré el coche y tuve mi destino enfrente de mí.

Madrid.
28 de febrero de 2018.
15:15 p.m.

Busqué en internet el número del departamento que estaba llevando el caso de Héctor. Respiré profundamente y marqué.

—Grupo 1. ¿Dígame?

—Tengo información sobre el caso de Héctor López. Me gustaría hablar con el responsable de la investigación.

El agente al otro lado del teléfono dudó un momento y, tras pedirme que aguardara, se oyó el ruido del aparato al depositarlo sobre la mesa. Poco después lo volvieron a coger.

—¿Quién es?

—Isabel Sáiz de Lerma. Creo saber dónde tienen a Héctor.

—¿Está segura?

—Tan segura como que estoy ahora mismo en mi coche aparcada delante del sitio.

—¿Aquí? ¿En Madrid? ¿No se le dijo que desapareciese un tiempo?

—Sí, pero puedo ser útil aquí. Sé cómo tratar a este tipo de personas, de qué y cómo hablarles.

—¿De ninguna manera voy a consentir que un civil se ponga en peligro!

—No pienso moverme de aquí, ni voy a decirles dónde está si no me prometen que entraré con ustedes. Es más, si no acceden, intentaré entrar sola.

—¿Está bien, está bien! Dígame dónde está.

—Enfrente de la tienda de zapatos de los padres de Marta Díaz.

—Ni un movimiento hasta que lleguemos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Al acabar la conversación, empezaron a sonar alertas en mi teléfono. Pulsé el icono que me indicaba que tenía algunas llamadas perdidas. Eran del teléfono de Carlos. Le marqué.

—¿Carlos? —pregunté nerviosa.

—¿Claro, niña! ¿Quién iba a ser si no? —me respondió entre sorprendido y divertido—. ¿Ha pasado algo? Tengo muchas llamadas perdidas tuyas y...

—Sí. Bueno, no. No ha pasado nada —titubeé—. Simplemente, no podía contactar con vosotros y estaba un poco preocupada.

—Ya sabes que en La Tejera no hay mucha cobertura, niña. Te dijimos que teníamos papeles que arreglar, pero ya estamos camino de Madrid. ¿Cenarás con nosotros?

—No, Carlos. No creo que pueda hoy —me excusé—. Mañana comemos juntos. Cuidado en la carretera. Un beso. Adiós.

No quise prolongar más la conversación. Carlos me conocía suficientemente como para llegar a adivinar que algo podía estar ocurriendo. No quería preocuparles y, desde luego, tampoco quería que se involucrasen directamente en algo en lo que, involuntariamente, ya lo estaban.

Apenas treinta minutos después apareció un coche del que salió un policía que me hizo un gesto con la mano. Asentí mientras veía cómo numerosos coches patrulla y del SAMUR, sin

activar las señales de emergencia, se apostaban a una distancia prudencial cortando ambos lados de la calle.

Un agente, protegido por un escudo y con casco, delineó un amplio círculo en el cristal del escaparate. Comprobé que se trataba de una especie de diamante porque, segundos después, extraía con dos ventosas aquella circunferencia amplia casi perfecta. Dos agentes más se unieron y apartaron el panel expositor de madera tras el cristal. Cuando comprobaron que el interior estaba despejado, nos hicieron una seña para que nos acercásemos.

—Vamos a esperar unos minutos —me dijo Romero—. He llamado a Camacho, pero no doy con él. No me gustaría que se perdiera esto, o me lo estará restregando hasta que se jubile.

—No se preocupe, Romero. Estará. No se lo perdería por nada del mundo —sentenció convencida.

Tras más de cinco minutos de inútil espera, Romero hizo un gesto al policía que permanecía a nuestro lado y me miró seriamente.

—Bien —me dijo el comisario mientras el compañero me colocaba un chaleco antibalas—, vamos a entrar ahí. Ni se le ocurra salir de detrás de mi espalda. Si le digo al suelo, al suelo. Si le digo que corra, corre. Si le digo que se calle, se calla. A estas alturas no me fío de nadie. Haga una gilipollez y yo mismo le pego un tiro. ¿Entendido?

—En... entendido —balbuceé asustada.

Entramos en la zapatería y descorrimos las cortinas por las que se accedía a las escaleras que bajaban al almacén. Un olor nauseabundo, mezcla de orina, vómitos y carne en descomposición, se coló por nuestras narices apenas pasamos al otro lado. Temí lo peor.

Según bajábamos, la anterior penumbra de la escalera se iba transformando en una tenue luz que permitía que viésemos algo más los escalones. Solo se escuchaban los acordes de una canción del pasado.

Antes del giro de escalera —desde la que se podía ver el almacén en su totalidad— la luz se hizo un poco más intensa. Al llegar al último peldaño y mirar a la pared de enfrente no pude evitar que saliese de mi garganta un grito ahogado. Enfrente, desnuda delante del Kike que conocí de joven, estaba Marta, congelada en una imagen y en el tiempo.

Héctor, sentado y con las manos atadas a la espalda, tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

—No quería creérmelo, pero... ¡¿Tú?!

—Ya lo ves, así son las cosas —me dijo fríamente—, pero ¿cómo supiste...?

—El aroma del cuero del calzado se impregna sutilmente en la ropa —le interrumpí—. Yo lo huelo, tengo esa virtud. ¿Por qué haces esto?

—¿Por qué? —preguntó—. Vosotros, los psicólogos y psiquiatras, habláis de que existen ciertos tipos de personas a las que, si se les daña una parte del cerebro, el núcleo accumbens, pueden llegar a hacer cosas como esta. A esa pequeña parte yo le llamo «el cerebro de Caín». ¿Has leído la Biblia? ¿Conoces la historia de Caín y Abel? Yo crecí en un pueblo de la provincia de Badajoz, en Herrera del Duque...

*Herrera del Duque (Badajoz).
Julio de 1972*

Después de más de media hora de carrera alocada, Eliseo llegó junto a la partida de búsqueda, que reposaba poco después de comer en lo alto del puerto, y vio a José, el brigada, sentado a la puerta de la caseta de la Dirección General de Montes. Con el alma y las entrañas a punto de salirle por la boca se acercó a él, inclinó el tronco hacia abajo y señaló en dirección a la charca mientras le volvían las arcadas.

El guardia civil se acercó hasta él. Le levantó sin miramientos.

—Le... le...encontré. La Charca de los Perros. —acertó a decir.

—¡La charca! ¡En la charca! —gritó José y los hombres iniciaron el descenso, corriendo como si huyesen del mismísimo Diablo.

Eliseo les miró mientras bajaban de la sierra. Recuperó un poco el aliento y empezó a correr, pero en lugar de seguir a los hombres se dirigió hacia el pueblo. Los cardos en el llano se clavaban en sus piernas. Notaba cómo la sangre empezaba a resbalar debajo de su pantalón de tergal, pero no podía dejar de correr.

Delante de la puerta se paró en seco. Los pantalones rezumaban la sangre de las heridas. Las zapatillas estaban llenas del polvo que dejaban aquellas tierras, su boca solo era pura costra por la sed.

Quería recuperar el aliento antes de darle la noticia del macabro hallazgo. Miró las dos hojas de madera recia perfiladas de clavos de cabeza redonda y se fijó en la cerradura. Nunca antes había reparado tanto en ella: dos jarrones metálicos en relieve custodiaban a la bestia que tenía el hueco donde entraba la llave. Era un tres perfecto. Empujó la puerta y entró en la casa.

Cruzó el largo pasillo hasta el patio y se paró en la entrada. Vio que estaba haciendo dados a una raja de melón con una de aquellas navajas curvadas para la vendimia de las que hacían en Don Benito. Los pinchaba con la punta y se los llevaba a la boca. Ni siquiera miró a Eliseo. Sabía que estaba allí. Escuchaba aquellos jadeos familiares.

—Le he encontrado —dijo finalmente.

Sabía lo que había encontrado, pero ni se inmutó.

—¡Habla, muchacho! —le gritó sin mirarle tío Francisco.

—Está en la charca. Le han cosido a navajazos. Su caballo, Caín, está en sus tierras, en la charca. Está hinchado, lleno de sangre. Ya ni parece tordo. Está hecho jirones.

—Yo le dejé allí —sentenció su tío mirándole por primera vez.

—¿Usted mató a Caín? —preguntó sorprendido.

—¡Tú mataste a Caín con tus pecados! —le gritó su tío—. Anteayer, en la calleja. Lo vi todo y he tapado tu mierda, muchacho.

—¿Yo? Yo... —Eliseo trató de articular palabra pero su tío le interrumpió.

—Me llamaron la atención unas voces que venían de cerca de mi cochera, entreabrí la reja y me asomé un poco. Tu Ricardo andaba delante de ti. Te paraste al lado de mi puerta falsa, jadeando como si hubieses subido corriendo al castillo. Le decías que volviese a casa, que iba a matar a tu madre a disgustos. Que bastante habíais tenido con lo de tu padre. No se paró. Quizás ni

siquiera te escuchaba. Era tozudo ese muchacho que tenías por hermano, pero era noble.

Su tío hizo una pausa, como escogiendo las palabras que a continuación le dijo. Dejó en la peana la raja de melón y continuó.

—Agarraste un canto chico y se lo lanzaste a la espalda, pero él no se volvía. Otro canto. Tampoco. Ni lo imaginó. No sé qué demonio te entró en el cuerpo en un instante. Mientras se alejaba vi cómo cogías aquella piedra que casi pesaba más que tú. En un suspiro, con la fuerza de ese demonio que llevas dentro, la lanzaste. Un golpe y cayó como el plomo desde una azotea. Su cabeza sangraba como un guarro en la matanza.

Hizo una pausa y, girando nerviosamente la cabeza a izquierda y derecha, continuó hablando.

—Miraste a todos los lados. Te acercaste a él y por un momento abrió los ojos. Creí ver en ese muchacho un profundo sentimiento de incredulidad. De todo lo que en este mundo podía quitarle la vida, tú eras quien menos temía que se la arrebatase, y con los ojos abiertos como platos y un gesto de incredulidad, se fue de este mundo.

Remedó la expresión que Ricardo puso cuando se quedó sin vida, mirando a Eliseo como lo hizo su hermano y alzando igualmente la mano hacia él, como si hubiese querido acariciar su cara por última vez. Intentando repetir, antes de que se le marchase del cuerpo herido el último soplo de vida, la caricia que le daba cada noche sentado al borde de su cama antes de dormir.

«Te quiero, empollón. Sueña con esos mundos que lees».

Finalmente, su tío bajó el brazo y retomó el relato.

—Miraste nervioso a un lado y a otro y echaste a correr. Ni los gatos estaban por las calles a esas horas. No lo pensé. Cogí uno de esos sacos grandes para el abono y le metí dentro. Tapé la sangre de la arena de la calleja. Esperé un par de horas para asegurarme de que tu Ricardo ya no estaba en este mundo y tener la certeza de que nadie andaría por las calles. Cogí a Caín, le ensillé, cargué el saco con el cuerpo de tu hermano delante de mí y me fui a mis tierras.

Sus ojos se entrecerraban como si, al hacerlo, los recuerdos se enfocaran mejor. Su mano temblaba empuñando aquella navaja curva. Eliseo sintió pavor. Finalmente la cerró, la dejó junto a la raja de melón y continuó.

—Llegué a la charca, cavé un hoyo y le enterré. Sabía que cualquiera que pasara por allí, cualquiera de esos muchachos, que como tú o él mismo se bañaban sin mi permiso en la charca, olería aquel cuerpo. Tumbé a Caín como le enseñé desde que era un potrillo encima de donde enterré a Ricardo. Tres puñaladas en el cuello, y el pobre me miró con la misma incredulidad con la que te miró a ti tu hermano. Relinchaba como un poseso y trataba de levantarse pero, a cada movimiento, sentía que la vida se le escapaba por los tajos. Resignado, recostó la cabeza, abrió un poco la boca y... y... se acabó.

Eliseo sintió como si se le marchara una parte de sí mismo con la última palabra, como si al morir Caín una parte de él también muriese. Con los ojos perdidos, mirando la pared jalbegada del patio enfrente de él, volvió a hablar.

—Besé su frente como si besara la del hijo que nunca tuve. Después una, otra y otra puñalada más para que el olor de aquel cuerpo, desangrado y en putrefacción, tapase el que sin duda empezaría a desprender el de tu hermano —le miró con rabia por primera vez, le señaló con el dedo índice y sentenció—: ¡Tú! ¡Tú mataste a Caín!

—Pe... pero ¿U...usted? ¿Por qué? —preguntó Eliseo entre sorprendido y aterrado.

—¿Que por qué? ¿Sabes por qué las cigüeñas de ese campanario se orinan y se cagan en las patas tapando su belleza? —dijo Francisco señalando la torre de la iglesia—. Para aliviarse del calor. Yo lo hice para aliviar la carga de haber matado a mi hermano tapando el que tú mataras al tuyo. Así podrás tener la vida que ya no tendrán ninguno de los dos y evitar que te señalen como me señalan a mí, que incluso se cruzan de acera cuando me ven venir.

—¿Usted? ¿Usted mató a mi padre? —le preguntó mirándole con un odio infinito—. Madre me dijo que fue un furtivo y...

—Fue un accidente, muchacho —le interrumpió, adquiriendo un tono de disculpa—. A pesar de nuestras disputas de jóvenes por ver quién rondaba a tu madre, te juro que no le vi. Es lo que terminó reflejando el atestado de la Guardia Civil y así lo cerraron en el juzgado. Sin embargo, fui yo el que disparó.

Hizo una pausa y cerró los ojos como si se perdiera en sus recuerdos.

—Tu padre, como siempre, recorriendo el monte parándole los pies a los furtivos. ¿No podía ser como otros de la Dirección General de Montes que apenas mueven el culo? ¡No! Además, ¡joder! ¡Estaba en mis tierras de Los Valles! ¿Cómo coño iba a saber yo que había nadie detrás de aquellas tupidas jaras? Algo se movía y disparé creyendo que era un jabalí. ¡Maldito ingeniero!

Se quedó pensativo. De cada ojo salió una sola lágrima, veloz como la liebre, como si hubiesen estado esperando durante años ese instante para salir. Como si fuesen las dos únicas que aquel hombre arisco hubiese derramado en toda su vida. Cuando llegaron a las mejillas, le dijo a su sobrino con una tristeza infinita:

—Ese día tú perdiste a tu padre, yo a mi hermano y el poco cariño hacia mí que le quedaba a tu madre. Mi Carmen... mi querida Carmen. ¡Dios! —exclamó sin ser capaz ya de detener el llanto—. Sentada en el suelo, al lado de aquellas jaras, con el cuerpo de tu padre bañado en sangre en sus brazos, como esas imágenes de la Piedad de las iglesias... Me miró como si estuviese viendo el mismísimo rostro del Diablo y nunca más me ha vuelto a mirar.

José, el brigada, entró llamando a voces a Francisco por el pasillo de la casa.

—¡Francisco! ¡Hemos encontrado a Caín en la charca!

Al llegar al patio, el guardia civil vio a ese hombre anegado en lágrimas y luego reparó en Eliseo.

—Condenado muchacho. Has desperdigado a toda la partida. ¿No podías haber dicho que solo era el caballo de tu tío?

—Yo... yo... yo —Eliseo trató de replicarle mientras miraba alternativamente a uno y otro.

—Ya me lo ha dicho mi sobrino —intervino Francisco mientras secaba sus ojos—, y allí se va a quedar a pudrirse bajo el sol. Está en mis tierras, a nadie estorba. Que sirva de alimento a las alimañas. El que le haya matado vivirá con ello el resto de su vida.

—¿No vas a presentar denuncia? Era tu caballo favorito y...

—¡No hay nada que denunciar, José! —le interrumpió.

—Co... como quieras, Francisco —replicó el brigada tras unos segundos de duda—. Te dejo, que vamos a seguir buscando a ese muchacho. Quiera Dios que demos pronto con él, que bastante disgusto tiene la madre.

—Quiera Dios —dijo Francisco. Y volviéndose hacia Eliseo, continuó— Y tú, anda a ayudar a los hombres a buscarle. Y dejad a mi caballo donde está, a ver si así consigo que esos condenados muchachos dejen de ir a bañarse a mis tierras.

Zapatería de los padres de Marta (Madrid).

28 de febrero de 2018.

16:30 p.m.

Eliseo regresó de nuevo al presente y volvió a mirar hacia mí, que permanecía incrédula por lo que aquel policía en el que confié nos contaba.

—¿Y tú, como las cigüeñas, también diriges la orina y las heces hacia las patas? ¿Tapas la belleza de esos chicos con podredumbre para aliviarte? —le pregunté finalmente.

—Yo nunca quise matar a mi hermano, Isabel —me dijo evitando mi mirada—. Aquello fue un desgraciado accidente. Durante años me he dedicado en cuerpo y alma a cuidar como policía de todos esos chicos vulnerables de ahí fuera, como si fuesen mi rebaño. Y bien sabe Dios, si existe, que lo he intentado con todas mis fuerzas. ¿Verdad, Ricardo?

Eliseo se detuvo, como si sus propias palabras le hiriesen. Aquella mención en presente a su hermano, me confirmaron de alguna manera lo que barruntaba cuando volvía en coche a Madrid. Camacho era responsable de todo aquello sí, pero, por su manera de actuar ante nosotros —y por la revelación del trauma que vivió en su infancia—, este podía padecer amnesia disociativa y, en algún momento de su vida, debió dejar de medicarse.

Romero seguía apuntándole con su arma, mientras con su mano libre palpaba mi cuerpo para comprobar que seguía detrás del suyo. El inspector continuó hablando.

—¡Yo soy un monstruo?! —gritó enojado volviendo la mirada hacia el comisario. Hizo una pausa y, sin quitar su gesto enrabiado, siguió hablando—. Seguro que ahora lo pensarás, Romero. Y mientras, gente como el padre de este chico se toma a broma el sufrimiento de una pobre chica adolescente y le importa una mierda que se quite la vida por los pecados que él ha cometido. O los burócratas como tú o mi jefe del GRUME, que no van al fondo de algo tan grave por quedar bien con un amigo o con la prensa. ¡Vosotros sois los verdaderos monstruos! ¿Y soy yo el que tengo que justificar que hago bien mi trabajo? Mi trabajo es estar ahí afuera quitando escoria de la calle, de pie y esposada... o en la camilla del SAMUR con una manta térmica encima, si hace falta. ¡Esa es la pasta de la que estoy hecho! ¿Y quién tiene que justificar un disparo para defenderse de una amenaza de esa gentuza? ¡Yo!

Eliseo volvió a quedar unos segundos en silencio, suavizó un poco el gesto tenso de su cara y continuó.

—¿Cuántos tíos están en las cárceles de España por hacer bien mi trabajo? ¿Cuántos, Romero? —le preguntó insistentemente al comisario.

—Bastantes, Camacho, pero...

—Pero soy yo el que tengo que dar explicaciones a Su Señoría si se ha hecho un arañazo uno de esos hijos de puta al detenerle —le interrumpió Eliseo—. Coges a una mierda de niño que acaba de coser a puñaladas a una pobre mujer y tu propio compañero se indigna porque le metes en el coche sin miramientos. Es el mundo al revés. Marta Díaz muerta, sus padres destrozados y cuatro verdaderos depredadores en la calle para seguir devorando a quien se ponga en su camino. ¿Y quién es noticia en la prensa? El policía que les mete a hostias en el coche.

—¡Es la Ley, Eliseo! —le dijo el comisario enérgicamente—. Y nosotros estamos aquí

para defenderla.

—La Ley... ¡la Ley! La Justicia deja en la calle a tipos como el padre de este chico, el director de su instituto o a esos profesores que miran hacia un lado mientras unos cuantos hacen pasar por un verdadero infierno a una pobre adolescente. ¿Y soy yo el monstruo? ¡Yo soy el que imparte la verdadera justicia, joder! ¡Ojo por ojo...!

—¿Qué te ha pasado, Eliseo? —le preguntó con tristeza Romero—. Eras un policía de diez, admirado en todo el Cuerpo. Un poco cabronazo, eso sí, ¿pero esto...?

Camacho relajó el gesto y con un tono de voz más calmado volvió a hablar.

—Ese incendio de hace dos años y ese apellido, Vivar, despertaron de nuevo el «cerebro de Caín». Las inevitables respuestas exageradas de la liberación de la dopamina. ¿Verdad, Isabel? El núcleo accumbens, el núcleo accumbens... —repitió machaconamente como si quisiera justificarse.

—Ese «cerebro de Caín», como tú le llamas —le dije verdaderamente enfadada—, de igual forma que hace que no tengas en cuenta las consecuencias de tus actos, es el responsable, entre otras cosas, de la risa, el miedo, el efecto placebo... o las emociones provocadas por la música.

Eliseo desvió hacia mí su mirada y luego agachó levemente la cabeza. De alguna forma le estaba haciendo daño. Lo aproveché y continué:

—Sin duda has leído sobre el funcionamiento del cerebro, pero te saltaste lo de la plasticidad, que hace que pueda reeducarse. En lugar de aprovechar la oportunidad que te dio tu tío en Herrera del Duque y reeducarlo, te quedaste anclado en las emociones negativas que provoca, en el miedo a reconocer que puedas tener otra enfermedad distinta o en la adicción que pueda provocar el primer acto de sangre. Tenías la oportunidad de elegir entre dos papeles y te quedaste con el peor.

La cinta de vídeo se había detenido con los rostros que tenía en mi memoria de aquellos cuatro jóvenes de instituto. No habían calibrado las consecuencias de aquel acto en el que denigraron a Marta hasta tal punto que provocaron su muerte prematura. Yo misma, viendo aquellas caras juveniles, exploté de aquella rabia que me invadió en 1990, y a punto estuve de plegarme a la justicia de Eliseo. Héctor me devolvió a la cordura cuando sufrió otro de sus espasmos.

—Este chico —le dije recuperando mi anterior determinación—, también ha sufrido acoso en su instituto. Tendría la excusa perfecta para que su ira se transformase en venganza y, sin embargo, optó por la resistencia pasiva. Eligió no cambiar. Se decantó por no ser la persona que veía en su padre cada día y creó su propia personalidad. Maduró en diecisiete años lo que muchos no maduran en treinta. Juan, Nacho, Kike y Felipe ya han tenido el castigo de soportar sobre su conciencia la muerte de Marta.

—El incendio fue accidental, Eliseo —intervino Romero—. Una desgracia sin más. ¿Te parece poca la condena que ya les ha proporcionado la propia vida? Tenías que haberlo dejado estar.

—¿Y perder la oportunidad de hacerle justicia a Marta y, de paso, a mí, a quien denigraron en 1990? —le contestó con ira el inspector, a quien la nueva mención a aquel incidente pareció despertarle del letargo en el que le habían sumido mis explicaciones—. ¡No, Romero. No!

Parecía que con aquello Eliseo había vuelto a tomar el mando y sin querer perder la oportunidad, siguió con su relato mientras los demás permanecíamos inmóviles.

—Esos cuatro chicos del instituto en 1990 —nos dijo señalando la foto fija en la pared

—. Sería raro que alguno de ellos, si no todos, no se metiesen en problemas ya de adultos si así se las gastaban siendo adolescentes. A raíz del incendio donde apareció el bisnieto de Vivar, metí los nombres en el AFIS y apareció uno de ellos: Enrique Blázquez, el tal Kike. Un toxicómano, identificado muchas veces como propietario de una «cunda» y ladrón de poca monta para pagarse la dosis diaria. Le localicé en la dirección que aparecía en su ficha y en cuanto le vi llegar a su portal, esperé. Media hora después llamé a su puerta. Aquel yonqui, tal vez con el mono, tan vulnerable, me creyó sin más. «Te he traído mierda de la buena para que la pruebes», le dije cuando asomó la cabeza tras la puerta. «Cortesía de la “Familia” por llevarles tantos clientes».

Eliseo hizo un alto en su relato y nos señaló el cuarto de baño del almacén de la zapatería.

—¡Ese maldito estúpido, Kike...!

Romero miró nervioso hacia el baño mientras apuntaba con su arma alternativamente en esa dirección y a Camacho.

—No te preocupes, Romero —le reveló Eliseo—. De ese «viaje» no creo que vaya a volver. ¡El muy imbécil debió pillar ayer la heroína más pura de la Cañada! Tenía que quedarse aquí con este muchacho y hacerle lo que pactamos que le haría. Y se fue a pillar heroína. Por eso he de acabar yo su trabajo. Cerrar el círculo.

—No lo hagas, Eliseo —trató de razonar con él el comisario—. Todo tiene solu...

—¿Me vas a dejar continuar, Romero? —le interrumpió el inspector—. Llegados a este punto lo mejor es llenar con un poco de luz la oscuridad por la que andabas, ¿no?

—Continúa, pero, por favor, tranquilízate. Aparta el arma del chico.

—¿Y ponerte mi cabeza de diana? No... por ahora.

Tras un instante de silencio, continuó.

—Ese yonqui, decía, tan vulnerable, entreabrió la puerta y en tres segundos estaba chupando el suelo esposado. Estaba desnudo como si estuviese a punto de ducharse. Le llevé al salón y, ¡sorpresa! El indecente tenía puesto el vídeo de la pobre chica días antes de matarse por los pecados de aquellos desgraciados. Probablemente se tocaba fantaseando con ella para intentar conseguir un placer que ya solo obtenía con la heroína. ¿Qué clase de enfermo conserva el vídeo que provocó la muerte de una chica durante veintiséis años? ¿Y yo soy el monstruo? ¡Joder!

Volvió a hacer una pausa. Yo miraba alternativamente a Eliseo y a Héctor que, con la cabeza ladeada hacia el hombro izquierdo, solo se movía cuando era presa de algún espasmo, como si le diesen pequeñas descargas. Me alarmé.

—¡No sabéis lo que se puede aprender de tipos como Chema Iglesias de la Científica cuando tienes claro lo que buscan! —exclamó Camacho de repente—.

—¿Iglesias? ¿Chema Iglesias está metido en todo esto? —le preguntó el comisario.

—De ninguna manera, Romero —le contestó Camacho—. Iglesias solo le contó a un solitario inspector de homicidios algunos de los procedimientos en los barridos de escenas. Así sabría qué cosas debía tapar antes de dejar los cuerpos en la calle.

»De repente, delante de ese miserable desnudo en el salón de su casa, esa minúscula parte de mi cerebro se activó de nuevo y le dije a ese despojo que se pudre en el aseo: «Tienes dos opciones. Una: te detengo, me llevo ese vídeo y mis informes de 1990 con la investigación sobre la muerte de Marta Díaz al despacho del juez y te comes solo el marrón. Ya imaginas tu futuro, hacer de putilla de la Primera Galería de Soto del Real hasta que palmes, y viendo tu estado no creo que tardes mucho. O dos: te doy la oportunidad de que me ayudes a hacerle justicia ahora a esa chica, te vas de rositas de todo esto y no vuelves a verme nunca más. Podrás seguir

chutándote esa mierda que te metes la poca vida que te queda».

—Eliseo, por favor —le interrumpí preocupada por el estado de Héctor—, deja que se lleven al chico. Afuera hay mucha policía y sabes que no vas a salir indemne de aquí. Detenido o... o muerto. Déjalo estar. Marta no va a volver por mucha justicia que solo tú crees que impartes. Héctor tiene toda una vida por delante, la que ella no tuvo, si no es demasiado tarde ya para él.

—Puede que sí, y puede que no —me respondió con ironía—. Depende de lo que su organismo aguante todo el paracetamol que lleva tomando desde la noche del domingo. Paracetamol, ¿te suena? Pues tu amiga sufrió lo increíble por él antes de morir, deberías tenerlo en cuenta antes de juzgarme. Lo mismo que el hijo de Ignacio Cércoba, con la absenta que adulteró y que ese pobre diablo le obligó a tragar. Bebía, ¿no? Igual que todos esos jóvenes de ahora, jodiéndose el hígado como hobby. ¡Pues yo le evité el sufrimiento que provoca la cirrosis con el paso de los años! Le di su mejor viaje en pocas horas... El último.

Eliseo volvió a señalar el cuarto de baño con el dedo índice repetidamente.

—Ese imbécil, después de explicarle qué cosas debía limpiar de aquel banco, dejó algunos de los pelos que el chico le arrancó mientras trataba de defenderse cuando le metía una botella hasta la campanilla. No te había dado el listado de esos chicos aún y a Iglesias no le extrañó encontrar restos de un yonqui del barrio allí, pero decidí que se había acabado hacer nada de todo esto en la calle.

Héctor volvió a sufrir otro de aquellos espasmos. Eliseo tanteó su cabeza —que se había ladeado anormalmente— para comprobar si seguía con vida. El chico volvió a moverse y Camacho continuó hablando.

—Recordé que los padres de Marta tenían en venta su zapatería. Habían pasado muchos años. Mi cara y mi cuerpo ya no eran los que conocieron en 1990, y si me reconocían, siempre quedaba la excusa de que iba a verles porque el caso no estaba cerrado. Tuve suerte de que no lo hicieran y, además, ¿había mejor sitio que este para cerrar el círculo? ¿En qué cosa mejor que esa podía gastar un dinero que lleva acumulándose en mi cuenta toda la vida y que se iba a quedar el banco cuando muriese?

Volvió a agachar levemente la cabeza, como si mencionar algo que le recordase la soledad en la que vivía, le derrotase. Finalmente, se rehízo. Sentí un escalofrío al ver que presionaba con más fuerza su pistola sobre la nuca del chico.

—Antes de ayer, Iglesias me pasó un listado de matrículas —continuó— y ¿quién es el estúpido que se pasea con el coche en el que va secuestrado un chico delante de las cámaras de una estación de Metro? ¡Ese yonqui! —gritó señalando con la cabeza el baño—. Solo el pacto de discreción que tú y yo hicimos le salvó el culo, y porque Chema Iglesias se limitó a facilitarme el listado sin cotejar los nombres con los de nuestra lista. ¡Juré que lo mataba! Después de horas sin saber de él, esperé que llegase la noche, vine aquí y ahí estab...

Sucedió en un segundo. Eliseo Camacho señaló el cuarto de baño con la mano en la que tenía la pistola e, inmediatamente, oí la detonación. Cayó hacia atrás y, en décimas de segundo, Romero estaba encima de él después de alejar la pistola con el pie. Aturdida por el ruido del disparo y por la sorpresa, tardé en reaccionar, pero el almacén ya estaba lleno de policías y sanitarios. Me acerqué rápidamente a Héctor cuando un médico del SAMUR comprobaba sus constantes vitales y otro se ocupaba de Camacho.

—¿Está vivo? ¿Está vivo? —pregunté nerviosa.

—Señora, apártese de aquí y déjenos hacer nuestro trabajo —me contestó el doctor sin

miramientos, mientras un policía uniformado me agarraba de un brazo para sacarme de allí.

Ya en la calle, paseaba nerviosa por la puerta de la zapatería, con la incertidumbre por el estado de Héctor. Aquello solo lo vi en las películas. Coches de policía, ambulancias, gente uniformada yendo y viniendo. Sentí que me mareaba. Me acerqué a la fachada de la zapatería para apoyarme cuando salió Romero.

—Isabel, no se preocupe. Vivirán, ambos vivirán.

Caí como a plomo para sentarme en el umbral por última vez. Nunca más volví a detenerme en aquella puerta. El último recuerdo que viví allí y el último olor que percibí, borraron para siempre de mi cerebro la capacidad de detectar el aroma del cuero del calzado.

EPÍLOGO

*Hospital General San Carlos (Madrid).
2 de marzo de 2018*

Dos días después, había visitado a Héctor en el Clínico de Moncloa. Su estado era muy delicado pero, en principio, no se temía por su vida. Tenía daños hepáticos, una insuficiencia renal y era evidente que la ictericia había hecho su aparición. Le observé un tiempo tras el cristal en la UCI y, tras confirmarme uno de los médicos que le atendían que, pese a los daños, con el tiempo haría una vida más o menos normal, puse la mano en el cristal para decirle adiós, a pesar de que le mantenían intubado y sus ojos permanecían cerrados.

Quise ver en un gesto que hizo con la comisura de los labios el esbozo de una sonrisa que me estuviera dedicando aunque, probablemente, era un acto reflejo de defensa ante aquello que estaba introducido en su boca para ayudarle a respirar.

Al final del pasillo, en otro *box* protegido por un compañero uniformado, convalecía Eliseo Camacho, al que solo una decena de centímetros salvó de que aquella bala terminase de destrozarse su corazón herido. Deseé con todas mis fuerzas que cuando saliese de allí tuviera completamente curados su corazón y su cerebro: el «Cerebro de Caín».

Salí de Cuidados Intensivos y vi a Juan dirigirse a la puerta de la sala de espera. Llevaba dos vasos de plástico y un botellín de agua. Al llegar junto al cristal de la sala me paré. Le vi dando el agua a una chica de unos quince años y uno de los vasos a una preciosa mujer. Ni siquiera las secuelas en su rostro de un llanto continuo de horas, le restaban un ápice de belleza. Juan le acariciaba el pelo cuando reparó en mí. Hizo amago de acercarse, pero le detuve con un gesto de la mano. Después le señalé el sitio donde Héctor convalecía y, simplemente, dibujé con mis labios una palabra: «Cuídale».

*N-502, dirección Herrera del Duque (Badajoz).
3 de marzo de 2018.*

En Talavera de la Reina, en un puente sobre el Tajo, nos desviamos hacia la N-502 que unía las provincias de Ávila y Córdoba. Me había costado convencer al comisario Romero pero, en mi interior, sentía la imperiosa necesidad de estar allí, a poco más de ciento treinta kilómetros de aquel puente, en Herrera del Duque, cuando la Científica de la Guardia Civil sacase los restos de Ricardo.

Pese a que Eliseo nos había contado aquella trágica historia del 72 —la cual había marcado el resto de sus días—, yo necesitaba comprobarlo por mí misma. Tener la certeza del por qué de su vida atormentada. Confirmar, con la evidencia de los restos de Ricardo, el trauma infantil que había provocado la más que probable amnesia disociativa de Camacho.

Me sorprendió descubrir que, de alguna forma, se lo debía. No por la venganza que había intentado llevar a cabo —de la que renegaba convencida—, sino porque se había puesto luz con sus investigaciones a todo lo que ocurrió con Marta e incluso, por el hecho de poder ver aquel abominable vídeo en toda su crudeza y, de alguna manera, no tanto justificar como entender a mi

amiga por la terrible decisión que tomó.

Tras unas cuantas llamadas a Romero y otras tantas negativas, finalmente había conseguido estar en el levantamiento del cuerpo de aquel chico. Al fin y al cabo, yo había ayudado a la resolución de aquellos dos casos.

—¿Qué es aquello del aroma del cuero del calzado, Isabel? ¿Cómo supiste que era Camacho? —me preguntó el comisario mientras conducía.

—Son los estímulos que vamos archivando en la memoria desde la infancia. La mayoría de ellos terminamos olvidándonos y no vuelven a aparecer. Otros, por algún trauma o porque nos sentimos protegidos al evocarlos, no se olvidan. De igual manera que el ser humano adopta la postura fetal ante un peligro, evocando la seguridad que sentía en el vientre de la madre, mi recuerdo protector era el aroma que desprendía el cuero del calzado nuevo. Ya no.

—¡Curioso! —exclamó Romero.

—El día que Camacho me dijo que me marchara de Madrid para estar segura, tuvimos un incidente con la prensa unos minutos antes —seguí explicándole a Romero—. Tú mejor que nadie sabes cómo se las gastan algunos en pos de la exclusiva; el caso es que hubo una avalancha de gente y caí al suelo. Camacho me sacó de allí. Al estar cerca de él me sentí protegida, como si nada pudiese pasarme agarrada a él. Pero, por el tumulto o el miedo que había sentido antes, no supe identificar aquello que me producía tal seguridad... hasta que estuve cerca otra vez del calzado nuevo e identifiqué aquel olor con el que tenía él cuando me abrazó.

»No lo creerás, Romero, pero la noche anterior, en Lerma, tuve una especie de sueño premonitorio. Era muy extraño, pero estaban en él casi todos los involucrados en este caso y, no sé por qué, el sonido de una campana me hizo recordar el sueño y el aroma del cuero que tenía Camacho impregnado. El resto de la historia, ya la sabes.

—Eres intuitiva, Isabel —me dijo por sorpresa el comisario—. Serías un buen activo externo para el Grupo 1.

—¿Yo? ¿Ayudando a la Policía? —le pregunté casi divertida—. Por ahora solo pienso tomarme unas largas vacaciones. Voy a marcharme unas semanas con Carlos y Virtudes a La Tejera, en Zamora. Sin televisión, sin internet, sin cobertura en el móvil. Unos cuantos libros, la naturaleza y el silencio.

Admiré el modo en que Nicolás conducía. Suavemente, trazando las curvas de aquella carretera complicada sin un solo giro brusco, llegamos al embalse de Cíjara e hicimos un alto allí para estirar las piernas y contemplar el entorno. Corría una ligera y fresca brisa, pero el paisaje bañado por el Guadiana nos reconfortó y volvimos al vehículo con ánimos renovados para enfrentarnos pocas horas después a la triste tarea de contemplar las consecuencias de un suceso trágico del pasado.

Pasados treinta minutos desde la parada en el embalse, llegamos a Herrera del Duque y aparcamos nada más entrar, en la calle Comendador Arias Pérez. En la acera de la izquierda estaba nuestro hostel. Dejamos el ligero equipaje que llevábamos y salimos en busca del cuartel de la Guardia Civil, donde Nicolás Romero había quedado con el equipo de la Científica.

Aquel pueblo blanco de la Siberia Extremeña, pese al día plomizo y fresco, me transmitió calor y cercanía. Era como si, a pesar de que Eliseo nos contó los terribles sucesos que habían ocurrido en él, al caminar por sus calles me invadiese la paz que parecía brotar de sus rincones.

Romero saludó a María José, una joven teniente del Equipo Central de Inspecciones Oculares del Servicio de Criminalística de la Guardia Civil que aguardaba en la puerta nuestra

llegada. Me presentó y, apenas después del apretón de manos, montamos en un vehículo del Cuerpo y tomamos un bulevar donde reinaban las palmeras. Continuamos recorriendo algunas calles hasta que salimos del pueblo.

Del lateral derecho del Parque de Bomberos salía una pequeña carretera de zahorras. La tomamos. Poco más allá cogimos un camino hacia la izquierda y llegamos a un pequeño embalse. Salimos del vehículo y la teniente se marchó en dirección a donde estaban otros compañeros. Nosotros aguardamos a una distancia prudencial.

Numerosos vehículos de la Guardia Civil, la Policía Local y otros civiles, estaban aparcados en los alrededores. Habían instalado una tienda —similar a las que montaba el SAMUR en algunas ocasiones— de la que entraban y salían personas con monos, gorros, máscaras y guantes blancos. Otras personas, civiles en su mayor parte, permanecían reunidos a una prudencial distancia.

Aguardamos poco más de media hora allí hasta que el teléfono de Romero sonó. Cuando colgó, me dijo con tristeza:

—El muchacho estaba ahí. Tienen sus restos en la carpa. En cuanto se lo lleven podrás acercarte donde estaba enterrado ese pobre chico.

Poco más de una hora después sacaban un ataúd de plástico negro. Reparé en una mujer de entre setenta y ochenta años que se situó, a cierta distancia, detrás del féretro. Dos mujeres, agarradas cada una a un brazo, le ayudaban a caminar. Supuse que sería la madre de Eliseo y Ricardo Camacho.

Al pasar a mi lado desvió un instante la cabeza y me miró. Creí ver en ella un gesto de paz, como si tenerle allí, aunque fuese de esa manera, le librase para siempre de la carga que había llevado sobre los hombros durante más de cuarenta años. Por fin estaría segura de dónde podría visitar a los dos hijos que trajo al mundo.

Cuando el coche fúnebre salió de allí, Romero me hizo un gesto. Llegué junto a él y empezamos a andar en dirección a la zona de la que venían los agentes detrás de la carpa. Cerca de allí había un rectángulo amplio excavado en la tierra cerca del agua. Miré a uno de aquellos hombres de blanco.

—Ya hemos acabado nuestro trabajo. Acérquese si quiere.

Me acerqué despacio y, cuando me asomaba al borde del hoyo excavado, reparé en un poste de poco más de un metro de alto que tenía clavados dos carteles de madera. Iba a acercarme a ellos cuando sonó de nuevo el teléfono de Romero. Se apartó un poco de mí. Unos minutos después volvió a mi lado.

—Isabel, he de volver a Madrid cuanto antes. Han encontrado los cadáveres de dos niñas de no más de diez años.

—Dame un minuto —le supliqué.

—No, no. No te preocupes, Isabel. Mañana, en cuanto le den sepultura, salimos para Madrid.

Me acerqué a los carteles y, toscamente labrada en la primera tabla, —como aquellas frases que grabábamos con un clavo en los bancos de los parques—, había una frase:

«Aquí yace Caín. Julio—1972 »

Debajo de ella, en la otra tabla, seguramente talladas con algún metal al que quemaron la punta, dos palabras con distinta caligrafía que la inscripción anterior:

«Y... R.»

Y llenando el resto del rectángulo de madera, unos versos de Miguel Hernández como única plegaria:

**«Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor».**

*Emisora AndaOnda Lerma (Lerma-Burgos).
17 de marzo de 2018*

Como prometí a Eva y a Álvaro la noche que les conocí, pasados unos días prudenciales —en los que se puso luz a las pocas sombras que quedaban en los casos de Héctor López y Ricardo Camacho—, ese fin de semana viajé a Lerma para cumplir mi promesa.

Los jóvenes conductores del programa me recibieron como a la estrella de *rock* que imaginó la mente infantil de mi querida Marta con apenas diez años.

—Hoy tenemos con nosotros a Isabel Sáiz de Lerma —comenzó Eva el programa—. Como todos saben, ha sido una de las personas que ha ayudado a la resolución del secuestro de Héctor López en Madrid el pasado uno de marzo. En primer lugar, Isabel. ¿Cómo está Héctor?

—Va recuperándose poco a poco —le contesté—. Será lento, pero terminará por hacer vida normal.

—¿Cómo te viste involucrada en el caso? —me preguntó Álvaro.

—Verás. Todo comenzó en Herrera del Duque, un pueblo de la provincia de Badajoz, en 1972...

AGRADECIMIENTOS

En mi primera novela, *La Imagen Deformada*, decidí no poner nombre a ninguno de los protagonistas. No quería que nadie en particular se sintiese identificado con la historia que narraba. Desgraciadamente, son demasiados los nombres de la lista macabra de violencia de género, y cualquiera que quisiera poner el lector podría valer.

Esta novela es un homenaje, por medio de los nombres que atribuí a los personajes, a muchas personas que han pasado por mi vida dejando una huella imborrable y que quería eternizar dándoles una vida nueva en esta historia, cualquiera que sea el papel que les haya dado y que, evidentemente, nada tienen que ver con su vida normal, la mayoría de ellos.

Es un homenaje a mi pueblo, Herrera del Duque, enclavado en la Siberia Extremeña, y a su gente acogedora y alegre. Nunca ocurrieron los sucesos que se narran, son producto de mi imaginación. Traerle a esta historia es por el profundo cariño que le profeso. Quise mostrárselo al lector abriéndome el corazón donde le guardo.

Es un homenaje a Lerma (Burgos), que me adoptó hace veinticinco años y hace que me sienta uno más cada vez que paseo por sus hermosas calles.

Es un homenaje al barrio de Aluche en Madrid, donde crecí, y que guarda entre sus calles los aromas de mi infancia.

La portada de una novela contiene un título, el nombre del autor y el de la editorial pero, los que hemos tenido el privilegio de mostrar al lector nuestras obras, sabemos que detrás de ellas ha habido mucha gente que la ha hecho posible. Sería muy injusto no nombrarles:

Silvia Ortega, mi adorable coeditora. La goma que borra mis excesos literarios, el diccionario que los enriquece, la medida en mi quijotesca locura, mi amiga sin peajes, la fuente de la fe cuando me encuentro sediento de ella.

Gonzalo Jerez “El Selenita”, mi querido coeditor, que se mimetiza con las tramas para despojarlas de incongruencias. Creador de las sensaciones visuales adecuadas para explicar en una imagen miles de palabras. Amigo sin reservas y dueño de los abrazos que me reconfortan.

Sergio Pisa, compañero de aventuras literarias. Descubrimiento impagable en lo humano; el humor ácido que hace escocer conciencias. Profesional abnegado, para egoísmo mío. Mi querido y admirado socio. Mi amigo.

Isabel Blázquez Sáiz, mi asesora imprescindible. La crítica feroz desde el amor profundo, ejemplo inspirador de trabajo y constancia, la voz de la conciencia de lo que escribo para que cada cosa quede en su sitio y sea azote de la injusticia. Una parte importante de los comportamientos relacionados con el *bullying* que se narran se inspiraron en su Trabajo Fin de Máster: «Los Programas de Educación Emocional de la Comunidad de Madrid y su influencia en el Acoso Escolar». Universidad Complutense de Madrid. Junio de 2017.

Rafael Sáiz Quevedo, Sandra C. Jarén, Vanesa Sigüeiro y Agente Smint, lectores Beta de esta historia. Vuestras sugerencias han ayudado a enderezar lo que estuviese torcido, y vuestra fe le ha dado alas a este modesto escritor para acabar la novela.

Álvaro, @Ordinarylives, Ártico. Forense, escritor y amigo, una mezcla que nos aporta tanto a los que nos aprovechamos de su paciencia.

No puedo olvidarme de la gente más cercana. Esa que sufre mis ausencias mientras

escribo.

María Jesús Sáiz Quevedo, la luz en mi sombra, la voz en mis silencios, mi equilibrio, el hombro donde reposar, la que vela mientras duermo, la presencia en la mitad de mi vida y el consuelo cuando lamento que no hubiese formado parte de la otra mitad que viví sin ella.

Santiago Blázquez Sáiz, la juventud que voy perdiendo. Verle es recordarme treinta y dos años atrás mirándome en un espejo. Con similares tribulaciones, pero con la osadía de enfrentarse a cada reto con firmeza, y le admiro por ello. La alegría y el llanto para que se mantenga el equilibrio. El hombre que siempre querría que caminase a mi lado.

Y, finalmente, a todos aquellos a los que cogí prestado su nombre para darles otras vidas en *El Cerebro de Caín*.

José Luis Jiménez Salinas, Jorge R. Riquelme, José María Aparicio Sáiz, Esperanza Cuadra y José Bermúdez. Allá donde estéis, sabed que solo quise eternizaros en papel, porque ya lo estáis en mi corazón.

Marta Díaz, José María Iglesias Ndivo, Nicolás Romero Iglesias, Ricardo Parrón, Margarita Quevedo Gento, José Pedro Rubio Alcázar, Fernando Martín Rivas, Mila Delgado Ulloa, Santiago Sáiz, Rosa Aparicio Sáiz, Guadalupe Aparicio Sáiz, Fernando Arribas Marquina, María José Rodríguez, Marcos Roldán Casillas, Ángel Martín Vallejo, Marino Rollón Jiménez, Carlos Recalde Guagalango, Ignacio Municio y Helen. Eva y Álvaro (AndaOnda Lerma), Gallo y Andrés (Pub Audiencia 3, Lerma). Y a los chicos de A Fuego por prestarme alguna de vuestras estrofas. Sabéis todos del profundo cariño y respeto con el que tomé vuestros nombres prestados. GRACIAS.

Y no quiero dejar de mencionar a mi casa madre, FILANTRIA, donde me siento querido y seguro.